

BOLIVIA

LA VERSIÓN DE ESCRITORES
EXTRANJEROS



HOMERO CARVALHO - COMPILADOR

BOLIVIA
La versión
de escritores extranjeros

Homero Carvalho Oliva
Compilador



Índice

Prólogo

Poemas:

Miguel Ángel Asturias

Meditación frente al lago Titicaca

Gamaliel Churata

Matinas

Rubén Darío

A Bolivia

Allen Ginsberg

Esfínter

A Frank O'hara & John Ashbery & Kenneth Koch

Nicolás Guillén

Guitarra en duelo mayor

Pablo Neruda

Melgarejo

Bolivia (22 de marzo de 1865)

William Ospina

Bolivia

Manuel Scorza

Canto a los mineros de Bolivia

Gigia Talarico

Chacaquita, Chuquisaca

Cuentos:

Márcia Batista-Ramos

Un viaje en carnaval

Mario Benedetti

Un boliviano con salida al mar

Juan Bosch

El Indio Manuel Sicuri

Jorge Guzmán

El capanga

Augusto Monterroso

La vaca

Luis Sepúlveda

El campeón

Artículos y Ensayos:

José María Arguedas

Una isla de humana hermosura

Pablo Cingolani

Bolivia según los otros

Antonio Cruz

La literatura boliviana también existe

Eduardo Galeano

El país que quiere existir

Vicente Huidobro

Un puerto para Bolivia

Keith Richards

El Gordo de La Paz: Ficción Contemporánea de Bolivia

Miguel Sánchez-Ostiz

Una atracción engañosa

Mario Vargas Llosa

Italia no es Bolivia

Bolivia

*Para Gigia Talarico y Carlos Alejandro Castro Linares
(Chile), Pablo Cingolani (Argentina) y Márcia Batista-Ramos
(Brasil), escritores, poetas y amigos que eligieron habitar y ser
habitados por Bolivia.*

Prólogo

Muchos han sido los escritores del mundo que se han ocupado de nuestro país, algunos ni siquiera lo conocieron, pero igual escribieron de Bolivia. Esta selección es un homenaje a todos ellos, la mayoría ya están incluidos en una antología que publiqué el año 2015 que se llama Bolivia, tu voz habla en el viento, en la que también incluyo a escritores nacionales, ahora les traigo solamente a extranjeros enamorados de nuestro país, de su gente, de sus paisajes y de sus riquezas naturales.

En este libro incluimos a veintitrés autores de diferentes países: nueve poetas, seis cuentistas y ocho articulistas y/o ensayistas; entre ellos tres premios Nobel de literatura, a saber: Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda y Mario Vargas Llosa. Creo que, pocas, veces, tantos escritores reconocidos han escrito sobre un país. Algo mágico y maravilloso debe tener el nuestro que ha fascinado y fascina a tanto buen escritor. Leamos, pues, a nuestro país.

Seguramente faltan algunos poemas, cuentos y prosas, vendrán otros investigadores y la complementarán, pero quizá nunca sea completada porque siempre habrá algún escritor desconocido aún o ya famoso, deslumbrado por nuestra gente y/o por el paisaje, escribiendo sobre nuestro país. Valga este esfuerzo por mostrar cómo nos ven y cómo nos vemos. Bolivia es la materia de este libro.

Les presento a los escritores y poetas: Miguel Ángel Asturias, premio Nobel de literatura, se arroba ante el lago mayor de Bolivia y reflexiona sobre sí mismo y sobre el destino del indígena. Del peruano Gamaliel Churata incluimos dos poemas, escritos en Potosí, en los que fusiona el vanguardismo con el indigenismo. Rubén Darío, el inmortal, nos regala un soneto a la gloria de los incas. De Allen Ginsberg, el gurú de los beatniks norteamericanos, incluimos un poema icónico de su estilo, donde habla abiertamente de su homosexualidad y un hallazgo que permaneció

inédito hasta que lo publicamos en la revista Piedra de Agua. Neruda nos recuerda un episodio de nuestra historia marcado por dos personajes: Melgarejo y Belzu y un poema sobre los dictadores escrito poco antes de morir. Del colombiano William Ospina un poema Titulado Bolivia, en el que presenta su enfoque estético del altiplano y del lago Titicaca. De Manuel Scorza una oda a los mineros insurrectos. Gigia Talarico, siguiendo la línea de Asturias, reflexiona de manera metafórica ante una montaña.

De la ficción y la realidad

Algunos de los grandes escritores del mundo también se han ocupado de Bolivia en sus cuentos o en sus ensayos, aunque sea como una referencia geográfica como en el caso de Julio Verne, en su novela *Un capitán de quince años*, que ahora sirve de alegato en la demanda presentada por el Estado Bolivia ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya. En el punto 1.7 denominado Documentos efectuados por terceros, la demanda dice textualmente:

“Como instrumentos probatorios efectuados por terceros, y con carácter de mera referencia respecto a los derechos bolivianos en la costa del Océano Pacífico, antes indicados, se citan los siguientes documentos elaborados, repito, por personas ajenas a las Repúblicas de Chile y Bolivia:

1) Informe Sobre Bolivia, elaborado por Joseph B. Pentland, efectuado en 1826, por el mencionado explorador, y elevado a conocimiento del Exmo. Ministro de Negocios Extranjeros de Londres por el Sr. Cónsul Británico de su Majestad para el Perú: C.M. Rickets, cuyo contenido, en cuanto al ejercicio de los derechos bolivianos en estos territorios, sostiene: ...” Bolivia se separa de la

República del Bajo Perú por la rama oriental de la Cordillera de los Andes, por el gran lago mediterráneo de Titicaca y por la Cordillera Occidental de los Andes hasta el límite Sud del Bajo Perú, donde entra la Provincia Boliviana de Atacama que confina con la Provincia Chilena de Copiapo

Puede verse por este detalle que Bolivia forma un gran Estado en el interior del Continente Sudamericano, cuya única parte que toca con el mar es la Provincia de Atacama, en una extensión de 220 millas desde Punta de Duende hasta el río Loa en el límite Norte de Chile en la Latitud 25° 40 Sud.”

Este Informe, es un documento que data del año del nacimiento de la República de Bolivia, que en cuanto a su geografía y organización describe el inglés Pentland, detallando su salida al Océano Pacífico, además de indicar hasta donde llegaban los dominios de la nueva República y su límite con la República de Chile.

2) Julio Verne, a favor de Bolivia. - Julio Verne, el gran geógrafo y escritor francés, legó a la humanidad diversas obras en las que narra aventuras, las que, en cuanto a los viajes de sus personajes corresponde, guarda una relación con la descripción geográfica.

Es así que en su obra “Un Capitán de 15 años”, se dedica a narrar la aventura de sus personajes: Dick Sand, la Señora Weldon, Harris, el viejo Tom, y otros que naufragan en el Océano Pacífico en la nave que los transportaba el “Pilgrim”; al encontrar tierra, los naufragos no conocían en territorio en el que se encontraban, y por ello, Verne a través del ocasional habitante de aquel lugar Harris, explica lo siguiente:

- *"Nuestra primera pregunta – prosiguió la Sra. Weldon – ha de ser para preguntarle donde estamos.*

- *Pues están ustedes en el Litoral de América del Sur – respondió el desconocido (Harris), que parecía sorprendido ante la pregunta - ¿Pueden tener alguna duda a este respecto?*

- *Sí señor, porque la tempestad había podido desviarnos de nuestra ruta, que no he podido determinar con precisión – contestó Dick Sand (el capitán de 15 años).*

Ahora he de preguntarle donde estamos con exactitud, supongo que nos hallamos en la costa del Perú.

- *¡No joven amigo, no!, (respondió Harris), ¡Un poco más al Sur...Han encallado ustedes en la Costa Boliviana, y se encuentran en la parte meridional de Bolivia que confina con Chile.*

- *... Dicks Sand reflexionaba acerca de lo que acababa de escuchar. Aquello no le extrañaba mucho, pues su cálculo podía haberle engañado en lo que concernía a las corrientes; ... en efecto, teniendo en cuenta el sitio donde había dejado la isla de Pascua, debía hallarse entre el vigésimo séptimo y trigésimo quinto paralelo, sobre poco más o menos, y había encallado en el vigésimo quinto paralelo*

- *... Caballero - dijo entonces Dick Sand- de su respuesta deduzco que nos encontramos a gran distancia de Lima.*

- *Sí, Lima está lejos, ... por allá, por el Norte.*

- *... (la Sra. Weldon) Nadie nos conoce en esta parte de la baja Bolivia. - Pues bien, Señora Weldon, Usted y sus compañeros verán*

un singular país, que contrasta de un modo extraño con las regiones de Perú, del Brasil o de la República Argentina. Su flora y su fauna causarían el asombro de un naturalista ¡Ah! ..., Puede decirse que han naufragado ustedes en un buen lugar, y si no fuera importuno, podrían dar gracias al destino.

- Creo que no ha sido el destino el que nos ha traído aquí, dice la Sra. Weldon a Harris, sino Dios”.

Hasta aquí el fragmento de la demanda oficialmente presentada en La Haya.

Julio Verne, el gran escritor y geógrafo tenía también otra particularidad, era un visionario, de algún modo, como sucedió en las descripciones del Submarino del Capitán Nemo o del Viaje a la Luna, podía prever o deducir el futuro; en el caso que corresponde a Bolivia, dejó claramente sentado, con justo fallo, que el territorio boliviano comprendía hasta las costas del Pacífico, y que este límite estaba próximo al paralelo 25 de latitud meridional. Julio Verne, fue invocado por la Representación Chilena dentro del conflicto de límites con la República Argentina respecto a dominios del Pacífico Sur, por la referencia que hace a estas en *Los naufragos del Jonathan”*.

Así concluye esta parte en la que una obra de ficción sirve para alegar una verdad histórica, como también lo hace Herman Melville en Moby Dick, la ballena blanca, citado por Pablo Cingolani en el artículo que incluimos de él.

La ruta de las palabras

Algunos escritores visitaron nuestro país, como los franceses Alcide D'orbigny y Henry Michaux, el sueco Erland Von Nordeskiold, el guatemalteco Augusto Monterroso, vivieron en Bolivia, así como el dominicano Juan Bosch; los uruguayos Juan Carlos Onetti y los peruanos José María Arguedas, Mario Vargas Llosa, Manuel Scorza y Gamaliel Churata que vivió muchos años en Potosí, muy recordado por su obra poética recogida en *El pez de oro*. El norteamericano Paul Theroux, los argentinos Ciro Torres, Rodolfo Kusch, Enrique Molina y el Che Guevara, entre otros. De este último Cingolani, en su hermoso y revelador texto que incluimos, afirma que "sobre *El diario del Che en Bolivia*, más allá de las inexistentes estadísticas que poco importan, habría que afirmar para situarlo que debe ser el libro sobre Bolivia más leído en el mundo entero; a su manera el testimonio de combate del guerrillero es el gran best seller con tema boliviano de la historia". Cingolani también nos regala un extraño pasaje de Bram Stoker sobre el lago Titicaca en Bolivia.

El escritor argentino Antonio Cruz escribe un breve como profundo ensayo titulado *La literatura boliviana también existe*, desde la Colonia hasta nuestros días.

Jorge Luis Borges, archicitado en todos los estudios literarios, no podía faltar en este prólogo, con la alusión a la simpatía que sentía por el poema *Siempre* de Ricardo Jaimes Freyre, uno de los poetas mayores de Bolivia, por quien el argentino profesaba una gran admiración.

Márcia Batista es una escritora brasileña que eligió nuestro país para vivir, amar y trabajar, al igual que otros extranjeros escritores, como Gigia Talarico y Pablo Cingolani, formó familia y escribió toda su obra en nuestro país. El uruguayo Mario Benedetti, escribió *Un boliviano con salida al mar*, un hermoso cuento que tomó como referencia un tema tan arraigado en nuestro imaginario cívico. El dominicano Juan Bosch, a quien tuve la suerte de conocer en New York el año 1989, ocasión en la que me contó que había vivido en Bolivia, logra penetrar el hermético mundo andino

aymara en el cuento *El Indio Manuel Sicuri*, transcrito tal como lo escribió el gran cuentista. El chileno Jorge Guzmán narra una historia en la que también es protagonista el río Mamoré, el gran río del Beni, columna del ser amazónico de Bolivia, este cuento obtuvo un importante premio en Santiago de Chile. Augusto Monterroso, con quien conversé en México, afirma que el breve cuento *La vaca* se le apareció en un viaje por el altiplano, entre La Paz y Oruro, cuando vivía ejerciendo de cónsul de su país en 1956. De Luis Sepúlveda, premiado escritor chileno, incluimos una historia que mezcla la política con los sueños.

Acerca de Juan Carlos Onetti, autor de la emblemática novela *Juntacadáveres*, el académico y crítico uruguayo, Jorge Ruffinelli, citado por Ana Gallego Cuiñas, afirma:

“en una entrevista, menciona un truculento episodio en el que su particular sombrero fue agujereado por una bala. Parece que el tiroteo ocurrió durante un viaje del uruguayo a Bolivia en 1956. Onetti explica: «De lo que me acuerdo es de eso: de tener a un indio con el rifle apoyado en mi barriga mientras me dice exaltado: «Te voy a matar, hijo de puta [...] Y la mujer atrás, llorando: «No lo matés, por favor, no lo matés». Yo tenía una indiferencia total, no de coraje, sino como un estado psicológico; ni sombra de miedo, como si estuviera soñando. Lo único que atinaba a decir era: «¡Pero icómo me vas a matar a mí, si soy uruguayo!»» (1976: 218). A continuación, le pregunta Ruffinelli: «¿Y el agujero en el sombrero?», y responde Onetti: «Debió ser un fragmento de la bala, que me tocó el sombrero. Luego, claro, la leyenda va creciendo, como el brazo de Valle Inclán» (1976: 218). Esta anécdota, además de dar buena cuenta del humor e ironía de nuestro autor centenario, refleja perfectamente los rasgos de su narrativa: la evasión hacia el sueño, la fragmentación, y la presencia de agujeros y puntos ciegos en sus textos, que paulatinamente van creciendo. Como señala

Fernando Aínsa, se trata de «Una narrativa aposentada en un agujero cuya irresistible atracción gravitatoria nos empuja desde la oquedad de El pozo a la del húmedo nicho en «el cementerio marino» de la última página de Cuando ya no importe»

James Joyce y Bolivia

A finales de los años setenta ya había decidido ser escritor y, como el Dios los cría y el Diablo los junta, me junté con otros jóvenes que también querían serlo con los que publicábamos efímeras revistas. Fueron años feroces de lucha contra las dictaduras, pero también de bohemia desenfrenada que provenía de la mitificada idea de los poetas malditos. En esa época, muchos de mis amigos hablaban del Ulises, de James Joyce, como una novela fundamental para entender la literatura moderna, el nombre de la obra y de su autor eran como una fórmula oscura para iniciados. Así que un día, le pedí dinero a mi madre y me compré la famosa novela.

La verdad es que, después de varios intentos no pude pasar de las primeras veinte páginas, era pesada y densa, así que atendiendo el consejo de Borges de que se debe leer por placer y no por obligación no persistí y acepté que había fracasado. Décadas después, en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, encontré una edición en la librería de Peter Lewy, la compré y decidí enfrentar de nuevo al monstruo de más de setecientas páginas, esta vez, para sorpresa mía, la leí en cinco días seguidos. Llegué al final y se me vino a la mente otra vez de Borges: "Si Shakespeare les interesa, está bien. Si les resulta tedioso, déjenlo. Shakespeare no ha escrito aún para ustedes. Llegará un día que Shakespeare será digno de ustedes y ustedes serán dignos de Shakespeare, pero mientras tanto no hay que apresurar las cosas", consejo que se cumplió a cabalidad con el Ulises.

En esta obra, el autor de *Retrato del artista adolescente*, narra un día en la vida de Leopoldo Bloom, Molly, su esposa, y el joven Stephen Dedalus, en la ciudad de Dublín, desde la mañana del 15 de junio hasta la madrugada del día 16 de junio de 1904. Recuerdo que cerré el libro con sentimientos encontrados, porque descubrí páginas realmente extraordinarias en las que Joyce trabaja el lenguaje de manera prodigiosa y otras que se pueden obviar sin alterar la narración, en fin...así son muchas obras maestras de la literatura, me dije y recordé las charlas de mi juventud y me entró la sospecha de que muchos de ellos no la habían leído siquiera, que al igual que los clásicos universales como *El quijote*, *Romeo y Julieta*, *Hamlet* y otros, que muchos aseguran haberlos leído, en realidad no lo hicieron y repiten de memoria algunas frases, ideas, diálogos apócrifos que han escuchado o leído por ahí. Mi sospecha se fundamenta, entre otras cosas, en un fragmento del Ulises en el que un personaje habla de Bolivia, mención tan curiosa que no hubiera pasado desapercibida para ningún boliviano.

La importancia de llamarse James Joyce

Sin embargo, antes de hablar de ese pasaje en particular, hablemos un poco de la obra que está considerada como la más grande novela del siglo XX. El escritor Felipe Foncea, afirma que: "La importancia del Ulyses de Joyce radica en la forma como utiliza el lenguaje para narrar situaciones, experiencias y voces internas, la que se caracteriza por una impresionante atención al detalle en la narración, atención que se mantiene en cuanto a las divagaciones de los personajes, lo que lleva al lector a "montarse" en la mente del narrador y alejarse con él del hilo clásico que consideraría una narración tradicional. Todo esto, por supuesto, hace que el texto sea extremadamente difícil de seguir, lo que lo hace un libro no sólo poco leído, sino que hasta "odiado" por lectores que no están dispuestos a seguir el "juego" que propone Joyce".

Para otros, como Kiko Amat, que escribió un artículo en la revista Babelia, titulado "Ni Joyce sabía de qué iba su 'Ulises'", afirma que: "Hay muchas razones por las cuales la gente cree que hay libros que "deben" leerse", afirma Mikita Brottman en *Contra la lectura*, "pero sospecho que (...) pueden resumirse en inseguridad intelectual, esnobismo, temores residuales de clase, egoísmo y una especie de folclore supersticioso arraigado en la tradición". (...) Uno acude a los clásicos canónicos por culpa y compromiso, sin esperanza de diversión, igual que a misa del gallo. Es una paradoja. A nadie se le ocurriría escuchar música pop para no pasarlo bien. Sin embargo, aquí tienen a *Ulises*, la segunda novela de James Joyce. Un libro que solo puede leerse sufriendo". La opinión de Amat me trajo a la memoria a mis primeros fracasos ante tamaña obra. La verdad es que ahora solamente recomiendo su lectura en mis talleres a quienes quieren ser escritores, en ella hay mucho que aprender como el monólogo de Molly Bloom, que se estudia como una técnica denominada el *fluir de la conciencia* o el *discurso interno*, en este caso escrito sin respetar ningún signo de puntuación que, por cierto, ya otros autores lo hicieron antes de Joyce y algunos lo siguieron haciendo como Saramago.

El Ulises y Bolivia

Ahora veamos el diálogo que tanto me llamó la atención. En el capítulo 3 del *Ulises*, publicada en 1922, un marinero recién llegado a Dublín da cuenta de sus sorprendentes aventuras por los mares del mundo. He aquí parte del diálogo con W. B. Murphy, el marinero:

"-Bueno, contestó el marinero después de pensárselo, he circunnavegado un poco desde que me enrolé.

Estuve en el Mar Rojo. Estuve en China y Norteamérica y Sudamérica. Fuimos perseguidos por piratas en una travesía. He visto icebergs a montones, de los temibles. Estuve en Estocolmo y en el Mar Negro, los

Dardanelos con el Capitán Dalton, el mejor hijodeputa que jamás haya echado a pique un barco. He visto Rusia. Gospodi pomilyou. Así es como rezan los rusos.

-Ha visto sitios raros, no me diga lo contrario, intervino un calesero.

-Bueno, dijo el marinero, cambiándose el andullo parcialmente masticado. He visto cosas raras desde luego, aquí y allá. He visto a un cocodrilo morder la uña de un ancla lo mismo que yo masco esta mascada. Se sacó de la boca la pulposa mascada y, colocándosela entre los dientes, mordió ferozmente.

-¡Kjaán! Así. Y he visto devoradores de carne humana en el Perú que comen los cadáveres y los hígados de caballo. Miren. Aquí están. Que un amigo mío me mandó.

Rebuscando sacó una tarjeta postal con vistas del bolsillo interior que parecía ser a su manera una especie de almacén y la empujó a lo largo de la mesa. La letra impresa en la misma consignaba: Choza de Indios. Beni, Bolivia.

Todos fijaron su atención en la escena mostrada, un grupo de mujeres salvajes con taparrabos a listas, agachadas, mirando con asombro, amamantando, con el ceño fruncido, durmiendo en medio de un hormiguero de niños (tenía que haber su buena veintena de ellos) delante de unas chozas primitivas de mimbre.

-Mascan coca sin parar, añadió el comunicativo cimarrón. Estómagos como ralladores de pan. Se cortan los pechos cuando no pueden tener más hijos. Ahí las tienen sentadas en pelotas comiéndose el hígado crudo de un caballo muerto.

La tarjeta postal se convirtió en el centro de atención para los señores simplones durante varios minutos si no más.

- ¿Saben cómo ponerlos a raya? interrogó en general.

Al no ofrecer nadie una respuesta hizo un guiño, diciendo:

-Anteojos. Los deja de piedra. Anteojos.

Mr. Bloom, sin manifestar sorpresa, sin ostentación le dio la vuelta a la tarjeta para examinar la dirección y el matasellos parcialmente borrados. Decía lo siguiente: Tarjeta Postal, Señor A. Boudin, Galería Becche, Santiago, Chile. No había nada escrito evidentemente, como pudo muy bien apreciar."

Es innegable que en la historia del marinero existen muchas contradicciones, por ejemplo, que los indígenas del Beni no mascaban coca, por lo menos no esa época y otras. Lo invito a ustedes, lectores amigos, a releer el fragmento y a obtener sus propias conclusiones.

Es probable que el gran autor irlandés haya escuchado esta historia tal y como lo cuenta en lo que se considera la mayor novela del siglo veinte. Yo nací, justamente, en el Beni, territorio amazónico de Bolivia y en la época referida no existía por esos lados la coca que es de la parte andina. Y es que nuestro país no ha tenido mucha suerte en algunas obras literarias. Existe una marcada imagen negativa, insólita y hasta absurda sobre nuestro país que se repite en películas y series de televisión.

Este libro también está dedicado a Carlos Alejandro Castro Linares, un novelista chileno, experto en temas históricos, que viene escribiendo una saga de las diferentes guerras que ha sostenido Bolivia con sus vecinos y lo hace de manera meticulosa y producto de una gran investigación.

Otros escritores

El gran José Saramago, se refiere a nuestro país en una novela inconclusa. Al respecto cito a José Luis Exeni: "el escritor portugués José Saramago, que se acaba de publicar con el título *Alabardas, alabardas, espingardas, espingardas*. Aunque el Nobel de Literatura, en sus últimos meses de vida, solo pudo escribir los primeros tres capítulos y algunas notas, se trata de una notable invocación contra la guerra. Una invocación que no podremos leer en su desarrollo y desenlace, pero que se plantea como cuestión de vida. Más todavía: cuestión de coherencia".

El escritor argentino Bruno Morales (pseudónimo de Sergio Di Nucci), escribió *Bolivia construcciones*, novela con la que obtuvo el Premio La Nación Editorial Sudamérica 2006/2007, en la que dos bolivianos que viven en Buenos Aires son los protagonistas. Luego volvió a publicar otra novela con personajes bolivianos: *Grandeza boliviana*.

El gran escritor indigenista peruano José María Arguedas, nos presenta un extraordinario relato de la ciudad de La Paz, en el que se destaca la presencia del Illimani, la montaña que repite tres veces su hermosura y el destino de los bolivianos. Este texto también apareció con el nombre de *La ciudad de La Paz*. Una visión general y un símbolo y se publicó por primera vez en el periódico La Prensa de la ciudad de Lima, el 18 de febrero de 1951 y luego fue incluido en el libro *Señores e indios* editado por Calicanto, en Buenos Aires, 1976.

La periodista y escritora Lupe Cajías nos alerta sobre la permanencia en nuestro país del poeta español León Felipe, quién dejó su testimonio en un poema. Lupe dice en su artículo que "quizá sería útil reunir en un solo volumen a todos esos autores como parte del nuevo Festival Internacional de la Poesía que ya anuncia para mayo...", pues bien, creo que cumplí su deseo y con creces.

Eduardo Galeano, fue uno de los escritores que más se refirió a Bolivia en muchos de sus libros. Del gran poeta chileno, Vicente Huidobro, incluyo un pequeño pero contundente alegato sobre nuestra salida al mar. Escrito que sirvió para que, hace unos años, un grupo de poetas chilenos y bolivianos lo tomen como bandera.

Otro español. Conocí a Miguel Sánchez-Ostiz el año 2010, en la Feria Internacional del Libro de Santa Cruz, un escritor español que ama a nuestro país y así lo ha expresado en su *Cuaderno Boliviano*, en los que va narrando sus recorridos por varias ciudades bolivianas, así como sus encuentros con la gente, sus costumbres y el paisaje. Miguel también se ha dado a la tarea de comentar generosamente las obras de escritores

bolivianos. En *Cuaderno boliviano*, Miguel habla del escritor francés Jean-Edern Hallier, en los siguientes términos:

“Hallier escribió una novela *Chagrin d’amour*, en la que hay páginas dedicadas a Bolivia –La Paz y Potosí– a un Valparaíso que resulta irreconocible (...) Hallier es un ejemplo de cómo Bolivia ha venido siendo la lejanía, lo mítico, lo improbable, el lugar donde todo era o parecía posible, la mesa de los compromisos políticos de los que se podían desertar antes de que tuvieran consecuencias irreparables (Regis Debray sería la excepción) y el paraíso de la cocaína”.

El texto de Miguel que incluimos en esta selección narra su particular y mágica visión de Potosí.

Del inglés Keith Richards, estudioso de la literatura y del cine boliviano, incluyo un comentario sobre la antología de cuentos *The fat man from La Paz*, compilada por Rosario Santos y publicada en los Estados Unidos. Richards aporta una mirada interesante sobre los narradores del Oriente boliviano.

“Cultura y modernidad en la literatura del oriente boliviano”

Y hablando del oriente, Saulo Gomes de Sousa, escritor, poeta y fotógrafo brasileño, obtuvo su Maestría en Historia y estudios culturales, por la Universidade Federal de Rondônia, Núcleo de ciências humanas, con un trabajo de investigación titulado “Literatura na Amazônia: cultura e modernidade na literatura do oriente boliviano”. Un notable estudio sobre un tema que ni siquiera en nuestro país se ha realizado, porque esta región -que es más del sesenta por ciento del territorio nacional- sigue siendo olvidada por la cultura y la academia oficial. Es bueno para nuestra literatura que se ocupen de ella en el exterior y por eso quiero destacar este estudio.

La tesis se abre con un epígrafe de João de Jesus Paes Loureiro: “La Amazonia parece ser un gran signo modulado por el tiempo”, que sigue

vigente hasta hoy. En su tesis Gomes de Sousa se “propone traer a la luz la importancia de conocer a las representaciones literarias amazónicas, no restringidas solamente al contexto amazónico brasileño. Su objetivo es discutir por medio de la literatura amazónica boliviana, los aspectos culturales y las relaciones sociales en la región. Se investiga en ellas las posibilidades de formas expresadas, y de cómo ella reescribe la historia y la cultura en este espacio geográfico. En la investigación se analiza en las siguientes obras: *Siringa*, *Memorias de un colonizador del Beni*, de Juan Bautista Coímbra (1972); *Inundación*, de Luciano Durán Böger (1965); y *Los reinos dorados*, de Homero Carvalho Oliva (2007); además de los aspectos culturales, sociales y ambientales que surge de la Modernidad analizando el aporte literario y cultural de Ana Pizarro (2012) y de Nicomedes Suárez Araúz (2012); y en su aspecto ideológico en Terry Eagleton (2009). De esta manera, presento la literatura amazónica tras la frontera a los estudios académicos brasileños, destacando su importancia como elemento para conocer la dinámica pan-amazónica y al mismo tiempo visibilizar, por medio de las obras mencionadas, la posibilidad de investigar cómo la cosmovisión y el lenguaje literario de sus autores reescriben la historia y cultura amazónica y latinoamericana”. Gomes de Sousa, logra ampliamente sus objetivos a través de un meticuloso levantamiento bibliográfico, que le permite reflexionar sobre nuestra literatura y su importancia como referencia cultural de esta región, así como fuente de entendimiento de la dinámica amazónica latinoamericana. Aportando a la construcción de una masa crítica sobre esta literatura en sus potencialidades para el contexto literario amazónico como región, para nuestro joven autor su investigación espera contribuir a la crítica especializada, por medio de la reflexión sobre la literatura tanto amazónica como latinoamericana, por ello sus citas bibliográficas son abundantes.

Gomes de Sousa elige esas tres obras porque sostiene que son "representativas dentro de la literatura boliviana en la ocasión de la discusión cultural y literaria de su Amazonia y que trazan en el plano representativo la historia de la región, dialogando con los referentes simbólicos y míticos dentro del imaginario amazónico". Y hace pequeñas introducciones que le servirán de guía para desarrollar su investigación; empieza con la obra de Juan B. Coímbra: "Siringa describe, hasta entonces, una visión local e inédita de un oriente amazónico ignorado por los bolivianos, diferenciándose de Páginas bárbaras (1914), de Jaime Mendoza. Que hasta entonces se constituía como una de las primeras fuentes sobre la región amazónica o para los bolivianos el oriente boliviano, una de las primeras obras a tratar las formas de trabajo en la Amazonia boliviana. Pero es en Siringa que la experiencia del colonizador se presenta de modo vivo dado que su autor vio y vivió la experiencia y la transmutó en literatura. La obra es de acuerdo con Coll: 'Novela autobiográfica, testimonial y regional. Interesante relato de la selva tropical, hacia al Amazonas, con sus páginas vigorosas sobre la barbarie y la grandeza del lugar. El poblador del Beni es un hombre victorioso sobre lo salvaje y destructor de la selva, con sus grandes ríos, con sus ciudades, sus explotadores del caucho y sus filibusteros, su mito y su folklore (Coll, 1992, p.39)'" , cita Gomes. Edna Coll, es una investigadora que publicó en 1992 el *Índice informativo de la novela hispanoamericana V. Río Piedras: Puerto Rico*. Editorial Universidad de Puerto Rico, esta literata y otros afirman que *Siringa* es una novela, a diferencia de Pedro Shimose que le niega ese valor literario.

Respecto a la novela *Inundación*, de Luciano Durán Böger, señala que "aborda la lucha por la supervivencia en un ambiente hostil; el escritor comparte por medio del lenguaje y su experiencia cultural sin detenerse en un regionalismo exacerbado, sino que pretende representar las relaciones sociales que hacían sombra a aquella sociedad, se expresa más

bien más como un reflejo de las reacciones sociales de América latina de aquel período. La obra se encamina como contestaria, una obra de protesta social” y en lo que se refiere a *Los reinos dorados*, de mi autoría señala: “La perspectiva del lector al leer *Los reinos dorados* es de un reencuentro con un ambiente nostálgico y remoto, que todavía está en construcción en el presente y en el futuro. El extenso poema de Carvalho traza un camino que mezcla lo irreal y lo real, apoderándose de contextos basados en la realidad como por ejemplo la incursión incaica en el territorio de Mojos y la invasión española. La poesía se establece como documento de la identidad mitológica y cultural de los pueblos del Beni, se configura también como legado para las generaciones futuras que habitan este espacio cultural y mitológico”.

La investigación de Gomes de Sousa es un desafío a la academia para invitarlos a revisar la historia y cultura de este espacio cultural por medio de su literatura. Investigar la literatura amazónica nos proporcionará subsidios para comprender la dinámica cultural y discutir las relaciones históricas del pasado y compararlas con el presente. Gomes finaliza su tesis advirtiendo que: “La literatura del oriente boliviano, región formada por los departamentos de Pando, Beni y Santa Cruz, viene incorporándose a las antologías nacionales, ganando así mayor representatividad de su expresión. Pero eso se debe a un proceso de legitimación, por medio de embates entre el espacio andino y amazónico. (...) En ese sentido, se entiende que el presente estudio no se finaliza aquí. Es una pequeña contribución para el estudio literario y cultural de esta región, cabe aún mucho que investigar con relación a la cultura y literatura en la Amazonia, y sobre todo sobre el ser amazónico”.

Mario Vargas Llosa

Cerramos esta selección con Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura, que siempre ha reconocido que aprendió a leer en Bolivia a los

cinco años, en la clase del hermano Justiniano, en el colegio de la Salle en Cochabamba, asegura que fue la cosa más importante que le ha pasado en su vida y muestra su cariño y conocimiento de nuestra historia en el artículo titulado *Italia no es Bolivia* y con otro titulado simplemente *Bolivia*, un alegato de apoyo a nuestra salida al mar.

No sé muy bien por qué hice esta compilación, tal vez desperté un día y me sentí como Francisco de Quevedo cuando escribió: "Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes ya desmoronados, / de la carrera de la edad cansados, / por quien caduca ya su valentía".

Homero Carvalho Oliva

El atractivo de Bolivia como espacio de lejanía, como confín, pero un confín muy distinto al que puede sentirse en Magallanes o Tierra del Fuego, un confín que más tiene que ver con la idea del abismo en el que desaparecer y de verdadero corazón de las tinieblas ¿No fue en el parque Kempff donde Conan Doyle situó el escenario perdido de su novela Un mundo perdido?

**Cuaderno boliviano
Miguel Sánchez-Ostiz**

POESIA

Miguel Ángel Asturias

(Guatemala, 1899-1974)

Meditación frente al lago Titicaca

Aquí viene el presuroso correo de las siembras
a descalzar sus cartas que llegan en zapatos
de sobres de semillas, a la boda del mástil
y el perfil del indígena troquelado en la luna:
por espinas sus dientes y el blanco de sus ojos
abiertos para mirar, para mirar, para mirar a todos
los que lo atan, lo humillan y lo muerden;
por aletas el silbo de sus pulmones, mares de fatiga,
y por su estar siempre salóbrego, en piel de sal,
de sal de él mismo que se sale en la sal de su cansancio,
cuando enjuga el cielo la sombra de la tierra
y a él le muda ese pellejo de hombre trabajado,
por un dulce sentido, fresco baño de serena y madura
manera de alba y fruta.

El que es indio sabe bien lo que esto significa:
es ser de aquí, de donde es América;
la primera cosquilla del llanto y de la brisa,
lo que combate en fauces de la duda,
lo que desemboca desbocándose,
amasado con todo lo que alienta, desalienta y conduce
a la bondad profética del hombre
que al ver, suelta los ojos, al oír suelta el oído
y al sentir se suelta él mismo de sus entrañas mudas
a las suaves y astutas vecindades

del agua recostada en su aliento.

No sé por qué he venido a estudiar el trino,
si aquí se estudia miel, la miel del cielo,
aquí bajan reflejos de los montes
olorosos a yerbas veteranas...

(¡Oh la libre raíz de un pensamiento
de flor en manos del aroma!)

No comprender el duelo en que se vive lo gozado.
Se va quedando el gozo atrás de uno
y el gasto de las uñas que se cortan y cortan
igual que los cabellos, con tijeras.

La vida de la puna en el paisaje
va de viaje conmigo, hoy mismo, hoy mismo,
comunicadlo a mis amigos,
a los espectros de mis estudiantes y mis niños,
a las mujeres de mi carne
y a la humedad del suelo que llevo
en la planta de los pies cicatrizada,
después que me arrancara de mi tierra
al costo de no estar nunca en un sitio,
por el peligro de volverme árbol.
Corro el peligro de volverme árbol y por eso me voy,
mañana mismo, hoy mismo, en este instante
que puede ser fatal para el que vive
con la piel de la hoja siendo humano.

¡Cortad, cortadme las raíces con los filos más hondos,
con las hachas más duras, y cortadme las ramas

con los filos del canto,
para que no se multipliquen mis raíces aquí,
mis raíces de subconsciencia vegetal,
porque mi ser ha sido humus:
tiene la piel quemada de corteza,
la saliva de jugo de fatiga,
las narices de zumo,
el pelo de pelo de nopal,
ya cabellera de cacique,
y todo el engranaje de los dientes
de risa de mazorca conseguida a favor de los tomillos,
la tímida hondonada y la honda de pita pendenciera!

¡Cortadme las raíces, las ramas y la sombra!

(De Mensajes indios)

Gamaliel Churata

(Perú, 1897-1969)

Matinas

tiembla la pulpa campestre
del polen de los surcos
y de la médula del viento
 el aire pule con amor
 el cero dulce
se abraza en el rumor de los trigos maduros
perfume silvestre
danza pastoril
el árbol preñez de canto
OH ANDINO SABOR DE FRUTA

CANCIÓN DESVANECIDA EN ÉXTASIS

¡Cómo se astillan el pedernal y el alma
en el efluvio que amanece!
(De El pez de oro)

Matinas

Castidad de la madrugada
en el fogón y la escarcha.
Con el potro relincha
el corazón de la montaña.
En la leche blanca
de la vaca bermeja
me bebo a sorbos la mañana.
(De El pez de oro)

Rubén Darío

(Nicaragua, 1867-1916)

A Bolivia

En los días de azul de mí dorada infancia
yo solía pensar en Francia y en Bolivia;
en Francia hallaba néctar que la nostalgia alivia,
y en Bolivia encontraba una arcaica fragancia.

La fragancia sutil que da la copa rancia,
o el alma de la quena que solloza en la tibia,
la suave voz indígena que la fiereza entibia,
o el dios del Manchaipuito, en su sombría estancia.

El tirso griego rige la primitiva danza,
y sobre la sublime pradera de esperanza,
nuestro Pegaso joven mordiendo el freno brinca,

y bajo de la tumba del misterioso cielo,
si sol y luna han sido los divos del abuelo,
con sol y luna triunfan los vástagos del Inca.

(De el periódico La Patria, Oruro)

Allen Ginsberg

(Estados Unidos, 1926-1997)

Esfínter

Espero que mi viejo, que mi buen ojo del culo resista
En 60 años no se ha portado nada mal
Aunque en Bolivia una operación de fisura
Sobrevivió al hospital de altiplano -
Poca sangre, ningún pólipo, ocasionalmente
Una leve hemorroide
Activo, anhelante, receptivo al falo
Botella de coca, vela, zanahorias
Plátanos y dedos -
Ahora el Sida lo vuelve cauteloso, pero
Aún servicial -
Fuera el mal rollo, dentro el condón
Amigo orgásmico -
Aún elástico correoso,
Descaradamente abierto al placer
Pero en 20 años más, quién sabe,
Los viejos sufren todo tipo de achaques
Cuello, próstata, estómago, articulaciones -
Espero que mi viejo orificio se conserve joven
Hasta la muerte, dilatado

A FRANK O'HARA & JOHN ASHBERY & KENNETH KOCH

Cuán real es Bolivia

Con sus nevados Andes que elevan la ciudad moderna
Ahora que uno está en La Paz
Que en inglés significa Peace
Aunque los nativos hablan su propia lengua
Especialmente las mujeres con sus sombreros bombín
Sentadas en el barro con las manos sobre sus narices
Vendiendo papas negras y cebollas azules
En el mercado que cubre un lado de la colina
Sobre la cual uno puede ver las torres eléctricas
y los aviones que aterrizan desde Santiago y Lima Caracas
Es extraño cuán real es Bolivia
Con su capital en una copa en un valle del Altiplano
A dos millas de altura en el cielo
Que me producen dolor de cabeza y tomo aspirina a cada rato
Que es relativamente cara, aunque los taxis cuesten 10 centavos
Y la pobreza parece especialmente hecha para hacerme sentir un Príncipe
Con mi barba y mi sombrero negro y mi overol
Yendo por el mercado comprando moscas, arañas & mariposas de plata
Y los chales verdes y morados que usan las damas
Para cargar sus guaguas y la basura
Mientras las miro sobre enjundiosos guisos verdes de cerdo
En el restaurant rembrandtiano lleno de expectantes profetas barbudos
Harapientos con antiquísimos sombreros grises sobre sus blancos ceños
A pesar de todo, me siento fuera de lugar en Bolivia
Que era un hermoso nombre en mi libro de geografía
Flojeando en mi pieza de hotel con dos camas extras vacías
Aunque he visto a varios muchachos indígenas sin hogar
Con los cuales gustoso compartiría mi soledad, sin saber sus nombres—
y las hojas de Coca no me prenden tanto como esperaba
de modo que me masturbé tres veces esta semana

y escribí postales a todos mis amigos
en NY, París, Florencia & Kioto
—Creo que voy a viajar a Macchu Pichu
Que es una famosa y ruinoso ciudadela Inca en el Perú.

La Paz, abril, 1960

Nicolás Guillén

(Cuba, 1902-1989)

Guitarra en duelo mayor

I

Soldadito de Bolivia,
soldadito boliviano,
armado vas con tu rifle,
que es un rifle americano,
soldadito de Bolivia,
que es un rifle americano.

II

Te lo dio el señor Barrientos,
soldadito boliviano,
regalo de míster Johnson,
para matar a tu hermano,
para matar a tu hermano,
soldadito de Bolivia,
para matar a tu hermano.

III

¿No sabes quién es el muerto,
soldadito boliviano?
El muerto es el Che Guevara,
y era argentino y cubano,
soldadito de Bolivia,
y era argentino y cubano.

IV

Él fue tu mejor amigo,
soldadito boliviano,
él fue tu amigo de a pobre
del Oriente al altiplano,
del Oriente al altiplano,
soldadito de Bolivia,
del Oriente al altiplano.

V

Esta mi guitarra entera,
soldadito boliviano,
de luto, pero no llora,
aunque llorar es humano,
aunque llorar es humano,
soldadito de Bolivia,
aunque llorar es humano.

VI

No llora porque la hora,
soldadito boliviano,
no es de lagrima y pañuelo,
sino de machete en mano,
sino de machete en mano,
soldadito de Bolivia,
sino de machete en mano.

VII

Con el cobre que te paga,
soldadito boliviano,

que te vendes, que te compra,
es lo que piensa el tirano,
es lo que piensa el tirano,
soldadito de Bolivia,
es lo que piensa el tirano.

VIII

Despierta, que ya es de día,
soldadito boliviano,
está en pie ya todo mundo,
porque el sol salió temprano,
porque el sol salió temprano,
soldadito de Bolivia,
porque el sol salió temprano.

IX

Coge el camino derecho,
soldadito boliviano;
no es siempre camino fácil,
no es fácil siempre ni llano,
no es fácil siempre ni llano,
soldadito de Bolivia,
no es fácil siempre ni llano.

X

Pero aprenderás seguro,
soldadito boliviano,
que a un hermano no se mata,
que no se mata a un hermano,
que no se mata a un hermano,

soldadito de Bolivia,
que no se mata a un hermano.

(De poesía completa)

Pablo Neruda

(Chile, 1904-1973)

Melgarejo

Bolivia muere en sus paredes
como una flor enrarecida:
se encaraman en sus monturas
los generales derrotados
y rompen cielos a pistolazos.
Máscara de Melgarejo,
bestia borracha, espumarajo
de minerales traicionados,
barba de infamia, barba horrenda
sobre los montes rencorosos,
barba arrastrada en el delirio,
barba cargada de coágulos,
barba hallada en las pesadillas
de la gangrena, barba errante
galopada por los potreros,
amancebada en los salones,
mientras el indio y su carga cruzan
la última sábana de oxígeno
trotando por los corredores
desangrados de la pobreza.

Bolivia (22 de marzo de 1865)

Belzu ha triunfado. Es de noche. La Paz arde
con los últimos tiros. Polvo seco
y baile triste hacia la altura
suben trenzados con alcohol lunario
y horrenda púrpura recién mojada.
Melgarejo ha caído, su cabeza
golpea contra el filo mineral
de la cima sangrienta, los cordones
de oro, la casaca
tejida de oro, la camisa
rota empapada de sudor maligno,
yacen junto al detritus del caballo
y a los sesos del nuevo fusilado.
Belzu en Palacio, entre los guantes
y las levitas, recibe sonrisas,
se reparte el dominio del oscuro
pueblo en la altura alcoholizada,
los nuevos favoritos se deslizan
por los salones encerados
y las luces de lágrimas y lámparas
caen al terciopelo despeinado
por unos cuantos fogonazos.
Entre la muchedumbre va Melgarejo,
tempestuoso espectro
apenas sostenido por la furia.
Escucha el ámbito que fuera suyo,
la masa ensordecida, el grito
despedazado, el fuego de la hoguera

alto sobre los montes, la ventana
del nuevo vencedor.

Su vida (trozo
de fuerza ciega y ópera desatada
sobre los cráteres y las mesetas,
sueño de regimiento, en que los trajes
se vierten sobre tierras indefensas
con sables de cartón, pero hay heridas
que mancillan, con muerte verdadera
y degollados, las plazas rurales,
dejando tras el coro enmascarado
y los discursos del Eminentísimo,
estiércol de caballos, seda, sangre
y los muertos de turno, rotos, rígidos
atravesados por el atronante
disparo de los rápidos rifleros)
ha caído en lo más hondo del polvo,
de lo desestimado y lo vacío,
de una tal vez muerte inundada
de humillación, pero de la derrota
como un toro imperial saca las fauces,
escarba las metálicas arenas
y empuja el bestial paso vacilante
el minotauro boliviano andando
hacia las salas de oro clamoroso.
Entre la multitud cruza cortando
masa sin nombre, escala pesadamente el trono enajenado,
y al vencedor caudillo asalta. Rueda
Belzu, manchado el almidón, roto el cristal
que cae derramando su luz líquida

agujereado el pecho para siempre,
mientras el asaltante solitario
búfalo ensangrentado del incendio
sobre el balcón apoya su estatura,
gritando: «Ha muerto Belzu», «Quién vive»,
«Responded». Y de la plaza,
ronco un grito de tierra, un grito negro
de pánico y horror, responde: «Viva,
sí, Melgarejo, viva Melgarejo»,
la misma multitud del muerto, aquella
que festejó el cadáver desangrándose
en la escalera del palacio: «Viva»,
grita el fanteoche colosal, que cubre
todo el balcón con traje desgarrado,
barro de campamento y sangre sucia.

(De Canto general)

Las satrapías

Nixon, Frei, Pinochet hasta hoy, hasta este amargo
mes de setiembre
de 1973,
con Bordaberry, Garrastazú y Banzer
hienas voraces
de nuestra historia, roedores
de las banderas conquistadas
con tanta sangre y tanto fuego,
encharcados en sus haciendas,

depredadores infernales,
sátrapas mil veces vendidos
y vendedores, azuzados
por los lobos de Nueva York.
Máquinas hambrientas de dólares,
manchadas en el sacrificio
de sus pueblos martirizados,
prostituidos mercaderes
del pan y el aire americanos,
cenagales verdugos, piara
de prostibularios caciques,
sin otra ley que la tortura
y el hambre azotada del pueblo.

(En algún lugar de Chile, 15 de septiembre de 1973. Este poema,
recogido por La opinión el 20 de septiembre, fue repartido en forma de
pasquín por las calles de Madrid unos días después, y es una de los
últimos, o tal vez el último, poema de Neruda.)

William Ospina

(Colombia, 1954)

Bolivia

Mucho antes que las dulces mujeres sin sonrisa
pasaran con sus faldas de colores y sus mantas espléndidas
y con esos oscuros sombreros diminutos;
mucho antes que los niños miraran desde el polvo,
el mar se abrió y las rocas sepultadas se alzaron,
llanos de sal se hundieron en el cielo,
y roca a roca y pliegue a pliegue y siglo a siglo,
ascendió ardiendo en rezo la piedra torturada
y el cielo del diluvio la llenó como un cántaro.

No fuimos invitados al relámpago.
De ese fragor ninguno fue testigo.

Algo fijó las rocas titánicas, sin árboles,
alguien trazó este llano polvoriento en el cielo
y sobre el yermo, a solas,
dictó esas cumbres blancas, los palacios helados,
cuya forma esta tarde le dio envidia a la luna.

Allá arriba yo vi dioses dormidos,
torsos de piedra, pechos de glaciár, seres pánicos
que besa y gasta el viento,
allá arriba, en el vuelo de la luz, en el grito
del enigma terrestre.

No hay bestias, no hay jardín, no hay amor, no hay pupilas,

sólo hay un duro, frío, vasto, verde silencio
que un terso cauce anula,
y arenales sedientos quebrantan los cañones.

Es domingo, y el agua muestra al Perú a lo lejos,
el agua nada sabe de estas fronteras mágicas
que inventó nuestro miedo,
y tal vez las dos alas de esa gaviota en lo alto
se apoyan cada una en un país distinto,
y una misma ciudad de piedra y oro miran
las moteadas truchas en el fondo del lago.

El trazo azul horizontal es puro,
aquí la tierra sabe de cansancio y paciencia,
pero también se duerme en su pureza,
trabaja en perfección, reza en zafiro.
Y todos somos niños en las balsas de juncos
desde donde buscamos nuestros nombres perdidos
y el alma que perdimos
y el dios solar que tiembla, como en el cielo diáfano,
en la roja y oscura jaula de nuestros pechos.

Todo es color de tierra en estos montes
menos la franja azul del Titicaca
besado por los paros entre estelas de barcas.
Todo es color de tierra, la hierba y los corderos,
las hondas viejas casas con sus dioses de barro,
los niños silenciosos de corazón de arcilla.
Todo es color de tierra
salvo la copa azul del lago aimara

y esas crestas inmóviles de blancura imposible
que son risas de dioses
donde acaba el esfuerzo y empiezan las estrellas.

Entre diademas blancas, besa el polvo del llano.
Aquí vivió una raza y el amor se hizo sangre
y en un cuenco de siglos todo fue polvo y tinta
para teñir los senos de tibias madres niñas.

El sol borracho y viejo duerme en la tierra seca.

La desdentada luna pasa envuelta en su manta.

Los viejos padres niños nacerán si murieron
y esta rosa de piedra que mis ojos no abarcan
dirá al cielo infinito que fue hermoso esforzarse,
que en la hierba que arrancan los dientes del cordero
tiemblan amores viejos y cristales de sangre.

Mediodía. La frontera con el Perú está cerca.

La trucha abierta es una mariposa.

Ya no está el Inca grande
cuya voz acataban los peñascos,
el que ordenó a los gallos
empujar en la aurora las islas con su canto.
Pero el barquero es nieto del sol, y tiene labios de agua,
y como las montañas tiene dientes perfectos.

Mañana no habrá azul en las pupilas,

mañana miraremos las ciudades fantásticas
que se van descolgando del cielo y cubren vivas
los cañones desiertos,
mañana anudaremos las barriadas geométricas,
el fango ruin escalonado en palacios,
las altas calles turbias que la blancura espía.

Dondequiera que vayas los dioses te vigilan,
asoman dulcemente sus duros rostros blancos,
te siguen basta el vértigo del cañón polvoriento
donde entre puentes y arcos la urbe gira y se esconde
para reaparecer disgregada en la hondura.

No serás la ciudad, pero con sus cornisas
tejerás en tu sueño nuevas zonas de tu alma,
sabrás por qué hay en ti tiempos sedientos
y empedrados caminos hacia amores que ignoras,
sabrás de qué manera el polvo es hielo
y el mar es piedra y la ebria luna es sangre.

Y el país dará forma a tierras íntimas
que debes inventar con el barro de tu alma,
te enseñará el tesoro que se esconde en los bosques,
abrirá minas hondas con cielos en su entraña.
Y hará de tu memoria un abismo que cambia
de sol a sol, de instante a instante,
y ce dará el consuelo feroz de ser quien eres
corno la piedra es piedra, corno la luna es sangre.

(De Poesía, Obra completa)

Manuel Scorza

(Perú, 1928-1983)

Canto a los mineros de Bolivia

Hay que vivir ausente de uno mismo,
hay que envejecer en plena infancia,
hay que llorar de rodillas delante de un cadáver
para comprender qué noche
poblaba el corazón de los mineros.

Yo fui a Bolivia en el otoño del tiempo.

Pregunté por la Felicidad.

No respondió nadie.

Pregunté por la Alegría.

No respondió nadie.

Pregunté por el Amor.

Un ave

cayó sobre mi pecho con las alas incendiadas.

Ardía todo en el silencio.

En las punas hasta el silencio es de nieve.

Comprendí que el estaño

era

una

larga

lágrima

petrificada

sobre el rostro espantado de Bolivia.

¡Nada valía el hombre!

iA nadie le importaba si bajo su camisa
existía un cuerpo, un túnel o la muerte!

(De obra poética)

Gigia Talarico

(Chile, 1953)

Chacaquita, Chuquisaca

Virgen serena
 que rodeada de belleza
bajo el sol implacable
descansa

Una piedra
rompe su escote
de montaña
 y cae rompiendo
el silencio del reino
 su morada

Desde la infinita
pequeñez de los mortales
 elevo
una plegaria a la vida

(De La manzana dorada)

Cuentos

Márcia Batista-Ramos

Un viaje en carnaval

Pienso que los días feriados son los mejores para estar en casa, con un buen libro disfrutando de mi espacio, que tanto me gusta. En cambio, él prefiere viajar para conocer algún lugar nuevo, hablar con gente desconocida y almacenar historias que, quizás, las cuente, algún día, espero, en un gran libro.

Así, somos... Tan distintos. Mundos diferentes. Culturas ajenas... Destinos paralelos. Cosmos, eventualmente, encontrados...

En el carnaval pasado decidimos, a sugerencia e insistencia de él, viajar para ir a conocer un lugar distante del mundo, casi perdido, entre el cielo y la nada. Allá a donde no va nadie, donde no vive nadie, pero, un día fue habitado.

Deslizamos sobre el altiplano, impregnándonos de nostalgias, ya que la atmosfera del lugar es propensa a las nostalgias; hasta llegar a un caserío medio deshabitado donde un perro estaba sentado incólume a la vera del camino, mientras la lluvia deslizaba impiadosa sobre su pelo. Eso le llamó la atención, a tal punto, que decidió parquear para observar al extraño perro mojado bajo la lluvia. Mientras su corazón estremecía, por sus pensamientos, sobre todo por lo que pudo haber sido y no fue. Cosa que pasa a cualquier mortal. Siempre existen las decisiones equivocadas y el miedo a buscar nuevas opciones... Unos minutos se pasaron hasta que una movilidad de transporte público paró y la dueña del perro bajó con sus bultos y el animalito se alborotó y empezó a mover la cola y a saltar

como si de una fiesta se tratara, y juntos se encaminaron a la casa, donde el perro se quedó en una baranda mientras la mujer entraba. Al tiempo que él, con un nudo en la garganta, a causa de lo que pudo haber sido y no fue, ponía el motor en marcha y se disponía a proseguir.

Siguió hasta un pueblito con algunas construcciones de los años veinte del siglo pasado y otras del siglo anterior al siglo pasado. Cuentan que hubo tiempos de bonanza. Las casas y el templo son los testigos de las épocas de oro. Ahora todos viven de una economía magra fruto de la poca agricultura y ganadería de la zona.

Nos instalamos en el único hotelito del lugar con el murmullo del río a la cabecera.

La noche plácida, cedió lugar a la mañana ruidosa con bandas que recordaban que era sábado de Carnaval. Él se alistó con la meticulosidad de siempre, sin olvidar ningún detalle y por último suspiró profundo, después de haber puesto la tristeza en la mirada.

Salió mirando todo al detalle, escudriñado el espacio y el tiempo, como hace cada vez, igual cuando no se percata de lo que ve, ni de lo que está haciendo. Siempre buscando un no sé qué, tal vez, una mirada que absorba su tristeza. Realmente no sé lo que busca, nunca me lo platicó, ni dejó ver entre líneas; y por mi parte, no soy buena descifrando intenciones ocultas detrás de las miradas tristes.

Por la tarde él filmó las comparsas, no sé si para volver a verlas algún día, o si fue sólo para ocultarse detrás de la cámara mientras miraba. De cualquier forma, por la noche, tímidamente, me envió una copia por e-mail.

El domingo amaneció con los resabios de las alegrías y derroches del sábado de Carnaval, como un engranaje perfecto de día-noche-día... Los gallos no cantaron para anunciar un nuevo día, seguramente, porque entendían que era la continuación del día anterior, con sus intermitencias claro-oscuras a consecuencia de la música y de la algarabía.

El murmullo del río se había mezclado con el festín y el sueño fue agitado, aunque sin sueños ni pesadillas. Era extraño, porque él, normalmente, dormía profundo, en cualquier ocasión, desde bebé, bastaba estar bien arropado y dormía, dormía un sueño tranquilo y sinfín como si no existiera un mañana.

Total. Siempre existen excepciones, son las circunstancias las que definen, por su sutileza, hasta cuándo será todo siempre igual... Esa noche el sueño fue diferente, la luna estaba radiante y luminosa y el viento estaba afuera y adentro de la habitación. Su corazón latía con mayor fuerza dentro de su pecho, queriendo rebozar con cada latido sus sienes, quizás acompañando el ritmo de los bombos que sonaban a fuera.

El domingo de Carnaval no era tan atractivo en el pueblito, además, la idea inicial era ir hasta allá donde no mora nadie, en una punta de la cordillera donde algunas almas dejaron sus cuerpos por creer que era más fácil llegar a Dios estando a un palmo del cielo.

Caminamos un poco por las afueras del pueblo, miramos los nísperos cargados en un terreno lleno de plantas, anduvimos por el puente, donde el río caía con fuerza sobre las piedras, haciendo un ruido tan fuerte como agradable al oído humano. Mientras él pensaba en Angélica, una aprendiz de ayudante de Dios, de una de sus historias que aún no tenía título.

Después subimos por un brazo de la cordillera, por un camino angosto y sinuoso que parecía que terminaría en la próxima curva y que nos quedaríamos atrapados sin poder maniobrar, ni bajar del carro, entre la

roca y el precipicio. Pasamos por un túnel oscuro y húmedo, cavado en la roca, sin el menor signo de soportes u obras de ingeniería, totalmente rústico, improvisado, con agua vertiendo por las paredes... Propio de una época anterior al siglo veintiuno.

En fin, después de partir el alma en pedazos y desparramarlos por los vertiginosos paisajes humedecidos por una persistente llovizna, que se entremezclaba con una neblina espesa, llegamos.

Llegamos a la cima del mundo, con hambre, por el stress causado por las curvas ciegas y la neblina que invisibilizaba el camino. La calle simétrica con las casas de madera revestidas con hojas de calamina, para aislarlas del frío, todas cerradas con candados, parecían que nunca fueron habitadas; una especie de plaza con una media docena de bancos de cemento, los postes de hierro bien plantados, en un paraje tan frío, que jamás conoció un árbol.

Allá el tiempo dejó de existir. Siempre sería un día sin fecha en el calendario. Será hoy, apenas... Un lugar donde siempre sería hoy cuando alguien volviera a pisarlo. Allá no había carnaval o todo santo, o el día que fuera. Estaba todo parado. Inerte; seco.

Un mundo silencioso, sin ruido de pájaros, de gente o de perros...

Él miro todo sin pronunciar palabra. Fotografió cada rincón con su belleza muerta... Buscó una historia...

Miró hacia abajo y vislumbró un río que parecía un hilo plateado en la profundidad del peñasco. Como el cordón de plata que une el cuerpo al alma. Adornado, es lógico, por la neblina. Arriba el cielo. El cielo nublado tan cerca, que casi daba para tocarlo con la punta de los dedos.

Sus ojos tristes, cargados de pasado, escudriñaron todo, cada rincón, cada techo despintado y cada piedra, que yacía despiadada ocultando,

silenciosamente, los recuerdos de otros tiempos; sus ojos buscaron una mirada en cada ventana cerrada y en cada puerta aldabada. Después, como el frío traspasaba sus vestiduras, sus carnes y sus huesos, queriendo congelar hasta su alma, decidió regresar.

Yo, como siempre, estuve silenciosa todo el tiempo; algunas veces escuchando sus pensamientos, pero, siempre a su lado; volando en otra dimensión... Acompañándolo de otra manera. Recuerdo a la perfección: por esos días de carnavales, yo era simplemente el viento.

Mario Benedetti

(Uruguay, 1920-2009)

Un boliviano con salida al mar

Nunca he podido confirmarlo, pero dicen que en plena guerra de las Malvinas le preguntaron a Borges qué solución se le ocurría para el conflicto, y él, con su sorna metafísica de siempre, respondió: "Creo que Argentina y Gran Bretaña tendrían que ponerse de acuerdo y adjudicar las Malvinas a Bolivia, para que este país logre por fin su salida al mar".

En realidad, la ironía de Borges (siempre que la cita sea verdadera) se basaba en una obsesión que está presente en todo boliviano, ese alguien que siempre parece estar acechando el horizonte en busca del esquivo mar que le fue negado. Tiene el Titicaca, por supuesto, pero el enorme lago sólo le sirve para que crezca su frustración, ya que, en vez de conducirlo a otros mundos, sólo lo conduce a sí mismo.

De todas maneras, cuando algún boliviano llega al mar, aunque éste sea ajeno, siempre se trata de un blanco, nunca de un indio. Hubo un indio, sin embargo, nacido junto a las minas de Oruro, que por un extraño azar pudo alcanzar el mar prohibido.

Debió ser un niño simpático y bien dispuesto, ya que una dama paceña, que estaba de paso en Oruro y pertenecía a una familia acaudalada, lo vio casualmente y se lo trajo a la capital, allá por los años cincuenta. Rebautizado como Gualberto Aniceto Morales, aprendió a leer y aprendió a servir. Y tan bien lo hizo, que cuando sus patrones viajaron a Europa, lo llevaron consigo, no precisamente para ampliar su horizonte sino para que los auxiliara en menesteres domésticos.

Así fue que el muchacho (que para ese entonces ya había cumplido quince años) pudo ir coleccionando en su memoria imágenes de mar: desde la tibieza verde del Mediterráneo hasta los golfos helados del Báltico. Cuando al cabo de un año sus protectores regresaron, Gualberto Aniceto pidió que lo dejaran viajar a su pueblo para ver a su familia.

Allí, en su pobreza de origen, en la humilde y despojada querencia, ante la mirada atónita y el silencio compacto de los suyos, el viajero fue informando larga y pormenorizadamente sobre farallones, olas, delfines, astilleros, mareas, peces voladores, buques cisternas, muelles de pescadores, faros que parpadean, tiburones, gaviotas, enormes transatlánticos.

No obstante, llegó una noche en que se quedó sin recuerdos y calló. Pero los suyos no suspendieron su expectativa y siguieron mirándolo, esperando, arracimados sobre el piso de tierra y con las mejillas hinchadas por la coca. Desde el fondo del recinto llegó la voz del abuelo, todavía inexorable, a pesar de sus pulmones carcomidos: "¿Y qué más?".

Gualberto Aniceto sintió que no podía defraudarlos. Sabía por experiencia que la nostalgia del mar no tiene fin. Y fue entonces, sólo entonces, que empezó a hablar de las sirenas.

Juan Bosch

(República Dominicana, 1909-2001)

El Indio Manuel Sicuri

Manuel Sicuri, indio aimará, era de corazón ingenuo como un niño; y de no haber sido así no se habrían dado los hechos que le llevaron a la cárcel en La Paz. Pero además Manuel Sicuri podía seguir las huellas de un hombre hasta en las pétreas vertientes de los Andes y esa noche hubo luna llena, cosas ambas que contribuyeron al desarrollo de esos hechos. El factor más importante, desde luego, fue que el cholo Jacinto Muñiz tuviera que huir del Perú y entrara en Bolivia por el Desaguadero, lo cual le llevó a irse corriendo, como un animal asustado, por el confín del altiplano, obsesionado por la visión de un paisaje que le daba la impresión de no avanzar jamás. El cholo Jacinto Muñiz fue perseguido de manera implacable, primero en el Perú, desde más allá del Cuzco, y después por los carabineros de Bolivia que recibían de tarde en tarde noticias de su paso por las desoladas aldeas de la Puna. Jacinto Muñiz no podía liberarse de esa persecución, pues había robado las joyas de una iglesia, y eso no se lo perdonarían ni en el Perú ni en Bolivia; y para fatalidad suya era fácil de identificar porque tenía una cicatriz en la frente, desde el pelo hasta el ojo derecho. Cuando llegó a la choza del indio Manuel Sicuri, el cholo Jacinto Muñiz contó que ésa era la huella de una caída, lo cual desde luego era mentira.

Manuel Sicuri cuidaba de un rebaño de ovejas y de nueve llamas; las ovejas llevaban prendidas en la lana, a medio lomo, cintas de color azul, lo que servía para identificarlas como de su propiedad. Esa medida sobraba, porque no era fácil que en aquella zona sus ovejas se mezclaran con otras ya que no había más en millas a la redonda; pero era la costumbre de los aimarás del altiplano y Manuel Sicuri seguía la

costumbre. De seguir la costumbre en todo su rigor, sin embargo, quien debía cuidar de los animales era María Sisa, la mujer de Manuel, y además debía sembrar la papa y la quinua y la cañahua —los cereales de la Puna—, pues el hombre debía irse a trabajar a La Paz o tal vez a las minas. Pero resultaba que no sucedía así porque Manuel era huérfano de padre y madre y tenía tres hermanitos —dos de ellos hembras— y él quería a esos niños con toda la fuerza de su alma. Además, María estaba embarazada. Propiamente, María tenía siete meses de embarazo.

A medida que se extiende hacia el sudoeste, en dirección a las altas cumbres de la Cordillera Occidental, el altiplano va haciéndose menos fértil. Es una vasta extensión llana como una mesa. El aire transparente y frío es limpio y seco, sin gota de humedad. Cada vez más, son escasas las viviendas, y cada vez más va acentuándose en la tierra el cambio de color; pues hacia el Norte es gris y en ocasiones amarilla y verde, mientras que hacia el Sur va tornándose parduzca. El grandioso paisaje es de una impresionante hermosura y de aplanadora soledad. Cuando comienzan las primeras estribaciones de la Cordillera hacia el sudoeste —que son sucedidas más tarde por otras eminencias peladas de nevadas cumbres, y después por otras y otras más— comienzan también las enormes arrugas en el lomo de la montaña, sin duda los canales por donde en épocas lejanas corrieron aguas despeñadas.

Pero eso es ya cayendo hacia el lado de Chile; y Manuel Sicuri tenía su choza en tierras de Bolivia. El indio podía tender la vista en redondo y durante leguas y leguas no veía vivienda alguna. Su casa estaba hecha de tierra, y su propia madre había ayudado a levantarla. No había ventana para que no entrara el viento helado de la Cordillera, y sólo tenía una puerta que daba al Este. De noche se quemaba la boñiga de las llamas y hasta de las ovejas, que Manuel iba recogiendo sistemáticamente día tras día; y su fuego era la única luz y el único calor

de la vivienda. No había habitación alguna, sino que todo el cuadrado encerrado en las paredes de la choza era usado en común. Los tres niños y el indio Manuel Sicuri y su mujer embarazada dormían juntos, sobre pieles de oveja, en el piso de tierra. En un rincón había un viejo arcón en que se guardaban ropas que habían sido del padre y de la madre de Manuel, cortos calzones de lana y faldas y chales de colores, los zarcillos de oro de María y los trajes de boda de la pareja, alguna loza de desconocido origen y un pequeño sombrero negro de fieltro que usó María en la peregrinación a Copacabana, a orillas del Titicaca. Encima del arcón se amontonaban las pieles de las ovejas que habían muerto o habían sido sacrificadas el último año. El arcón quedaba en el rincón más lejano de la izquierda, según se entraba, en el primero del mismo lado estaba amontonado el chuño, y entre el chuño y el arcón, la lana, la lana que pacientemente iba hilando María Sisa, la mayor parte de las veces mientras se hallaba sentada a la puerta de la choza. Junto a la lana dormían los perros, dos perros flacos, con los costillares a flor de piel, que no tenían función alguna y se pasaban los días recostados o caminando sin rumbo fijo por el altiplano, a veces corriendo tras las ovejas. En el primer rincón de la derecha, con el hierro contra el piso, estaba el hacha.

Esa hacha, en realidad, no tenía uso ni nadie en la familia sabía por qué estaba allí. Tal vez el padre de Manuel Sicuri, que vivió hacia el Norte, había sido leñador, aunque no era posible saber dónde ya que en la zona no había bosques; tal vez se la vendió, a cambio de una o dos parejas de llamas, algún cholo que pasó por la región. Pero el hacha era reverentemente guardada porque cierta vez, estando Manuel recién nacido, hubo un invierno muy crudo y los pumas bajaron de la Cordillera en pos de ovejas; y en esa ocasión el hacha fue útil, pues con ella mató el padre a un puma que llegó hasta la puerta misma de su choza. Eso

había sucedido, desde luego, más hacia el Nordeste. Una vez muerto el padre, al mudarse hacia el Sur, Manuel Sicuri se llevó el hacha. A menudo Manuel jugaba con ella. Ocurría que en las tardes de buen tiempo él les contaba a los yokallas y a María cómo había sido el combate entre la fiera y su tata; entonces él mismo hacía el papel de puma, y se acercaba rugiendo, en cuatro pies, dando brincos, hasta la misma puerta. Los niños reían alegremente, y Manuel también. De pronto él salía corriendo, cogía el hacha y hacía el papel de su padre; se plantaba en la puerta, daba gritos de cólera, blandía el arma y la dejaba caer sobre el cráneo del animal; a esa altura, Manuel volvía a hacer el papel del puma, y caía de lado, rugiendo de impotencia, agitando las manos y simulando que eran garras. Cuando el puma estaba ya muerto, tornaba Manuel a ser el padre, sin perjuicio de que hiciera también de oveja y balara y corriera dando los saltos de los corderos, imitando el miedo de los tímidos animales. Toda la familia reía a carcajadas, y Manuel reía más que todos. En realidad, Manuel reía siempre y a toda hora estaba dispuesto a jugar como un niño.

Uno de esos atardeceres, cuando la luz de julio en el altiplano era limpia y el aire cortante, los perros comenzaron a ladrar. Ladraban insistentemente, pero no a la manera en que lo hacían cuando corrían tras una oveja o cuando —lo que pasaba muy pocas veces— algún cóndor volaba sobre el lugar dejando su sombra en la tierra, sino que sus ladridos eran a la vez de sorpresa y de cólera. Entonces Manuel fue a ver lo que pasaba. Dio la vuelta a la casa y al corral, que quedaba al oeste de la vivienda y era también de tierra. Allá, a la distancia, hacia la caída del sol, se veía avanzar un hombre.

Ese hombre era el cholo Jacinto Muñiz. Cuando se acercaba, una hora después, casi al comenzar la noche, Manuel, la mujer y los pequeños se reunieron tras el corral. Por primera vez en mucho tiempo aparecía por

allí un ser humano. Evidentemente el hombre hacía grandes esfuerzos para caminar, lo cual comentaban Manuel y su mujer. Los niños callaban, asustados. De haber sido un conocido, o siquiera un indio como ellos, que usara sus ropas y tuviera su aspecto, Manuel hubiera corrido a darle encuentro y tal vez a ayudarlo. Pero era un extraño y nadie sabía qué le llevaba a tan desolado sitio a esa hora. Lo mejor sería esperar.

Cuando estuvo a cincuenta pasos, el hombre saludó en aimará, si bien se notaba que no era su lengua. Manuel se le acercó poco a poco. María espantó los perros con pedruscos y pudo oír a los dos hombres hablar; hablaban a distancia, casi a gritos. El forastero explicó que se había perdido y que se sentía muy enfermo; dijo que tenía sed y hambre y que quería dormir. Su ropa estaba cubierta de polvo y su escasa barba muy crecida. Pidió que le dejaran descansar esa noche, y antes de que su marido respondiera María dijo, también a gritos, que en la vivienda no había dónde. Aunque hablaba aimará se apreciaba a simple vista que ese hombre no era de su raza ni tenía nada en común con ellos; pero además su instinto de mujer le decía que había algo siniestro y perverso en ese duro rostro que se acercaba. Ella era muy joven y Manuel no llegaba a los veinte años, y ante el extraño, que tenía figura de hombre maduro, ella sentía que ellos eran unos yokallas, unos niños desamparados. Pero Manuel no era como su mujer; Manuel Sicuri era confiado, de corazón ingenuo, y por otra parte sabía que muchas veces Nuestro Señor se disfrazaba de caminante y salía a pedir posada; eso había ocurrido siempre, desde que tata Dios había resucitado, y debido a ello era un gran pecado negar hospitalidad a quien la pidiera. En suma, aquella noche el cholo peruano Jacinto Muñiz, prófugo de la justicia en dos países, durmió sobre pieles de oveja en la choza de Manuel Sicuri. María Sisa se pasó la noche inquieta, sin poder pegar ojo, atenta al menor ruido que proviniera del sitio donde se había echado Jacinto Muñiz.

Pero Jacinto Muñiz durmió, y lo hizo pesadamente, con los huesos agobiados de cansancio. Había bebido pitos e infusión de coca, que la propia María le había preparado. Ni siquiera se quitó la chaqueta. Estaba durmiendo todavía cuando Manuel Sicuri salió de la vivienda. Al despertar vio a María Sisa agachada ante una vasija de barro que colgaba de tres hierros colocados en trípode, hacia el último rincón derecho de la casucha; abajo de la vasija había fuego de boñiga de llamas. María cocinaba chuflo con carne seca de carnero. Los tres niños estaban sentados junto a la puerta, charlando animadamente. María se levantó y se dobló otra vez hacia el fuego, de manera que se le vieron las corvas. Jacinto Muñiz se sentó de golpe y se pasó la mano por la cara. María Sisa se volvió, tropezó con la cicatriz sobre el ojo y sintió miedo. El párpado estaba encogido a mitad del ojo, y eso le hacía formar un ángulo; la parte interior del párpado resaltaba en el ángulo, rojiza, sanguinolenta, y debajo se veía el blanco del ojo casi hasta donde la órbita se dirigía hacia atrás. Aquello por sí solo impresionaba de manera increíble, pero resultaba además que en medio de ese ojo desnaturalizado había una pupila dura, siniestra, fija y de un brillo perverso. María Sisa se quedó como hechizada. Entonces fue cuando el extraño explicó que se había hecho esa herida al caerse, muchos años atrás. María esperó que el hombre se pusiera de pie, se despidiera y siguiera su camino. Pero él no lo hizo, sino que se quedó sentado y mirándola con una fijeza que helaba la sangre de la mujer en las venas. Ella estaba acostumbrada a los ojos honrados de su marido y a los tímidos y tristes de las ovejas y las llamas o a los humildes y suplicantes de sus perros. Para disimular su miedo se dirigió a los niños diciéndoles trivialidades y su sonora lengua aimará no daba la menor señal de su terror. Pero por dentro el pavor la mataba. En cambio, Manuel Sicuri no sintió miedo. Ese día volvió más temprano que otras veces, y al ruido de las ovejas y al ladrido de los perros salió

su mujer a decirle, con visible inquietud, que el hombre seguía en la casa y que no había hablado de irse. Manuel Sicuri dijo que ya se iría; entró, charló con Jacinto Muñiz como si se tratara de un viejo conocido y le ofreció coca. Después, sentado en cuclillas, oyó la historia que quiso contarle el peruano.

—Vengo huyendo de más allá del Desaguadero, del Perú —explicó señalando vagamente hacia el Noroeste— porque el gobierno quería matarme. Un gamonal me quitó la mujer y las tierras y yo protesté y por eso quieren matarme.

Eso podía entenderlo muy bien Manuel Sicuri; también en Bolivia, durante siglos, a ellos les habían quitado las tierras y las mujeres, y su padre le había contado que cierta vez, cuando todavía no soñaba casarse con su madre, miles de indios corrieron por la Puna, en medio de la noche, armados de piedras y palos, en busca de un presidente que huía hacia el Perú después de haber estado durante años quitándoles las tierras para dárselas a los ricos de La Paz y Cochabamba.

—Si saben que estoy aquí me buscan y me matan. Yo me voy a ir tan pronto me sienta bien otra vez. Además, yo voy a pagarte —dijo el peruano.

Manuel Sicuri no respondió palabra. No le gustó oír hablar de que le pagaría, pero se lo calló. ¿Y si resultaba que ese hombre, con su terrible aspecto, era el propio Nuestro Señor que estaba probando si él cumplía los mandatos de Dios? De manera que se puso a hablar de otras cosas; dijo que esa noche seguramente habría helada, porque había cambio de luna de creciente a llena, y la luna llevaba siempre frío.

Con efecto, así ocurrió. Manuel oyó varias veces a las ovejas balar y se imaginaba la Puna iluminada en toda su extensión mientras el helado viento la barría. Muy tarde se quejó uno de los yokallas; Manuel se levantó a abrigar al grupo y el peruano preguntó, en las sombras, qué

ocurría. A Manuel le inquietó largo rato la idea de que el peruano no estuviera dormido. Pero se abandonó al sueño y ya no despertó hasta el amanecer. El frío era duro, y hasta el horizonte se perdían los reflejos de la escarcha. Había que esperar que el sol estuviera alto para salir; y como se veía que el día iba a ser brumoso, tal vez de poco o ningún sol fuerte, Manuel empezó a llevar afuera las papas de la última cosecha para convertirlas en chuño deshidratándolas en el hielo.

En ese trabajo estaba, a eso de las siete de la mañana, cuando los perros comenzaron a ladrar mirando hacia el Norte. También Manuel miró; un hombre se veía avanzar, un hombre como él, de su raza. Manuel entró en su casa.

—Viene gente —dijo, dirigiéndose más al cholo peruano que a su mujer. Entonces Manuel Sicuri vio a Jacinto Muñiz perder la cabeza. Su miedo fue súbito; se levantó de golpe, apoyándose en una mano, y sus negros ojos se volvieron, como los de una llama asustada, a todos los rincones de la choza.

— ¡Tengo que esconderme —dijo—, tengo que esconderme, porque si me cogen me matan!

—Aquí no —respondió calmadamente, pero asombrado, Manuel Sicuri— ; aquí no es Perú.

— ¡Sí, yo lo sé, pero es que yo herí al gamonal y parece que murió! ¡Si me cogen me matan!

Manuel Sicuri y María Sisa se miraron como interrogándose. A partir de ese momento, María sabía que sus temores eran fundados; y también a ella le dio miedo, tanto miedo como al extraño. Manuel dudó todavía, sin embargo. Con indescriptible rapidez pensó lo que debía hacerse; corrió hacia el arcón, tiró las pieles de ovejas en tierra y separó el arcón de la pared en forma tal que entre el mueble y el rincón podía caber un hombre.

—Ven aquí —dijo.

El cholo corrió y de un salto se metió allí; con toda premura Manuel fue tirando las pieles sobre él y el arcón. Nadie podía sospechar que allí había un hombre. Luego, volviéndose a los niños, que habían visto todo aquello en silencio, les ordenó que se callaran y que a nadie dijeran nada; a seguidas volvió a su trabajo afuera, como si no hubiera visto al indio que avanzaba por la alta pampa.

Resultó que el hombre era un chasquis, esto es, un correo enviado a recorrer las distantes y perdidas viviendas de esa zona para informar que se buscaba a un cholo peruano con una cicatriz en la frente; a juicio del mallcu, es decir, del jefe indígena que había mandado al chasquis a ese recorrido, el prófugo buscaba cruzar hacia Chile, pero en vez de dirigirse hacia el Suroeste desde el último sitio en que se le había visto, caminaba en derechura al Sur, lo que indicaba que debía pasar por allí.

—No, no ha pasado por aquí —explicó Manuel.

El chasquis se había sentado en cuclillas y bebía chicha que se guardaba en una vasija de barro. María no hallaba donde poner los ojos, pero Manuel Sicuri se había vuelto impenetrable. Estaba él también en cuclillas y preguntó al visitante de dónde venía y cuánto hacía que se hallaba en camino y cómo estaban en su casa. Hablaba lentamente. Se refirió a la helada y dijo que el invierno iba a ser muy duro. Demoró mucho en esa charla antes de abordar el asunto; pero al fin lo hizo.

— ¿Por qué buscan a ese peruano? —preguntó.

—Robó una iglesia allá en su tierra —dijo el chasquis—; robó la corona de la Virgen y el cáliz y el manto de tatica Jesús Nazareno, que tenía oro y piedras finas.

Manuel estuvo a punto de venderse. Vio a su mujer mirarle con una fijeza de loca y él mismo sintió que la cabeza le daba vueltas. Tuvo que apoyarse en tierra con una mano. ¡De manera que el cholo Jacinto Muñiz

había robado a mamita la Virgen! Pero ya él había dicho que no había pasado por ahí, y decir lo contrario era probablemente buscarse un lío con las autoridades. Con el pretexto de seguir regando las papas en la escarcha, María salió. Manuel pensaba: "Si digo ahora que está aquí van a llevarme preso por esconderlo; si no digo nada, tata Dios va a castigarme, se me morirán las ovejas y las llamas y tal vez ni nazca mi hijo". No descubría su emoción, no denunciaba su pensamiento, pues seguía con su rostro hermético, sus ojos brillantes, sus rasgos inmóviles, cerrada la boca que era tan propensa a la risa; pero por dentro estaba sufriendo lo indecible. Entonces sucedió lo que más deseaba en tal momento: el chasquis se levantó y dijo que iba a seguir su camino. Y he aquí que sin saber por qué, aunque sin duda llevado a ello por el miedo, Manuel Sicuri se levantó también y explicó que iba a acompañarle, que iría con él hasta una pequeña comunidad de cuatro chozas que quedaba casi en las faldas de la Cordillera Real, cuyas nevadas cumbres se veían en sucesión hacia el Este y el Sur. Tendría que caminar tres horas de ida y tres de vuelta, pero Manuel Sicuri lo haría porque necesitaba saber qué pensaba el chasquis. A lo mejor el chasquis había visto algo, sorprendido una huella, un movimiento sospechoso bajo las pieles de oveja, y se iría sin dar señales de que sabía que el cholo Jacinto Muñiz se hallaba escondido en la casa de Manuel Sicuri. Así pues, dijo que iría con él; y después de haber caminado unos cinco minutos dejó al chasquis solo y volvió al trote.

—Cuando estemos lejos, a mediodía, sacas de ahí al peruano y que se vaya. Dile que ande de prisa y derecho hacia la caída del sol; por ahí no hay casas ni va a encontrar gente.

Esto fue lo que habló con su mujer, pero como el chasquis podía estar mirando, quiso despistarlo y entró en su choza. Después explicó que había vuelto a la vivienda para coger coca. Y sin más demora emprendió

la marcha por la helada Puna en cuya amplitud rodaba sin cesar un viento duro y frío.

Así fue como actuó Manuel Sicuri durante esa angustiosa mañana. De manera muy distinta sintió y actuó el cholo peruano Jacinto Muñiz. En el primer momento, cuando supo que llegaba un hombre, el miedo le heló las venas y le impidió hasta pensar. En verdad, sólo se le había ocurrido esconderse, sin que atinara a saber dónde; y cuando Manuel Sicuri eligió el escondite y le llevó allí, él le dejó hacer sin saber claramente lo que estaba ocurriendo. Las pieles le ahogaban, aunque de todas maneras hubiera sentido que se ahogaba aun estando a campo abierto. Él oyó al chasquis llegar y en ese momento su miedo aumentó a extremos indescriptibles; le oyó hablar de él mismo y entonces empezó a olvidar su terror y a poner toda su vida en sus oídos.

Cuánto tiempo transcurrió así, sintiéndose presa de un pavor que casi le hacía temblar, era algo que él no podía decir. Pero es el caso que cuando Manuel Sicuri dijo que no había pasado por allí sintió que empezaba a entrar en calor y cinco minutos después estaba sereno, otra vez dueño de sí y dispuesto a acometer y a luchar si alguien pretendía cogerle.

La conversación entre Manuel y el chasquis debió durar media hora, y antes de que hubiera transcurrido la mitad de ese tiempo el cholo Jacinto Muñiz se sentía seguro. Muchas palabras se le perdían, puesto que él no hablaba aimará como un indio, sino lo necesario para entenderse con ellos; y mientras los dos hombres hablaban y él seguía a saltos la charla, comenzó a pensar en otra cosa; sería más propio decir que comenzó a sentir otra cosa. De súbito, y tal vez como reacción contra su pavor, Jacinto Muñiz recordó a la mujer de Manuel Sicuri tal como la había visto el día anterior, agachada frente al fuego. Ella le daba la espalda y su posición era tal que la ropa se le subía por detrás hasta mostrar las corvas. Jacinto Muñiz había pensado: "Tiene buenas piernas esa india",

idea que le estuvo rondando todo el día y toda la noche, al extremo de que lo tenía despierto cuando Manuel Sicuri se levantó para abrigar a los niños. Ahí, en su escondite, Jacinto Muñiz veía de nuevo las piernas de la mujer e incontenibles oleadas de calor le subían a la cabeza. Al final ya no tenía más que eso en la mente y en el cuerpo.

Pero Jacinto Muñiz no pensaba atacar a la mujer. En el fondo de sí mismo lo que le preocupaba era huir, salvarse, alejarse de allí tan pronto como pudiera, sobre todo después de saber que la mujer y su marido estaban enterados de cuál había sido su crimen. La idea de atacarla le vino más tarde, cuando, a poco de haberse ido Manuel Sicuri con el chasquis, la mujer retiró las pieles que lo cubrían y le dijo que saliera. Ella le explicó que debía irse, y por dónde y a qué hora, y cuando él preguntó por Manuel ella cometió el error de decirle que estaba acompañando al chasquis.

Con su repelente ojo de párpado cosido, Jacinto Muñiz miró fijamente a María. María tenía el negro pelo partido al medio y anudado en moño sobre la nuca; era de piel cobriza, tirando a rojo, de delgadas cejas rectas y de ojos oscuros y almendrados, de altos pómulos, de nariz arqueada, dura pero fina, y de gran boca saliente. Era una india aimará como tantas otras, como millares de indias aimarás, bajita y robusta, pero tenía la piel limpia en los brazos y las piernas y era joven; estaba embarazada, ¿pero qué le importaba eso a él, un hombre acosado, un hombre en peligro que estaba huyendo hacía casi un mes? Sintiéndose fuera de sí y a punto de perder la razón, Jacinto Muñiz dijo que sí, que se iría, pero que le diera charqui o quinua o cañahua, algo en fin con que comer en el camino.

María Sisa también tenía miedo, como lo había tenido Jacinto Muñiz y como lo había tenido Manuel Sicuri. Pero además María sentía asco de ese hombre. ¡Por la Virgen de Copacabana, ese bandido había robado

una iglesia y estaba en su casa! Lo que ella quería era que se fuera inmediatamente.

—No hay charqui y tenemos muy poca quinua y poca cañahua —dijo secamente mientras vigilaba los movimientos del cholo.

—Dame chuño entonces —pidió él.

María quería decirle que no. Tata Dios iba a castigarla si le daba comida a su enemigo. Pero tal vez si le negaba el chuño, que estaba a la vista en el rincón, el hombre diría que no se iba. Llena de repulsión se encaminó al rincón y se agachó para recoger el chuño. Para fatalidad suya los niños estaban afuera, regando papas sobre la escarcha.

El ataque fue tan súbito y los hechos se produjeron tan de prisa que María no pudo describirlos más tarde. Cuando se agachaba el hombre se lanzó sobre ella y la agarró fuertemente por los hombros, forzando estos de tal manera, hacia un lado, que María cayó de espaldas. Como era una mujer joven y fuerte se defendió con las piernas, pero al parecer aquello enfureció al peruano o sin duda lo excitó más. María levantó los brazos y no lo dejaba acercarse. No gritó propiamente, porque en ese momento perdió del todo su miedo y se sintió colérica, pero comenzó a decirle al atacante cosas en voz tan alta que los niños corrieron y uno de ellos, el mayor, agarró al hombre por la ropa. Jacinto Muñiz pegó al niño con un codo y lo lanzó a tierra. Había ocurrido que la vasija con la chicha había sido dejada en el suelo cerca de la puerta, donde la había puesto Manuel Sicuri después de haberle servido al chasquis; el atacante la vio y la tomó en una mano. María quiso evitar el golpe porque pensó: “Va a matar a mi niño”. “Mi niño” era, desde luego, el que llevaba en el vientre. Y ese pensamiento la turbó. No tuvo, pues, serenidad bastante para defenderse, y la vasija golpeó sobre su frente, rompiéndose en inúmeros pedazos. María sintió el deslumbramiento del golpe y algo cálido que le corría a los ojos. Debió perder el conocimiento, puesto que

a poco comprendió que el peruano estaba violándola. Pero su indignación y su asco eran tan grandes que ellos le dieron fuerzas, y logró, doblando la quijada del hombre, quitárselo de encima. Entonces se puso en pie de un salto y corrió; corrió como despavorida a través de la Puna, volviendo el rostro cada quince segundos para asegurarse de que él no la seguía. El hombre salió a la puerta y comenzó a correr tras ella. Pero sucedió que el llanto de los niños, las voces de María y el ruido de la lucha excitaron a los perros y ambos se lanzaron tras Jacinto Muñiz. Éste se agachó varias veces para coger piedras y tirárselas a los animales. Estaba como loco, y el rojizo párpado levantado se le veía como una brasa en medio de la noche. Comprendió al fin que no podría alcanzar a María Sisa; volvió entonces a la choza, recogió su sombrero, se llenó los bolsillos de chuño, sacó de las vasijas en que se guardaban coca y lejía y salió de nuevo. Desde lejos María le vio salir y le vio irse huyendo por detrás del corral; hacia el Oeste, a toda carrera, como espantado por algún enemigo invisible. En el día sin sol, pero sin niebla, su figura se fue alejando, tornándose cada vez más pequeña, mientras la mujer lloraba de miedo y de vergüenza sin atreverse a volver a su choza.

Todavía le quedaban a María Sisa —y sin duda también a los niños, si bien tal vez ellos no comprendían lo sucedido a pesar de que veían a María sangrando por la frente— unas cinco horas de angustia antes de que volviera Manuel Sicuri. Pero ocurrió que Manuel retornó antes. Llevaba dos horas de marcha junto al chasquis y estaba ya seguro de que éste no tenía sospechas de que el peruano se encontrara en su casa, cuando le dio al propio chasquis por decir que quizá sería bueno que él volviera a su vivienda.

—Tu mujer y los niños están solos, y ese mal hombre puede llegar allá. Estuvo preso en su tierra por una muerte —me dijo el mallcu, y a eso se debe que tenga una cicatriz sobre el ojo.

¿Sí? Manuel Sicuri se quedó mirando al chasquis. Éste no era capaz de adivinar lo que estaba pasando en tal momento por la cabeza de Manuel Sicuri. Jacinto Muñiz estaba en su casa y seguramente había oído desde su escondite cuanto ellos hablaron. Tal vez le diera miedo a Jacinto Muñiz y por miedo de que le denunciaran matara a María y a los yokallas. Era un hijo del demonio el hombre que había robado la corona de mamita. ¿Qué no sería capaz de hacer?

—Sí —dijo Manuel Sicuri—. Hablas bien, chasquis. Yo me devuelvo.

Se devolvió, pero no podía caminar a su paso normal, algo le hacía correr a trote corto, algo que él no quería definir. Podía ser temor a tata Dios; quizá tata Dios iba a ponerse bravo con él por haber dado auxilio al cholo. Podía ser un oscuro sentimiento con respecto a María; no le había gustado el extranjero y se lo había dicho. ¿Qué hacía Jacinto Muñiz despierto a medianoche?

Por momentos el indio Manuel Sicuri aumentaba la velocidad de su trote. Iba siguiendo sus propias huellas sólo que al revés; otro acaso no las vería, pero Manuel Sicuri las distinguía bien claras, sus huellas y las del chasquis, a veces desaparecidas donde había muchas piedras, esas menudas y abundantes piedras del altiplano, y a trechos grabadas en el polvo o en las plantas rastreras que quedaban aplastadas durante largo tiempo después de haber sido pisadas. El día iba aclarando lentamente, de manera que de vez en cuando él podía ver su sombra, una sombra vaga, y calcular la hora. Era bastante más allá del mediodía. El viento seguía fuerte y frío, pero el trote le producía calor.

Poco a poco, a fuerza de atender a la regularidad de su paso, Manuel Sicuri fue dejando de pensar. Pasada la primera hora de marcha alcanzó a ver su casa: se veía como de humo, perdida en el horizonte y muy pequeña. No había nadie cerca; no se distinguían ni las llamas ni las ovejas ni a María. Tal vez nada había sucedido. Mantuvo su paso.

Lentamente la choza fue destacándose y creciendo y la Puna ampliándose, a la vez que la luz iba aumentando y los nacientes colores de la tierra, muy débiles de por sí, iban cobrando seguridad. Oyó los perros ladrar y después los vio correr hacia él.

Cuando llegó a la puerta iba a reírse contento, pues nada había ocurrido; María estaba en cuclillas, de espalda, y los niños, silenciosos, se agrupaban en un rincón. Pero entonces María volvió el rostro y Manuel Sicuri vio la herida en su frente.

— ¿Cómo fue? —preguntó.

Su mujer empezó a llorar sin hacer gesto alguno.

— ¿El peruano, fue el peruano?

Ella dijo que sí con la cabeza; después, secándose las lágrimas, se puso a relatar el atropello. Los niños la oían sin moverse de su rincón.

Al principio Manuel oyó a María sin decir palabra, pero el aspecto que iba cobrando su rostro denunciaba fácilmente lo que sucedía en su interior. Comenzó como si un golpe lo hubiera atontado, después los ojos se le fueron transformando y cobrando un brillo metálico que nunca antes habían tenido; la boca se le endurecía segundo a segundo. María Sisa contaba y contaba, con sus rutilantes y cortantes palabras aimarás, sin alzar la voz, gesticulando a veces, señalando de pronto el rincón de los chuños donde había sido atacada. Llevaba todavía la palabra cuando Manuel Sicuri vio el hacha, aquella hacha con que su padre había dado muerte al puma; y dejó a María Sisa con la palabra en la boca antes de que se acercara al final del relato. De un salto Manuel Sicuri corrió al rincón y cogió el hacha.

— ¿Por dónde se fue, por dónde se fue? —preguntaba el indio, con la ansiedad del perro de caza que ha olfateado en el aire la presencia de la pieza.

Entonces el mayor de los yokallas, que había estado silencioso, intervino para señalar con su bracito mientras decía que hacia allá, hacia la Cordillera Occidental. Manuel se echó el hacha al hombro y corrió; dio la vuelta a la vivienda, pasó tras el corral, se detuvo un momento para reconocer las huellas y emprendió de nuevo el trote. Ya no perdería las huellas ni durante un minuto. De nada valió que María Sisa corriera tras él y le llamara a voces. Animados como si se tratara de un juego, los perros corrieron también, soltando ladridos, pero no tardaron en regresar. Por la alta planicie, a esa hora iluminada en toda su extensión por el sol del invierno, se perdió Manuel Sicuri tras las huellas de Jacinto Muñiz.

A la caída de la tarde alcanzó a ver una figura moviéndose en la lejanía. Pronto iba a oscurecer, pero sin duda que ya estaba subiendo, tras las faldas de la Cordillera, la enorme luna llena, la clara, la casi blanca luna llena invernal. Así, aquel hombre que marchaba penosamente hacia el Oeste no se le perdería en las sombras. No tenía hacia dónde ir que él no le viera. No había una casa, no había un árbol, no había una cañada en toda la extensión, ni a derecha ni a izquierda, ni hacia atrás ni hacia adelante; no había repliegue de terreno que pudiera ocultarlo; no había piedras grandes ni colinas y ni siquiera pajonales en la dilatada llanura; no había gente que le diera amparo ni animales entre los que ocultarse. Podía huir si le veía; pero acabaría cansándose, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría. Un indio aimará no se cansa a la hora de hacerse justicia; puede esperar días y días, meses y meses, años y años, y no se apresura, no cambia su naturaleza, no da siquiera señales de su cólera. No descansa y no se cansa. Aquel hombre era el cholo Jacinto Muñiz, aquel hijo del demonio había muerto a otros hombres y había robado a mamita la Virgen y a tatica Dios el Nazareno; aquel salvaje había atropellado a María Sisa, su mujer, que esperaba un niño suyo, un varoncito como él.

Nadie podría salvar a Jacinto Muñiz. Y a fin de evitar que mientras la luna subía y aclarara la llanura el cholo peruano aprovechara la oscuridad para cambiar de dirección, Manuel Sicuri apresuró el paso con el propósito de alcanzarle pronto.

En verdad, Jacinto Muñiz se sentía ya a salvo. Su plan era caminar toda esa noche. No se cansaría, porque llevaba buena provisión de coca para mascar, y la coca le evitaría el cansancio. Aprovecharía la luna y marcharía derecho hacia la cordillera. Allí podría haber casas, tal vez algunas comunidades aimarás, y sin duda habrían enviado a ellas también chasquis anunciando su probable llegada; y ahora tenía encima dos delitos; uno en el Perú, el otro en Bolivia. Fue afortunado, porque María Sisa no había muerto; sin embargo, la había atacado y ya debía saberlo su marido y probablemente también el chasquis, si había vuelto con él. De haber casas en las cercanías de la cordillera él las alcanzaría a ver con tiempo, antes de amanecer, puesto que la luna alumbraría toda la noche; en ese caso su plan era torcer rumbo al Sur, lo más al Sur que pudiera, hasta alcanzar un paso hacia Chile. Jacinto Muñiz ignoraba que para bajar a Chile hubiera debido tomar rumbo suroeste desde el primer momento, y que aun así no era fácil que lograra salir de Bolivia sin ser apresado. No importaba; tenía coca y chuño, luego, podía resistir mucho todavía. Tan seguro estaba de su soledad que no volvía la vista. Tal vez de haberla vuelto otro hubiera sido su destino.

Oscureció del todo y la luna no salía. Durante media hora Manuel Sicuri trotó derecho hacia el poniente. Sabía que esa era la dirección que llevaba el peruano y que no iba a cambiarla; se lo decía su instinto, se lo decía el corazón. Arreció el frío; comenzó a arreciar en el momento mismo en que el sol desapareció tras la mole de las montañas, y Manuel Sicuri se dijo que esa noche habría helada otra vez. El frío le quemaba las desnudas piernas, pero él apenas lo sentía; estaba acostumbrado y,

además, esa noche no le afectaría nada. Mientras trotaba volvía la mirada hacia la Cordillera Real, que le quedaba a la espalda; sabía que la luna no tardaría en iluminar sus altos picos. Poco a poco la luna fue mostrando su radiante y dulce faz; fue elevándose como una gran ave de luz, apagando en sus cercanías las rutilantes estrellas que habían comenzado a aparecer. En diez minutos más la enorme llanura, la fría, la solitaria Puna estaba llena de luz de un confín a otro. Con gran sorpresa, Manuel Sicuri notó que había acortado la mitad, por lo menos, de la distancia entre él y Jacinto Muñiz. Un indio del altiplano como él podía distinguir al otro claramente, con su traje negro destacándose sobre el fondo de la Puna. Entonces Manuel apresuró su trote, exigió de sus duras piernas mayor velocidad. De rato en rato iba pasándose el hacha del hombro derecho al izquierdo o del izquierdo al derecho. En el mango y en el hierro del hacha destellaba la luna.

Manuel Sicuri no habría podido calcular la distancia en términos nuestros, porque no los conocía, pero a eso de las siete y media entre él y el peruano no había dos kilómetros de distancia. La solitaria cacería se aproximaba, pues, a su fin. Él lo sentía; él veía ya el final, y sin embargo su corazón no se apresuraba. Iba natural y resueltamente a convertir su resolución en hechos, y eso no le excitaba porque él sabía que así debía suceder y así tenía que suceder.

Pero cuando la distancia se acortó más aún —lo cual era posible porque Jacinto Muñiz iba a paso normal mientras Manuel Sicuri corría al trote— el prófugo oyó las pisadas de su perseguidor; o quizá no las oyó sino que intuyó el peligro. El caso es que se detuvo y miró hacia atrás. Por el momento no debió ver nada, porque estuvo quieto, sin duda recorriendo con la vista la llanura durante algunos minutos. Pero al cabo de rato algo columbró; una mancha, de la cual salían brillos, marchaba hacia él. ¿Qué era? ¿Se trataba de alguna llama que pastaba a esa hora en la Puna? Él

no era práctico, no conocía la vida del altiplano. Podía ser una llama o un hombre; podía ser incluso un animal feroz, un perro perdido o un puma. Lo que se movía avanzaba rápidamente y él lo veía sin distinguirlo. Sintió miedo.

— ¿Quién es? —gritó en castellano; y al rato preguntó a voces en aimará quién era.

Pero no le contestó nadie. Su voz se perdió desolada, trágicamente sola, en aquel desierto enorme. La hermosa luz lunar hacía más patética esa voz angustiada.

—¿Quién es, quién es? —gritó de nuevo.

Manuel Sicuri avanzaba, avanzaba sin tregua. El monstruo estaba allí, parado, sin moverse; estaba esperando, tática Dios lo tenía esperando, clavado a la tierra. Nadie salvaría a ese criminal que había robado a la Virgen y que había atropellado a María Sisa, a su mujer María Sisa, que iba a tener un niño suyo. Ya estaba a quinientos metros, tal vez a menos. Y Manuel Sicuri, que se sentía seguro de que la presa no se le iría, gritó entonces, sin dejar de correr:

— ¡Soy yo, Manuel Sicuri, asesino: soy yo que vengo a matarte!

Claro, a esa distancia no era posible ver el rostro de Jacinto Muñiz, pero Manuel Sicuri podía adivinar cómo se había descompuesto, pues para que sufriera le había dicho él quién era, para que padeciera sabiendo que le había llegado su hora.

Jacinto Muñiz quedó confundido. Pensó que lo que llevaba el indio sobre el hombro era un fusil, y en ese caso, ¿de qué le valía echar a correr? Pero vio que el indio seguía en su trote; distinguía ya su figura, un ente casi fantasmal, azul gracias a la luz de la luna, azul y negro; un ser terrible, una especie de demonio seguro de sí, cuyas piernas brillaban; algo indescriptible y sin embargo espantoso, de marcha igual, inexorable, mortal.

— ¡No, no me mates, hermano, hermanito, no me mates!

Jacinto Muñiz dijo esto en español, y a seguidas se tiró de rodillas, las manos juntas, temblando, empavorecido. Toda esa noche era pavorosa, toda aquella inmensidad solitaria aterrorizaba, toda la dulce luz de la luna era un espanto. Él mismo oyó su voz como saliendo de otra parte.

— ¡No me mates, hermanito! ¡Te doy la corona, hermanito; toma la corona!

Así, de rodillas como estaba, y con Manuel Sicuri ya a veinte metros de distancia, metió la mano en el pecho y sacó de él algo brillante, rutilante. Era la corona de la Virgen, la que había robado. La joya destelló, y cuando Jacinto Muñiz la lanzó fue como un pedazo de luna cayendo, rodando, saltando por la Puna. Pero Manuel Sicuri no se detuvo a cogerla. Entonces el peruano se puso de pie y echó a correr.

Trazando círculos, unas veces hacia el Norte y otras hacia el Este, yendo ya al Sur, ya de nuevo al poniente, ahogándose, loco de terror, Jacinto Muñiz huía. Pero he aquí que a medida que huía aumentaba su pavor; su propia sombra moviéndose ante él cuando se dirigía al Oeste, le llenaba de espanto. El helado viento zumbándole en los oídos contribuía a su miedo. Por encima de ese zumbido oía claramente las regulares y veloces pisadas de Manuel Sicuri, cuyo tremendo silencio era el de una fiera.

— ¡Hermanito, no me mates! —clamaba él, volviendo el rostro sin dejar de correr, más aterrorizado al percatarse de que el indio no llevaba fusil, sino un hacha.

Pero Manuel Sicuri no contestaba, no decía nada; sólo le seguía, le seguía infatigablemente, convertido por las sombras y la luz de la luna en un fantasma tenebroso.

Jacinto Muñiz tropezó con algunos pedruscos, resbaló y se cayó. Manuel Sicuri se acercó a diez pasos, tal vez a ocho. Jacinto Muñiz logró incorporarse, y se lanzó hacia el Sur, derecho hacia el Sur. Él delante y

Manuel Sicuri atrás, corrieron en línea recta diez minutos, quince minutos, veinte minutos; y cada vez el indio estaba más cerca, cada vez sus pisadas eran más fuertes. La gran llanura esplendía, cargada de luz y de silencio. Manuel Sicuri no tenía que preocuparse; esto es, no se sentía preocupado. Era una actitud muy aimará la suya, aunque no sea fácil de comprender. El indio Manuel Sicuri iba a hacer justicia; estaba seguro de que no tardaría en hacerla. No había, pues, razón para que se excitara. Ese hombre que corría no podría salvarse; huiría cuanto quisiera, tal vez horas y horas, pero ellos dos estaban solos en la solitaria Puna, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría, no tropezaría con los khulas de la pampa, no caería; y poco a poco iba acercándose al monstruo; pie a pie, pulgada a pulgada, iba llegando a su meta. Jacinto Muñiz podía seguir huyendo. Eso no encolerizaba a Manuel Sicuri. Lo único que tenía él que hacer era mantener su paso, su trote seguro y constante, y no perder de vista al cholo.

El cholo volvió a tropezar y cayó de nuevo. Eso le ocurría porque volvía la cara para ver a su perseguidor; le sucedía porque había sido perverso y tenía miedo. Manuel Sicuri se le acercó a tres pasos. De no haber sido él un indio aimará, dueño de sí mismo, le hubiera tirado el hacha y tal vez le hubiera herido. Pero podía también no herirle y entonces el otro ganaría tiempo mientras él volvía a recoger el arma. No; no había por qué adelantarse. Jacinto Muñiz caería en sus manos. Todavía podía esperar; es más, podía esperar toda esa noche y todo el día siguiente y toda una semana, y un mes y un año y una vida; lo que no podía hacer era actuar sin tino y perder su oportunidad.

Pero el minuto fatal se acercaba de prisa. Jacinto Muñiz empezaba a sentir que se ahogaba, que perdía fuerzas. ¿Cuánto tiempo llevaba huyendo a locas por el iluminado altiplano? No lo sabía, y sin embargo a él le parecía una eternidad. Por momentos perdía la vista y toda aquella

llanura le resultaba pequeña. Siguiendo círculos, dando vueltas, doblando de improviso, volvía a pasar por donde ya había pasado. Alcanzó a ver algo brillante ante sí y reconoció la corona. Pensó agacharse para cogerla, pero si se agachaba el indio iba a alcanzarle. Gritó entonces:

— ¡La corona, mira la corona; te regalo la corona!

Y la señalaba con la mano, en un afán ridículo por distraer a Manuel Sicuri. Manuel Sicuri sí la vio; podía hacer eso, podía distinguir la corona y seguir su carrera con los ojos puestos en ella sin importarle si era una joya o no, propiamente sin pensar en ella. Porque Manuel Sicuri no pensaba en nada, ni siquiera en María, ya había pensado cuando cogió el hacha al salir de su casa. Lo que tenía que hacer ahora no era pensar, sino actuar.

De manera inapreciable la luna había ido ascendiendo por un cielo brillante que iba limpiando el aire frío. Subía y subía mientras abajo los dos hombres corrían. Al fin, a eso de las diez, Manuel Sicuri se hallaba a un paso de Jacinto Muñiz. Pero ni aún en tal momento pensó estirar los brazos y usar su hacha. Todavía no. Era necesario estar seguro, golpear firme. Pero como el momento de actuar se acercaba se quitó el hacha del hombro y la sujetó por el hierro con la mano izquierda y por el cabo con la derecha. Jacinto Muñiz volvió una vez más la cabeza, y en ese instante comprendió que no había salvación para él. Entonces retornó a ser, de súbito, el hombre audaz y duro que había causado muertes y robado una iglesia. Lo pensó con toda rapidez, o quizá ni llegó a pensarlo porque lo llevaba en la sangre; se dijo: "Sólo luchar puede salvarme". Y de golpe paró en seco y dio media vuelta.

Pero Manuel Sicuri había pensado que eso podía suceder o tal vez, como Jacinto Muñiz, no lo había pensado sino que lo llevaba por dentro. Es el caso que cuando el otro se detuvo él saltó de lado, con un brinco dado a

dos pies, rápido como el de un bailarín. A tiempo que daba ese brinco blandió el hacha, la revolvió por debajo y la alzó. En tal momento Jacinto Muñiz se lanzó sobre él, y a la luz de la luna Manuel Sicuri vio algo que brillaba en su mano. Como un relámpago le cruzó por la cabeza la idea de que se trataba de un cuchillo, y como un relámpago también saltó hacia atrás y dejó caer el hacha. El golpe fue seco, en el hueso del antebrazo, y Jacinto Muñiz cayó sobre su costado derecho, aunque no del todo sino doblado, casi de rodillas. A seguidas el peruano avanzó a gatas y con la mano izquierda se agarró al pie derecho de Manuel Sicuri; se sujetó allí con la fuerza de un animal salvaje. Manuel Sicuri temió que iba a caerse, y para librarse de ese peligro volvió a blandir el hacha y la dejó caer en el brazo izquierdo del cholo. Lo hizo con tal fuerza que oyó el chasquido del hueso.

—¡Asesino! —gritó Jacinto Muñiz levantando la cabeza.

Manuel Sicuri le vio esforzarse por ponerse de pie, apoyándose en los codos. Estaba ahí, pegado a él, con los brazos inutilizados, y todavía su siniestro ojo resplandecía y en todo su rostro, iluminado por la luna, podían apreciarse el odio y la maldad. Entonces Manuel Sicuri levantó de nuevo el hacha y golpeó. Esta vez lo hizo más seguro de sí; golpeó en el cuello, cerca de la cabeza, inclinando el hacha con el propósito de que por lo menos una punta penetrara algo en el pescuezo del cholo. La cabeza de Jacinto Muñiz se dobló como la de un muñeco y golpeó la tierra. Manuel Sicuri se retiró un poco y se puso a oír la sonora respiración del herido, los débiles gemidos con que iba saliendo poco a poco de la vida, el borbotear de la sangre en su lento fluir. Tres o cuatro veces el cuerpo de aquel hombre se agitó de arriba abajo; al fin extendió los brazos y se quedó quieto, levemente sacudido por los estertores de la muerte.

Al cabo de un cuarto de hora, cuando comprendió que no había peligro de que Jacinto Muñiz se levantara a luchar de nuevo, Manuel Sicuri se sentó cerca de su cabeza y se puso a oír la cada vez más apagada respiración del moribundo. Puesto que iba a morir ya, Manuel Sicuri no volvería a golpearle, pero no se movería de allí mientras no estuviera seguro de que había expirado. La gran Puna se dilataba bajo la luna y el viento frío sacudía la ropa del caído. Pero Manuel Sicuri no se movía; no se movería sino cuando supiera a ciencia cierta que su justicia estaba hecha.

Casi a medianoche el ruido de respiración cesó del todo, el cuerpo se movió ligeramente y sus piernas temblaron. Manuel Sicuri puso su mano sobre la parte del rostro de Jacinto Muñiz que daba arriba y advirtió que ese rostro estaba frío como la escarcha. Entonces, a un mismo tiempo, Manuel comenzó a preparar su acullico de coca y ceniza y a pensar en María. En toda esa noche no había pensado en ella.

Manuel Sicuri esperó todavía cosa de un cuarto de hora más, al cabo del cual, convencido de que el cholo Jacinto Muñiz jamás volvería a la vida, se levantó, se puso su hacha en el hombro y salió en busca de la corona. "Hay que devolvérsela a mamita", pensó. Y con la luna ya casi a medio cielo, el indio emprendió el retorno.

Su mal estuvo en que no trotó a la vuelta, porque pensaba que llegaría a su casa a la salida del sol. Cuando fue a cruzar la puerta ya eran las siete y más, y allí estaba acucillado, tomando pito, el chasquis del día anterior. El chasquis había caminado de noche para aprovechar la luna y arribó a la casa de Manuel Sicuri antes que él. El chasquis vio el hacha ensangrentada y Manuel Sicuri sabía que a un indio aimará de cuarenta años se le podía engañar una vez, pero no dos. Tuvo que contarle todo, pues; y al terminar sacó del seno la corona.

—Hay que llevársela a mamita —dijo—. Quiero llevársela yo mismo, yo y María.

Pero no pudo llevársela, porque, así como él no podía engañar al chasquis, el chasquis no podía engañar a su mallcu ni su mallcu a los carabineros ni estos al juez. El juez, a causa de que la ley lo ordenaba, dijo que Manuel Sicuri debía ir a la cárcel.

En la cárcel de La Paz, un día, Manuel contaba a sus compañeros cómo su padre había muerto un puma a hachazos. Él mismo hacía el papel de puma, y después el de su padre, y los indios reían a carcajadas. Viéndoles reír, Manuel Sicuri se puso de pronto serio. Ocurrió que en su cabeza estalló una pregunta, como de una tormenta estalla un rayo; una pregunta para la cual él no hallaba respuesta. Pues sucedía que su padre había muerto un puma a hachazos y nadie le había dicho nada y todo el mundo halló muy bien que lo hubiera hecho y no lo separaron a causa de ello de su yokalla, de él, Manuel Sicuri, que entonces estaba recién nacido. Con la misma hacha él había dado muerte a una fiera peor que aquel puma, y he aquí que el juez lo había hallado mal y lo había separado de su yokalla, tan pequeñito y tan desvalido.

—¿Por qué, tatica Dios, sucedían cosas así?

Pero Manuel Sicuri no hizo la pregunta en voz alta. Se había quedado súbitamente mudo: se encaminó a una ventana, se sentó allí, junto a las rejas, extrajo de su bolsillo coca y lejía y se puso a preparar el acullico. Sobre los techos de La Paz comenzaba a caer en tal momento una lluvia fina.

(De Cuentos escritos en el exilio)

Jorge Guzmán

(Chile,

El capanga

Muchas cosas se contaban de Pablo en Guayará-Merim y también en otros lugares, pero de cuanto se decía, lo único indudable era que había estado en el pueblo dos veces con un intervalo de cinco años; que la primera, su presencia apenas se notó, y eso solamente porque era muy rubio y algo tímido; que enfermó de paludismo, y que poco después desapareció. Esto último dio origen a los primeros comentarios o a las primeras conjeturas. Más tarde, mercaderes, viajeros y funcionarios trashumantes fueron echando las bases de su leyenda, a la que de cuando en cuando daban autoridad los relatos de transportadores de ganado y de buscadores de oro.

Parece cierto que durante esos cinco años hizo vida de vaquero en las llanadas del Yacuma. Si quienes sostenían esto tienen razón, se hace más fácil de creer la fama del hombre terrible que Pablo se ganó en ese tiempo. Para resistir la vida de los vaqueros de Mojos hay que estar hecho de material muy sólido: pelear a machete con el tigre, descabezar víboras, disputarle se presa a un caimán, son cosas que consideran dentro de su oficio y no reputan como hazañas. Pero aun entre esos hombres, Pablo ganó, si no la gloria de valiente, que se descuenta, por lo menos la de ser más peligroso que la cascabel, porque ésta siquiera hace ruido al atacar. Donde la vida humana no vale nada, el número de asesinatos hace respetable al autor, y al machete de Pablo se le contaban muchos destrozos ciertos y más atribuidos. Además, decían de él que era capaz de viajar solo meses enteros por el monte, que era tan sobrio como resistente y muchas cosas de esta especie, que cuando las dice quién sabe lo que es la selva, tiene el valor de un inmenso homenaje

Como fuera, lo cierto es que no mataron al gringuito el paludismo, ni el sol de fuego de la estación seca, ni las inundaciones con que el Beni origina, alimenta y mata a sus hermosas criaturas. Lo cambiaron la extensión interminable de las llanadas, el eterno crepúsculo húmedo y caliente de la selva, la necesidad de mantenerse continuamente alerta, de vencer siempre o ser vencido para siempre.

¿Con qué fin regreso Pablo a Guayarará después de tanto tiempo, y por qué no permaneció allí tranquilo, sino que se metió al monte como si lo persiguieran? Nadie lo sabe, pero desde entonces empezó a crecer su fama de asesino, de valiente y de matrero. Lo apodaron con el terrible sobrenombre de Capanga, porque decían que mataba por encargo.

Finalmente, dos cosas más llegaron a saberse sobre él: que violó a una muchacha ciega que vivía en Guayarará –lo que produjo un curioso sentimiento de horror y repudio en una población donde semejante conducta era normal-, y que, por algún motivo, don Miguel Azuela –uno de los vecinos más poderosos- tenía razones para suponer que su tranquilidad peligraba si Pablo seguía suelto. El dinero y el miedo de don Miguel perdieron al Capanga; lo cogieron dormido en el monte por traición de un arriero que debía traerle azúcar y café, y le trajo, en cambio veinte fusiles. No tuvo tiempo de defenderse: el terror que se había unido a su nombre y la dilatada impunidad le adormecieron por un momento el instinto y éste se olvidó de advertirle el peligro.

En una palabra, la tercera entrada pública suya en Guayarará-Merín fue de nuevo a la luz del día, pero atado de manos y cuidado por veinte hombres, más dispuestos a matarlo cuanto más le temían. Desde el momento que se vio cercado, no pareció pensar en resistirse. Estuvo un rato mirando a don Miguel mientras lo ataban, pero no dijo nada. En el pueblo lo metieron en la cárcel pública, pero como las paredes de cañas revocadas con barro no ofrecían muchas seguridades, le pusieron cuatro centinelas de vista; cada uno con un fusil y cada fusil con bala en boca.

Los captores se concedieron el medroso honor de cuidarlo por turnos, placer que ni siquiera don miguel rechazó por no parecer que tenía miedo de un hombre atado e inerme.

Se calculaba que dentro de tres días estaría de regreso un mensajero que enviaron al llegar y que traería algunos soldados para trasladar a Pablo a un lugar donde pudieran juzgarle.

La captura sucedió en la mañana y el día fue transcurriendo lentamente. El Capanga, tendido, dormitando, y sus cuidadores acucillados frente a él, fumando y mirándolo. Ya el atardecer, uno de ellos lio un cigarrillo y lo puso entre los labios agrietados del bandido; éste se quedó observándolo unos segundos y le escupió en la cara el cigarrillo y un salivazo.

El turno del siguiente correspondió a don Miguel y otros tres. Hasta entonces nadie había escuchado la voz del cautivo, pero al ver que le debía su libertad, se enderezó un poco en el suelo y dijo:

-Hola ¿ya no le campanean los pantalones?

La cólera de don miguel se encendió como si le hubieran dado un latigazo y hasta hizo un ademán agresivo hacia Pablo, pero de pronto mudó el gesto y contestó con voz amable; es decir, por lo menos al principio:

-Hijo, insolente habías sido, carajo, porque sabes que yo no soy de los que se atreven con uno que esté amarrado, aunque sea un carajo como tú, que forzó a una ciega.

-Oiga, mejor no me carajee, don, que mañana puede arrepentirse. Guarde la valentía para cuando yo ande suelto. No la gaste ahora. mire, atienda que todavía falta mucho para que me saque de aquí.

-¿Tú crees que vas a escaparte? –preguntó don Miguel, ya sin cólera.

-¿Cómo será, no? –contestó el otro desde el suelo.

Don Miguel se volvió hacia uno de los que lo acompañaban y lo mandó que traer comida para el prisionero.

-¿Te das cuenta de que no te tengo miedo? –le preguntó en seguida.

Pablo sabía que la comida no es como los cigarrillos. Sin éstos, se sienten ganas de fumar; sin aquella, las piernas se ponen débiles y hasta puede que uno se muera si dura mucho. Y ¿quién puede decir lo que va a suceder mañana? De manera que se hartó de arroz con charqui sin decir palabra.

Cuando hubo terminado, don miguel mandó a un peón revisarle las ataduras de las muñecas y éste encontró que de toda la soga de la mañana no quedaba sino un cordelito sobre las manos de Pablo. Saltó hacia atrás apuntándole a la cabeza y vociferando incoherencias.

El primer resultado de este descubrimiento consistió en que las ligaduras fueron reforzadas con gran cuidado. El segundo, que el miedo de los captores y de toda la población, que no perdía detalles del asunto, aumentó hasta la histeria. El tercero demoró más, pero su primer indicio fue que don Miguel se puso pensativo y siguió así cuando lo relevaron de su guardia. Con el amanecer, regresó; despertó al asesino, estuvo un rato observándolo y dijo solemnemente:

-No vamos a esperar el regreso de nadie porque te zafarías en el camino.

Y se quedó esperando la respuesta, pero el otro no dijo nada.

-¿Sabes lo que vamos a hacerte?

-Claro que no.

-¿Y no te importa?

-¿Qué más da? –contestó Pablo-. Igual es morir de cualquier manera. ¿Usted me va a matar?

-No. Nadie te va a matar. Vamos a echarte al río, amarrado a dos troncos. si te salvas será que Dios te sacó. Si te mueres..., pues, para que aprendas.

Cuando le separaron las manos para atárselas a la cruz de madera que ya estaba preparada junto al agua, Pablo pensó que si resistía le

darían un tiro allí mismo. Valía más dejarse arrojar al agua, porque si las posibilidades de salir vivo eran casi nulas, por lo menos las había. En cambio, con una bala en la cabeza no podía vivir nadie. de modo que ni siquiera se necesitó forzarlo a tenderse de boca sobre los troncos.

Lo ataron fuertemente a la cruz con alambre de enfardar y luego fueron empujándolo hasta que entró en el agua de cabeza. Entonces empezó a flotar y, por fin, un último esfuerzo la separó de la orilla. Sobrenadó un momento, indecisa y en seguida se deslizó suavemente hacia delante.

Los hombres que lo miraban alejarse sintieron un profundo alivio por haber entregado su prisionero al Mamoré.

Pequeña y como absurda se veía la figura en el agua grande. Y aún más incoherente fue el rugido que llegó desde la corriente:

-Azuela, te juro que saldré vivo de aquí. Te mataré. Te mataré. Te llevaré al monte y te amarraré al palosanto para mirar cómo te comen las hormigas. Te mataré, hijo de perra, juro que te mataré...

Las últimas palabras se perdieron a lo lejos, pero aún en el sonido insensato, los de la orilla sintieron furia que raspaba la garganta del Capanga. Empezaron a volver a sus casas tranquilos ya.

Entretanto, en medio de la caliente y nublada mañana de la selva, Pablo bajaba con el río.

Abatió la cabeza sobre la piel rugosa del cedro, cerró los ojos y se quedó un momento sin pensar. Notó por primera vez el suave balanceo de su embarcación. Luego, sin más que la mañana para oírle, volvió a estallar en alaridos de rabia.

Le parecía ver la cara del traidor que lo entregó; en seguida le pasaban por el recuerdo como un relámpago las horas del cautiverio y se incrustaba los alambres en los brazos tratando de coger esos cuellos

odiados, pero entonces sentía su inmovilidad y de nuevo la rabia le salía por la garganta en un rugido.

Se sentía manoseado como un animal doméstico. Aún le sonaba en los oídos la voz del que lo ató.

-¡Voy a salir! ¡Tengo que salir vivo!

Y vociferaba una serie de insultos repugnantes, sin ilación, no dirigidos a nadie. Apenas con el recuerdo de muchas caras odiadas.

La ira le apretaba las costillas, le pateaba la garganta haciéndolo gritar, le quemaba los ojos que le goteaban lágrimas sobre el madero mojado.

Pensaba matarlos uno a uno, pero no con bala, no con machete. No. Lento habría de ser; que vieran ellos mismos como morían. Las terribles imágenes que le aparecían en el cerebro al pensar en esto lo calmaban un poco. Pero en seguida, como si se empeñara en torturarlo, el recuerdo le arrojaba a la conciencia, casi como una sensación, el contacto de las manos del que lo ató, la presión dura y humillante del fusil que le apoyaron en la nuca al desatarlo, la voz de ese perro asqueroso cuando entró en la prisión y le dijo con los ojos llenos de risa: "No vamos a esperar el regreso de nadie, porque te zafarías en el camino".

Entonces le parecía tenerlo delante, ahí mismo en el río.

-¿Crees que de esto no voy a zafarme? ¡Juro!, ¡juro!, juro que saldré vivo para matarte...

La voz enronquecida por los gritos y las lágrimas espantaba las garzas y los patos de la orilla, que se elevaba chillando en el aire gris y neblinoso de la mañana. Pero no los veía Pablo, ni oía el retemblor de las alas asustadas y bulliciosas. Su tremendo deseo de venganza lo llevaba al tiempo que transcurriría cuando hubiera salido del agua, cuando hubiera reposado un poco y regresara a cumplir lo prometido.

Pero el dolor de los brazos y el pecho, que recién empezaba a insinuarse, lo trajo a este tiempo que corría ahora y corría hacia la

muerte. Pero no, él no, él no iba a morir esta vez. Saldría, saldría, saldría vivo.

En verdad, cuando le anunciaron cómo harían para deshacerse de él, Pablo pensó de inmediato que no debía ser tan difícil dirigir un tronco hacia la orilla con violentos impulsos del cuerpo.

-¡Saldreeeeeé! –gritó de nuevo, con una especie de alegría salvaje.

Miró hacia delante forzando el cuello. Navegaba con la cabeza en el sentido de la corriente, de modo que podía ver el tramo que iba a recorrer en seguida. Volvió la vista hacia la orilla y verificó que era llevado con bastante rapidez, por lo que decidió esperar que el cauce se ensanchara un poco; entonces empezaría él a imprimirles lentos cambios de dirección a los maderos hasta llegar a la orilla. Este pensamiento lo llenó de una alegría que era como el otro extremo de la furia y el sentimiento de humillación anteriores. Con el cuello tendido hacia delante observaba el enorme camino líquido por donde era llevado y, de cuando en cuando, pensar que pronto él mismo detendría su marcha, lo sacudía de alegría y lanzaba un gruñido suave por entre las mandíbulas apretadas.

Quiso su buena suerte que la corriente fuera acercándolo más y más a la margen derecha. Ya casi no divisaba más que una vaga línea verde de la otra ribera. En cambio, de está ya distinguía hasta los hierbajos de la orilla. Los troncos de los árboles, casi invisibles detrás de su vestidura de líquenes y enredaderas. Los pájaros parados mirando el agua en las pequeñas playas que la vegetación dejaba libres. Sus ojos conocedores llegaron a mostrarle hasta las ocultas sendas de las fieras que van a abreviar, y entonces, como un golpe violento, se dio cuenta de su insensatez: tocar la tierra era su muerte segura. ¿Qué iba a hacer una vez que los troncos dejaran de moverse si tenía las manos atadas y sin duda por ahí no pasaba nadie sino animales salvajes que lo atacarían en cuanto no taran que no podía defenderse? Entonces se dio cuenta también de una verdad terrible: o lo sacaban seres humanos del río o estaba

condenado a morir. A morir, ¿cómo? Si ninguna otra cosa lo mataba antes, el hambre haría su faena algún día. ¡Algún día! Y otra certeza más, aun peor, se le estableció en el pensamiento: la de que no sabía cuánto tiempo estaría condenado a bajar por el agua sin poder hacer nada, sin morir y sin saber en qué momento moriría. Por primera vez, Pablo no tuvo ya rabia ni desesperación, sino un miedo insano.

-¡Las cachuelas! -gimió de pronto, porque le vino a la memoria el recuerdo de las cascadas del Mamoré, por las que inevitablemente habría de pasar.

Pablo, como todos los hombres fuertes, había olvidado ese ejercicio a que se entregan los impotentes y que consiste en imaginar que sin concurso de nuestra voluntad ha de beneficiarnos. Así, perdida la posibilidad de actuar sobre la realidad, no le quedaba sino la desesperación, el horror de hallarse entregado por entero al acaso. Con el mundo reducido al espacio que podía separar su mejilla del madero, torciéndole el cuello, y a lo que los ojos, forzados dentro de las órbitas, pudieran enseñarle de lo que le rodeaba. Y, sin embargo, conservaba toda su capacidad de pensar y de recibir impresiones, y, lo que es peor, de prever el destino de su viaje.

Desesperado, entregado ya a lo inevitable, sin hablar, casi sin pensar en nada que no fuera una punzante certeza de su pérdida, las cuerdas del cuello laxas y la cabeza colgante sobre el madero a unos centímetros del agua, fueron transcurriéndole unas horas de las cuales casi no tenía conciencia.

Por entre su sopor le pareció notar que la extensión del agua se había hecho interminable. Sólo allá, muy lejos, los ojos inertes le mostraban manchas de monte espeso sobre la ribera izquierda, y unas islas que se adormecían navegando río arriba a la luz del atardecer. De pronto, desde el fondo de la conciencia y con esa facultad que nos da el nombre de las

cosas antes aun de reconocerlas articuló en voz muy baja y sin mover la cabeza:

-El Beni.

Y bruscamente comprendió que, si no se equivocaba, estaba salvado, porque junto a la embocadura está Villa Bella. No alcanzó a gritar porque mientras trataba de encontrar una palabra que le permitiera pedir socorro, vio que dos lanchas se acercaban desde la orilla: una más cercana, la otra muy distante todavía. Con los ojos enormes abiertos se quedó mirándolas aproximarse, silenciosas y tranquilas. Por fin, la primera llegó a su lado y un mestizo sacó medio cuerpo afuera por la borda; dio un respingo y gritó hacia adentro:

-Che, si está atado. A ver, ayúdame a sacarlo.

-¿Cómo dices? –preguntó una voz desde arriba.

-Que me ayudes, porque está atado.

-Vaya –contestó la voz-, no seas, pues, zonzo; si está atado es que alguien lo ató. Deja no más que se vaya.

Pablo no podía hablar, ni dejar de mirarlos. Vio el lento giro la proa hacia la orilla. Oyó que al cruzarse con los otros les gritaban algo, y las dos embarcaciones empezaron a alejarse.

Llegó la noche. Pablo notó como entre sueños que había cambiado de posición y ahora navegaba con los pies en el sentido de la corriente. Tenía un dolor insoportable y fatigoso en los hombros y en la espalda. Le pareció escuchar algo como un trueno lejano. ¿Sería trueno? Los troncos cabecearon suavemente y de pronto el Capanga sintió un alivio infinito. Los mil ruidos que llegaban desde la orilla en tinieblas desaparecieron. Ya no sentía dolor en ninguna parte del cuerpo. Casi tenía la seguridad de que le bastaría querer mover un brazo o una pierna para conseguirlo inmediatamente. El rumor de chapoteo del agua contra el tronco le pareció también infinitamente suave. Alguna vez antes él se había sentido así. Como una dulce certeza de libertad, le volvía el deseo de mover algo,

un brazo o una pierna, pero no quería mover nada. Se sonrió con la cara junto al agua. La noche estaba muy tranquila y fresca. Le pareció estar sentado a la puerta de su casa, allá, cerca del mar; su hermana jugaba con aquella muñeca sin pelo, esa con que la hacían llorar, diciéndole que tenía el cuerpo relleno de aserrín. El perrazo -¿cómo se llamaba? "César"- salió corriendo y le robó la muñeca a la pequeña; ella lloraba como una ratita, el perro sacudía entusiastamente la muñeca en su tremendo hocico y él reía a carcajadas. La madre debe haber pensado que él la hacía llorar porque lo llamó:

-Pablo... Pablo...

El seguía riéndose tranquilamente.

-Pablo... Pablo...

Había algo raro, algo extrañamente chocante en ese llanto, algo que no calzaba bien en la situación. Además, sonaba demasiado cerca para venir desde dentro de la casa.

El Capanga levantó la cabeza lentamente. Sintió un peso sobre la espalda y casi en seguida un aleteo violento que se llevó el peso. Los gritos se fueron también detrás de las alas. Aún le costó un momento volver a la realidad. Luego, bruscamente, se dio cuenta de todo.

-Pájaro maldito -dijo en voz alta, y le resultó muy raro escucharse.

Había sido una "viuda" que se había detenido sobre él: el ave embrujada que en las noches de la selva llama a su hombre con un grito lastimoso que semeja el nombre del bandido.

De nuevo el dolor se había establecido sobre su pecho y a lo largo de todo el cuerpo, desde la nuca hasta los talones. recordó lo que había soñado y le pareció demasiado real para ser sueño. De repente se dio cuenta de que había estado a punto de morir y morir de miedo. Hacia el horizonte del agua el cielo estaba tomando un color ceniciento. Empezaba a amanecer. Sintió frío. Volvió a darse cuenta de que estaba atado.

Con un esfuerzo enorme hizo saltar los nervios dentro del cuerpo. Se dispuso a repeler ataques. Aguzó los sentidos. Tocó la superficie del tronco con los dedos. Decidió hacer variar de posición el tronco, no importa cuánto costara.

“No –se dijo a sí mismo-, no. Si te gastas ahora en hacer estupideces, luego no podrás hacer otras cosas”.

En ese momento los troncos se estremecieron con un temblor extraño, porque algún pez grane había pasado por debajo. La vibración sacó por entero a Pablo de su sopor. Entonces, por fin, sintió que no moriría en ese estado. Ya que el río se había puesto completamente claro. Si no hubiera sido por el pájaro, el pez que hizo temblar los troncos...

-Gracias..., gracias... -articuló en voz baja.

Levantó un poco la cabeza y le pareció que el sol estaba demasiado alto para haber amanecido apenas un momento antes.

“Sí. Estuviste a punto de morirte” –se dijo.

El pensamiento claro de la muerte le dio por fin conciencia plena de lo que pasaba; y le trajo juntamente el recuerdo de su captura y de los que lo habían puesto en el río. Y entonces, ya sin el ardor insano del día anterior, se reiteró a sí mismo la promesa de no dejarse morir, de esperar vivo cuanto fuera necesario para que alguien lo viera y quisiera sacarlo del agua.

Un día el cobarde de Azuela sabría que el hombre que había echado al río estaba de regreso en Guayará. Pablo lo veía con los mismos ojos que se le reían sin querer al comunicarle su decisión, turbios y rojos por el miedo y el insomnio.

-No –dijo a la vez que una olita le mojaba la boca-. No puedo morirme, Azuela, hasta que vuelva a verte.

Haría tal como prometió: lo llevaría al monte caminando muchas horas, hasta encontrar un palosanto. Si lo hallaba antes de tiempo, antes de que Azuela hubiera gemido y suplicado todo lo necesario, seguiría

caminando con él, monte adentro. Y una vez, elegido el tronco justo, lo ataría sólo de las manos, para que pudiera defenderse un rato de las hormigas pateándolas, mientras él lo miraría todo, sentado y fumando. Y cuando Azuela hubiera dejado de moverse, rojo de hormigas, volvería a Guayará a cobrar el resto.

Por sobre el rumor del agua, un pequeño aumento de otro ruido, que hasta entonces no había registrado su conciencia, empezó a llegarle ahora con claridad. Miró alrededor y vio que el agua hervía, sonaba y se arremolinaba en toda superficie del Mamoré, que se había estrechado mucho. los troncos empezaron a saltar sobre el agua; se detenían y Pablo tenía la impresión de caer hacia delante; luego, con un cabeceo violento, seguían su curso. La rapidez de la corriente aumentaba por momentos. Parecía que la ribera derecha corría hacia arriba.

-Una cascada -dijo Pablo con una especie de alivio. Ya no sentía el miedo que lo había entontecido cuando pensó que caería por ellas. Se le contrajo todo el cuerpo y decidió otra vez-: No moriré -pero con un esfuerzo interior tan enorme, que la voz casi era un susurro que él mismo no oyó, porque el rugido de la catarata disolvía en su estruendo otro ruido. Estiró el cuello, y allá lejos, después de una curva muy lenta, vio algo como una nube suspendida sobre el río. El estruendo del agua al caer y pulverizarse abajo era terrible. Le parecía que todo su cuerpo sonaba y vibraba. Ojalá que los maderos hubieran tomado por abajo bastante agua como para contrapesar su cuerpo si salían verticalmente. No se le ocurrió que al caer podía perfectamente chocar contra algo y destrozarse. Sólo reunía fuerzas para no perder el conocimiento con el golpe y poder dirigir la salida de los troncos de manera de quedar él encima. Si no, moriría ahogado.

Faltaban apenas unos cincuenta metros para llegar. Como él y su camino se movían a la misma velocidad, no se daba cuenta de cómo corría, pero en un momento llegó casi al borde. Instantáneamente notó

que iba de cabeza al abismo y con sacudón desesperado trató de variar un poco la caída. Los troncos se movieron levemente, y en un solo momento Pablo vio los pies hirvientes de la cascada, el ruido aumentó hasta casi lo inaudible y cayó al vacío. Sintió un golpe tremendo, pero no podía darse cuenta de si había caído o no en el agua de abajo, porque no sentía el cuerpo mojado. Sólo los oídos le sonaban extrañamente. Bajo el agua, los troncos se movieron como disparados hacia delante. En seguida, como si una voluntad gigantesca y rapidísima lo llevara, se inclinaron hacia el fondo, rozaron el lecho de roca, continuaron su curva y fueron a salir a la superficie con tanta fuerza que casi volaron fuera del agua.

Pablo no había quedado completamente inconsciente, pero sólo después de un largo rato notó que en realidad estaba respirando, que había quedado sobre el agua y que ya, como si no se hubiera tratado más que de un sueño, el ruido del salto era apenas, concentrando toda la atención en el oído, algo parecido al rumor de un trueno lejanísimo. ¿Qué hora sería? El sol estaba a la izquierda del curso del río y le daba sobre la mejilla derecha, lo que significaba que estaba flotando al revés. Si miraba por sobre el agua hacia atrás, él hubiera dicho que era el mediodía, porque las orillas y el calor tremendo del sol y la quietud de las cosas hablaban de almuerzo. Sólo de cuando en cuando el grito de un papagayo invisible servía apenas para reforzar la impresión de sosiego y descanso. El cauce se había ensanchado mucho y la corriente era lenta, casi dormida. En la enorme extensión, no se sabía hacia dónde marchaba; en realidad, no se sabía siquiera si se iba a alguna parte o no. Pero sobre la quieta superficie corrían unas pequeñas corrientes más rápidas; algunas marchaban paralelas a las riberas invisibles, otras se dirigían hacia ellas más o menos presurosas. En una de éstas entró Pablo y sintió el tránsito del sosiego al movimiento, pero cerró los ojos y siguió descansando sin preocuparse. Le dolían con fuerza las costillas por debajo de unos de los alambres; respirar le producía algo así como una puñalada en el lugar del dolor. Pero estaba

contento; le había ganado al río la primera lucha. Notó que estaba por desmayarse, porque le parecía girar suavemente en el borde de un gran círculo. Trató, ayudado por el cansancio, de distender los músculos del lado dolorido; le pareció obtener con eso cierto alivio. Seguía girando parsimoniosamente, como si ni los troncos ni él tuvieran peso, como si estuviera por dormirse con toda comunidad. Aunque no eran semejantes, la situación de ahora le hizo recordar el peligro de la noche pasada. La noche pasada... ¿Cuántas noches había pasado en el río? No supo contestar, pero antes de la cascada había sucedido una noche en que casi murió. Abrió los ojos. Se le paralizó la respiración porque iba derecho a la orilla. ¿Cómo había podido acercarse tanto si apenas un rato antes no la veía? Para entonces notó que cambiaba constantemente de dirección y vio que se encontraba en uno de los peores lugares en que podía haber caído: un remoline lento cercano a la ribera. Justamente lo único que no había pensado. Él había visto árboles enteros podrirse girando lentamente sin salir de su suave prisión. Y si un árbol se deshacía, ¿qué le sucedería a un hombre?

En ese mismo momento los que lo pusieron en el río estarían tranquilos caminando sobre la tierra firme, o fumando o tomando café tendidos en una hamaca. Los mosquitos zumbaban furiosos clavándole las manos, el cuello, hasta los párpados con sus agujas de fuego. No los sentía. Tampoco sentía las bandadas de papagayos que pasaban como luz irisada y cuajada y gritona por sobre su cabeza. Giraba sin prisa: un círculo sobre el anterior, y otro, y otro y otro... Allí en la orilla, una sombra moteada lamía el agua ruidosamente, apenas a veinte metros de su prisión desesperante: un tigre abrevando en el crepúsculo. Un grito espantoso salió de entre los árboles y se repitió tres veces: un pájaro. Ruidos familiares. Pablo sentía vagamente la opresión del hambre en el estómago vacío. Lo demás no lo sentía; eran sólo los ruidos de la selva

que se despierta al caer la noche para cazar, para matar, para morir, repetidos mil veces, oídos siempre, siempre iguales. Ruidos amigos que no se notan e invitan al sueño. Pablo giraba sobre sus troncos por el mismo camino invisible, sin demora ni apremio, simplemente girando. Estaba muy cansado. Decidió dormir cuando ya casi estaba dentro del sueño y se dejó ir. El tigre terminó de beber, salió del agua produciendo un rumor mojado, sacudió las patas delanteras nerviosamente, hizo gorgoritear el gástrico como si lo probara y, satisfecho, se metió entre los árboles. Desde las ramas, la "viuda" llamaba a Pablo, pero el Capanga dormía tranquilamente sobre sus troncos, girando.

Despertó antes del amanecer. La noche estaba muy oscura, muy caliente, muy húmeda. El descanso le devolvió el deseo de salir, pero también el dolor de las costillas y un curioso ardor sobre la cara. No obstante, se hallaba en cierto modo satisfecho, porque sentía las cosas claramente y podía pensar. El dolor era una prueba de que estaba vivo y completamente despierto..., pero preso en un remolino lento. Sin embargo, no le importaba: esperaría, esperaría vivo hasta que alguien pasara por el río y quisiera sacarlo. Aunque quizá fuera posible hacer salir los troncos agitándolos. Empezó a balancearse tratando de no oprimir con el alambre las costillas dañadas; descubrió que dando cabezadas contra el agua el vaivén era mayor; en uno de sus sacudones, tocó con la cara algo que flotaba; aguzó los ojos y distinguió vagamente el vientre blanco de un pecesito muerto. Intentó cogerlo con los dientes, pero había cambiado un poco de posición y no lo alcanzaba. Desde entonces, todo su esfuerzo se concentró en no perderlo de vista. Sabía que estaba condenado a girar sobre el agua como él, de modo que cuanto debía hacer era esperar el momento en que pudiera cogerlo, confiando en que no viniera otro pez y se lo comiera primero. Largo rato de paciencia y dolor intolerable en el cuello le costó la cacería, pero el enorme contentamiento

que experimentó cuando por fin lo tuvo entre los dientes le hizo olvidar el dolor. Lo puso sobre la madera y reposó un momento la frente junto a su presa.

Luego se lo comió lentamente, a conciencia, sabiendo que quizá no iba a repetirse de nuevo semejante hallazgo. En seguida relajó el cuerpo para gustar el bienestar del hambre satisfecha.

Algo lo inquietó de pronto. Algo había cesado. Algo faltaba para que todo estuviera bien. La oreja, buida hacia las cosas, le dio la respuesta y la alegría consiguiente.

“Va a haber tormenta”, se dijo, como si informara a otro que debía alegrarse, porque la lluvia haría subir el nivel del agua y lo sacaría de sus círculos.

Es que todo el rumor de la selva: los gritos, rugidos, silbos, trinos y todo el mundo de sonidos de los animales que duermen o velan, se había detenido de pronto.

-Va a hacer tormenta –repitió sin alzar la voz.

Un instante después, los ruidos de la orilla se restablecieron. Empezaba a clarear el cielo. A lo lejos estalló el primer trueno, y casi de inmediato la noche se cerraba de nuevo y la lluvia, la increíble lluvia de la selva, empezó a caer sobre el cuerpo del Capanga.

El Mamoré se encrespó bajo la lluvia y los rayos encendían el agua hirviente de luz azul. Un tirón violento y absurdo levantó a Pablo y lo arrojó en medio de la corriente. Cuando callaba el trueno, por encima del retemblor de la lluvia se oían los gritos de alegría del Capanga.

-¡Saldré vivo, mierda! ¡Saldré!

Sentía ramas pasar a su lado. Su embarcación temblaba, chocaba con objetos invisibles, giraba como enloquecida, se detenía bruscamente y luego se lanzaba hacia delante. Pablo, casi ahogado por la lluvia, tragaba, sin embargo, por boca y narices el aire picante de ozono de la tempestad con una alegría salvaje.

Tal como había llegado se fue la lluvia. Un momento antes azotaba la piel violenta del río y ya no. Seguía tronando, pero cada vez más lejos. El sol brillaba sobre el agua, oblicuo y limpio.

La agitación de la tormenta y quizá también el haber comido revivieron en Pablo la ira, pero ya sin desesperación. Ahora estaba seguro de salir vivo del río. Tendía la vista sobre el agua y la veía llena de despojos, de ramas, de árboles enteros. Ya no estaba solo. Dos manchas oscuras trajinaban, arrugando la superficie y partiéndola suavemente delante de ellas, entre los objetos que la tormenta había regalado al agua. Luego descubrió más: eran caimanes buscando alimento. Pero aún otro ser vivo llevaba el río; un pecarí se equilibraba gritando sobre unas ramas. Pablo sintió simpatía por el bicho. De haber podido, habría hecho algo por que llegara a la orilla, pero, por lo menos, lo miraba afectuosamente.

No duró mucho el chanchito. El diestro coletazo de un caimán lo sacó de su refugio; otro se precipitó a cogerlo y el río se agitó un momento con los bufidos de las dos fieras después ambos asieron a un tiempo de la presa y desaparecieron bajo el agua para ahogarla.

El río reptaba ahora más rápido, calentándose al sol. Pablo se sentía más y más afiebrado a medida que el día avanzaba. El dolor de cabeza lo obligaba a cerrar los ojos. Entonces oía voces que decían desatinos a gritos; eran muchas, pero destacaban entre todas unas cuyo timbre no hubiera hallado si lo hubiese buscado con la memoria. Eran las de su hermana, de su madre, de gentes que lo rodearon en su infancia. Pero decían necedades, gritaban, lo llamaban, se quejaban como si el dolor las torturara a ellas. Pablo separaba los párpados y sobre las ondas del río aparecían las caras de sus captores; la de don Miguel sonreía y le aconsejaba con tono paternal:

-Ya no luches más, hijo, déjate morir ¿Para qué tratas de seguir vivo si no puedes moverte? Abandónate, descansa, muérete tranquilo.

Y Pablo sentía penetrar en su cerebro la persuasión de don Miguel. Al fin, ¿no estaba él invitándolo a cumplir su propio deseo de reposo, de sabia tranquilidad? Porque, en efecto, era hermoso abandonarse al amable cuneo del río. Entonces cerraba los ojos para obedecerle, pero se lo impedían aquellas voces urgentes y sin sentido.

Bajaba Pablo con la corriente, entre las voces de su niñez que le impedían morir y las de sus enemigos que le aconsejaban la paz definitiva. El no luchaba, no tomaba partido, simplemente oía, corriendo y recorriendo la pesada cortina de sus párpados, mientras los otros hablaban, aconsejaban o se quejaban y el río corría.

La oscuridad de la noche le devolvió un poco el sentido de las cosas, pero sólo lo suficiente para decirse a sí mismo: "¿Estaré enloqueciendo?" –pregunta más bien curiosa de saber que interesada.

"Si me vuelvo loco –pensó-, nunca saldré de aquí. Tengo que hacer algo." Agitó los troncos y metió la frente en el agua. La sacó chorreante y al abrir los ojos le pareció ver luces a lo lejos de la ribera. Hundió de nuevo la frente y al sacarla comprobó que en efecto eran luces y no imaginaciones.

Juntó aire en los pulmones doloridos y empezó a gritar:

-¡Aquí! ¡Auxilio!

Pero luego, pensando que estaba aún demasiado lejos para que pudieran oírle, decidió esperar acercarse más. Largo se le antojó el camino del río hasta las luces, pero cuando estuvo cerca, sintió tal alegría, que por sólo ese momento hubiera cambiado otros tantos días de terror en el agua.

Gritó como loco hasta enronquecer, y aún después que ya no se veían las luces siguió gritando y gimiendo. Insultando a los de la ribera que no habían querido recogerlo. Barbotando incoherencias al agua negra que chapoteaba contra los ángulos de sus troncos.

Ya nadie lo salvaría nunca. Podía bajar años enteros por las interminables aguas del maldito Mamoré sin que nadie se fijara en el hombre que flotaba río abajo. Se pudrirían sus huesos junto con la madera y ya no habría venganza posible, ni cambiaría nunca la sonrisa inmunda de Azuela por el resto del miedo. Aquí, atado, solo, impotente, gritando como un imbécil al que nadie quiere oír, tendría que morir de hambre y de fiebre. Y entonces, por primera vez, morir le dio miedo, porque ya no era sólo el fin de la vida, sino el fin del hacer, la imposibilidad eterna de actuar sobre las cosas odiadas, el aniquilamiento, la risa sobre de los que le debían esa misma vida. Y lloró el Capanga, lloró de miedo de no ser y de impotencia. Lloró como una bestia herida, como lloraría un árbol que cortan, si pudiera.

-Pero no, perros de mierda –sollozó-, no me voy a morir porque ustedes no quisieron recogerme. Viviré hasta que alguien me saque y entonces los pondré a ustedes en el río.

Se limpió la cara en la corriente y volvió a beber. El llanto pasado lo hacía hipar como a los niños y le daba vergüenza.

Se dispuso a ser él mismo como el madero que lo llevaba. Morirían juntos o juntos se salvarían. Tenía que resistir tanto como el leño. Mientras éste pudiera sostenerle, la carga iría viva encima. Sabía que la capacidad del hombre para resistir el sufrimiento, aunque es enormemente mayor de lo que se cree, no es ilimitada; de manera que decidió acomodar su conducta a la de sus troncos y permanecer quieto mientras no fuera inevitable hacer algo. No moverse, no sufrir, no pensar sino en que era necesario seguir vivo.

Y así fue pasando la noche, navegándola lentamente por en medio de los ruidos y la sombra. Si tenía de nuevo hambre, la resistía, él sabía que podía durar muchos días simplemente bebiendo agua. Si había nuevas cascadas, caería y saldría vivo por el otro lado. Si el dolor del pecho casi no lo dejaba respirar tragaría más lento el aire o aguantaría el

dolor. Si de nuevo veía luces, y de nuevo gritaba y de nuevo nadie quería recogerlo, esperaría aún más, hasta que por fin alguien lo sacara. Un leño sobre otro leño, pero con la voluntad única de vivir por encima de todo y contra lo que fuera. Río abajo. Le pareció que aún faltaba mucho para el alba. Mirando el cielo a ras del agua, se le laxaron de pronto los músculos del cuello. Se había desmayado.

Fue abriendo lentamente los ojos. Creyó que estaba de nuevo alucinando, porque veía lengüitas de fuego horizontales aparecer y disolverse rápidas y brillantes. ¿Qué sería eso? Juntó los párpados con fuerza durante un rato y luego los separó de nuevo. Allí estaban siempre moviéndose por miles en toda la extensión del río; eran el reflejo del sol del amanecer que el agua al ondularse devolvía como un espejo negro.

“Más allá está algo esperándome. ¿Qué habrá más allá para mí?”. La luz seguía encendiendo la enorme superficie rizada. Pablo volvió la cara hacia el otro lado. Allí todavía quedaba noche, atenuada, azulosa, pero aún le daba volumen al monte ribereño. Por encima de todo, flotaban las cansadas y lentas fantasmas de la niebla, iluminadas ya, alzándose del río. Algunos patos trajinaban la mañana gritando. Dos garzas grandes pasaron en silencio agitando la niebla, encendidas de sol; a lo lejos, también se pusieron a gritar.

Pablo golpeó el tronco con la frente, con suavidad primero. Quería hacerlo sonar. Después lo hizo con más fuerza. Sintió, como si se golpeará a sí mismo, el pequeño ruido sordo en todo el cuerpo. Esto lo alegró: les tenía cariño a sus maderos.

“¿Qué irá a sucederme más abajo?”

Levantó los ojos de nuevo. La niebla estaba disolviéndose rápidamente. El sol había subido. Junto a su cabeza, la sombra que proyectaban sus troncos se hundía en el agua y alrededor la luz sumergida se abría en menudos abanicos. Se sentía frío mirando esa sombra sesgada. Pero el sol subía más y más, se adentraba bajo la superficie e

iluminaba los corpúsculos suspendidos como si fueran oro. Sintió calor sobre el cuerpo mojado. Él sabía que ya no habría de secarse hasta que pudiera cambiar de ropa. Aunque sus recuerdos eran muy vagos, conservaba el de no haber estado seco desde que cayó por la cachuela. Cuando la temperatura descendía un poco, eso le molestaba tanto como el dolor de pecho.

“¿Qué habrá más allá para mí?”

Lanzó su imaginación hacia delante, río abajo y se contestó: “Otros días”. Después respiró con más sosiego. Además, con el sol le dolían menos las costillas, pero estaba también el dolor de la cara, pensaba que debería tenerla algo lastimada, aunque no llegaba a explicarse por qué. También le dolía la piel del cuello al mover la cabeza. “Seguramente el sol me ha quemado”, se dijo. Le volvió a la memoria el momento en que lo pusieron en el agua, y por primera vez recorrió la escena completa, desde que salió de la cárcel con las rodillas algo torpes, hasta que le oyó decir al que lo había atado: “Ya está listo”.

Se sorprendió al advertir que no lo había enfurecido el recuerdo. Las imágenes que evocaba no parecían tener significado angustioso ahora. Se trataba simplemente de cosas sucedidas. Se preguntó con sobresalto si habría perdonado sin darse cuenta.

-No -dijo en voz muy alta-. Yo no perdono.

Al decir esto, todo se le ocurrió inmediatamente absurdo, mal encajado en el orden de las cosas. Buscaba su furia, y no podía hallarla. Buscaba su odio contra los culpables de que ahora se encontrara en el río, y no hacía más que recordar personas insignificantes, palabras insensatas.

Abandonado por su ira, se sentía vacío e insatisfecho. Para recobrar la impresión de que en verdad era importante cuanto le sucedía, se dijo: “Es imposible que muera por esto”. Pero en lugar de un motivo para volver a sentir como antes, le sonó como una declaración hecha hacia el futuro,

como un reconocimiento de que podía esperar la muerte entre los acontecimientos probables.

Volvió a pensar en su captura y concluyó, sin furor, en que don Miguel Azuela había sido más matrero que él. Se sonrió, arrugando el dolor de las mejillas al pensar que lo habían agarrado mientras dormía.

Pero puestas las cosas así, parecían tan elementales, tan desprovistas de importancia, que a partir de ahí no se podía llegar a ninguna parte, menos a esto. Pero, además, tampoco esto semejaba tener nada de particular. Era simplemente así: es decir, flotar atado por una corriente de agua.

“Vamos a ver –se dijo enseguida-: ¿es malo matar por dinero? ¿Cómo será, no? ¿No hacen todos más o menos lo mismo? Bueno, pero esto no importa nada; el asunto queda igual: ¿es malo matar por dinero? A la gente le parece que sea pésimo matar por cualquier motivo. La verdad, matar es obligar a otro a hacer algo contra su voluntad. Aquí está la cosa grave: la gente le tiene miedo a la muerte. Por eso se enojan. Pero, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Justamente eso: matar”.

Se admiró de nuevo, porque no podía ya enfurecerse.

“A las víboras tratan de matarlas, al tigre lo mismo; a las palometas, las hormigas y los mosquitos, también los matarían, pero no pueden, porque son muchos y no se terminan. A todos quieren matarlos, porque les tienen miedo”.

-A mí también –dijo como sorprendido.

El sol estaba muy alto. La niebla ya no se veía y la vista podía deslizarse tranquilamente por encima de la corriente asoleada. El río estaba desierto y todo parecía recogido en sí mismo, aletargado de sol.

Y el arrojarlo al agua, ¿estaba bien puesto en manos de quienes lo ejecutaron? Había que reconocer que sí. Entonces, tuvieron razón al ponerlo sobre troncos.

-Tuvieron razón –dijo, e inclinó la cabeza para beber.

“Pero también yo tengo razón para querer salir de aquí y cobrárselo, porque al fin y al cabo es mi pellejo el que tiraron. Pero esto sí: yo cobro si quiero, y si no quiero, no importa. Tampoco me corresponde a mí perdonarlos o castigarlos. Lo mío es simplemente matar o no matar”.

De pronto, sobre la alta ribera vio una mancha de color hacia la izquierda. Pero no alcanzó a tratar de llamarle la atención, porque advirtió antes que se trataba de una mariposa gigantesca, que levantó su vuelo desagradable de seda y se perdió de vista arriba, entre el follaje. El corazón le quedó latiendo con fuerza. Semejaban latir la madera, el agua turbia, el dolor del pecho y de la cara. Si esa mariposa hubiera sido una persona... el cuerpo entero se le contrajo en un esfuerzo por detener el pensamiento.

Volvió a mirar la ribera cuidadosamente, obligado por una especie de presentimiento que no se cumplió: no había nadie junto al río.

“Acaso muchas veces más veré cosas que me parecerán personas y sentiré lo mismo que ahora. Acaso así se me vayan los días y no encuentre quién me saque. Acaso muera.”

“Bueno, no hay que ser idiota. Si no me hubieran echado al río, ¿iba a ser eterno? Oooh, alguna vez moriré de todas maneras”.

-... de todas maneras –repitió con lentitud.

Esforzó el pensamiento para que le dijera claramente qué era morir. Él tenía una idea formada de lo que era morir. Él había visto morir muchas cosas y cada uno tenía su manera propia de sucederle el asunto. Revisó con la memoria una tras otra las vidas que había visto acabarse, pero ninguna le dijo nada que pareciera interesante.

“Perdonar no es cosa mía, castigar tampoco. ¿Es cosa mía morir? Ahora estoy aquí en este río, sobre estos troncos; después, ya no. Es como cuando caí por la cachuela; hasta en el mismo borde pude hacer algo; después quizá será posible lamentarse o estar alegre. Entre las dos cosas no puede haber nada que tenga que ver conmigo. Morir no es cosa

mía. Lo último que yo tengo que hacer no es morir. Pero todavía hasta un momento antes, sin duda hay algo que yo pueda hacer. ¿Qué, qué puedo hacer antes de morirme? Pero antes de morir es ahora mismo. No puedo moverme; no sirve quejarme. Puedo, por lo menos, estar tranquilo. Es posible que me suceda de nuevo mil veces más lo mismo que hasta ahora. Puedo engañarme, y caer, y aumentar el dolor y pasar junto a alguien que no quiera recogerme mil veces más. Pero nada, absolutamente nada de eso importa si yo estoy tranquilo”.

“Hay una sola cosa en verdad mía: querer algo o resistirlo, ganar o aguantar. Aparte esto, todo lo que ahora ocurre en el río o en cualquiera parte no es mío. Ahora yo deseo salir de aquí. Yo quiero vivir”.

-Querer o resistir. dijo con alegría.

Entonces advirtió que cuanto pudiera sucederle en el futuro tendría que alegrarlo necesariamente, porque sería una oportunidad de probar su fuerza o su aguante. Si la fuerza no bastaba, resistiría; si se le fallaba la resistencia, moriría. ¿Qué más? Nada más. Eso era todo.

Estaba enormemente alegre. Si el dolor se lo hubiera permitido, se habría puesto a cantar a gritos. Se preguntó, entonces, con cierto sobresalto, si el dolor podría quitarle su contentamiento. Pero de inmediato se contestó que dejar de cantar no lo hacía menos dichoso.

Tendió una vez más la vista con infinito gozo por sobre el agua y vagó los ojos lentamente por su curso tranquilo, la orilla distante, el lejano cielo blanco de calor.

-Tenían razón al arrojarme. El río está bonito. ¿Qué habrá más allá...?

(De El cuento chileno actual 1950-1967. Tomado de la revista literaria boliviana Correveydile)

Augusto Monterroso

(Guatemala, 1921-2003)

La vaca

Cuando iba el otro día en el tren me erguí de pronto feliz sobre mis dos patas y empecé a manotear de alegría y a invitar a todos a ver el paisaje y a contemplar el crepúsculo que estaba de lo más bien. Las mujeres y los niños y unos señores que detuvieron su conversación me miraban sorprendidos y se reían de mí, pero cuando me senté otra vez silencioso no podían imaginar que yo acababa de ver alejarse lentamente a la orilla del camino una vaca muerta muertita sin quien la enterrara ni quien le editara sus obras completas ni quien le dijera un sentido y lloroso discurso por lo buena que había sido y por todos los chorritos de humeante leche con que contribuyó a que la vida en general y el tren en particular siguieran su marcha.

(De La vaca)

Luis Sepúlveda

(Chile, 1949)

El campeón

La puerta del garaje estaba abierta como una invitación inocente, pero él no se atrevía a cruzar la calle, dar los pocos pasos necesarios y atravesar el ancho portón de madera de la entrada.

Pensaba en "el Lobo de San Pablo". Lo imaginaba con su cara de borrachín rehabilitado reuniendo las pertenencias del campeón para llevárselas a la familia, allá en el sur.

La puerta del garaje estaba abierta, y porque habían transcurrido varios días desde su regreso, aquella aparente normalidad conseguía aumentar la confusión que lo atormentaba.

Decidió esperar. No tenía claro qué, ni por cuánto tiempo. "A veces la espera es más peligrosa que la acometida", se dijo, pero finalmente se convenció de que, en este caso, era prudente y, así, pasó de largo caminando por la acera opuesta sin siquiera atisbar el interior del garaje.

Le alegró comprobar que ya casi no cojeaba, aunque la herida dolía todavía. Fue un tiro afortunado. Un proyectil de carabina Garand que entró y salió limpiamente por el muslo sin comprometer ningún nervio.

Caminó hasta la esquina. Entró en el café y pidió una gaseosa mientras ordenaba las ideas.

La mujer de detrás de la barra lo miró extrañada. Lo conocía. Lo había visto muchas veces junto al campeón cuando pasaban caminando hacia el paradero de buses. Sintió que cometía un error estúpido, un error de principiante, y él no lo era. El reciente viaje de vuelta, más el balazo en el muslo, le conferían categoría de veterano. Pagó la bebida y, con la botella en la mano, se marchó.

Luego de caminar un par de cuadras encontró un parquecito recién regado y se sentó en una banca rodeada de matas de lirios. Apenas lo hizo le rodearon los gorriones. Los más audaces le picoteaban la punta de los zapatos y buscó en los bolsillos del saco sin encontrar migas, tan sólo, pegados a las uñas, restos de tabaco. Los pájaros entendieron que perdían el tiempo con él y levantaron el vuelo perdiéndose entre las copas de los acacias.

Se sintió a salvo, como antes, y pensó en el Lobo limpiando el cinturón del campeón como si nada hubiera pasado.

El cinturón del campeón era pesado. Llevaba una banda tricolor de material elástico, destinada a ceñir la cintura con elegancia, y una hebilla grande, de bronce, que el Lobo de San Pablo se encargaba de mantener reluciente y en la que, en relieve, podía leerse "VIII Juegos Olímpicos Panamericanos. Categoría Welter", y la palabra CAMPEÓN, así, con mayúsculas, escrita sobre un par de guantes cruzados.

El campeón. Al conocerlo, no le gustó del todo.

"Iván" le había encomendado la tarea de contactar con él, de olerlo, de dar los pasos preliminares para determinar si el hombre era de confianza. Por entonces era poco lo que se sabía de él: lo habían expulsado del Partido Comunista acusándolo de ser un agente de la CIA, un provocador, en fin, las consabidas descalificaciones que se esgrimían e aquel tiempo.

-Es fácil de reconocer -dijo "Iván-. Tiene el pelo motudo, mide algo así como uno setenta, y en el ojo izquierdo tiene una manchita blanca. Otra cosa: es superfuerte.

Se habían citado en las parrilladas Roma, a comienzos de la Gran Avenida, en el barrio del matadero. El lugar no le pareció muy adecuado para semejante encuentro, pero acudió, y, mirando de reojo a los rostros

de los obreros que devoraban carne asada, lo identificó en una de las mesas del fondo.

-¿"Gonzalo"?

Éste le respondió indicando una silla.

-Me llamo "Pedro". ¿No te parece mejor irnos a charlar a otro lado? Hay demasiada gente aquí.

-Aquí estamos bien y podemos hablar de todo. ¿Nos comemos unos chunchulitos? Yo invito, compadre.

Aceptó sintiendo que perdía un punto valioso. Era él quien debía controlar la situación.

Hicieron el pedido y acordaron una cobertura.

-¿De qué se supone que hablamos? –preguntó "Gonzalo".

-Decidamos. Un tema que los dos manejemos.

-¿Entiendes de box?

-Algo. No mucho.

-Bueno, de eso. ¿Te he explicado la diferencia de peso que hay entre un mosca y un semipesado?

Le detalló con rapidez la escala ascendente de tres y tantos kilos que permite a los púgiles cambiar de categoría, cada una con su designación.

Los chunchules llegaron humeantes sobre el braserito y le molestó la familiaridad del mozo.

-¿Una botellita de tinto, campeón?

-¿Qué opinas?

-Sí, claro. Los chunchules hay que bajarlos con vino. Aquí te conocen, ¿verdad?

"Gonzalo" respondió que estaban en su barrio y que lo conocían en muchas otras partes.

-Y eso de campeón, ¿de dónde sale?

Lanzó una carcajada antes de indicar que era en efecto un campeón. Hacía tres años había conseguido el título panamericano de los welter, y hasta la fecha nadie se lo había arrebatado.

Comieron en silencio. Buscaba las palabras iniciales para los argumentos que debía exponerle, pero no las encontraba ni en los chunchules que desaparecía, ni en la expresión alegre de "Gonzalo".

-Bueno el vinito, ¿no te parece?

-Sí. Muy bueno.

-El dueño tiene una viñita cerca de Molina. De allá lo trae. Sólo para clientes de la casa.

-Oye, no vine para conversar de vinos. En serio. Tenemos que ir a otra parte. Aquí no puedo hablar y es importante.

"Gonzalo" lo miró atentamente mientras doblaba la servilleta.

-Tranquilo. "Iván" sabe que estoy de acuerdo. Quiero luchar. Eso es todo. No soy un intelectual, no podría agregar nada a lo que tienes que decirme. Estoy de acuerdo y estoy decidido. Eso es lo que importa. No nos conocemos y hablando tampoco conseguimos hacerlo. Es en la cancha donde se ven los gallos. ¿Estamos?

Terminaron de comer y el campeón lo acompañó hasta el paradero de buses. En el apretón de manos de la despedida sintió que llegaba la confianza.

A las pocas semanas el grupo contaba no solamente con un nuevo integrante, sino que, además, el garaje de reparaciones que poseía vino a enriquecer la infraestructura: servía de lugar de reuniones, almacén de materiales de estudio y, por las tardes, lo destinaban a las prácticas militares que en el futuro habrían de precisar.

"Gonzalo" vivía en un cuarto adosado al galpón y aceptaba de buena gana que lo llamaran con ese nombre postizo, chapa por lo demás innecesaria, ya que bastaba con asomarse a su vivienda para descubrir

su nombre verdadero impreso en los trofeos ordenados sobre una cómoda.

A veces algún cliente lo reconocía y, olvidando la avería, partía apresurado a comprar unas cervezas y regresaba a sentarse sobre las cajas de herramientas pidiéndole una y otra vez que le contase los tres *rounds* de la pelea por el título. Él le daba el gusto y los demás disimulaban el nerviosismo.

La situación más crítica la tuvieron cierta tarde en que le metían diente a estudios de cartografía y de pronto escucharon golpes en el portón. "Alonso" se paró a mirar por la mirilla superior y casi se cae de espaldas al comprobar que afuera había una patrullera. No les quedó más remedio que abrir el portón y esperar los acontecimientos.

Entraron dos carabineros seguidos por un suboficial que hedía a vino.

-Disculpen la molestia, pero se nos pinchó una... ¡Campeón! ¡Por la cresta! ¿No me reconoces?

El suboficial se abalanzó sobre "Gonzalo".

-Pero claro, mi sargento López.

-¡Suboficial López! -corrigió el uniformado enseñando las jinetas.

Los dos policías que lo acompañaban y el resto del grupo permanecían mudos. "Gonzalo" se dejaba abrazar, dar golpecitos amistosos en el vientre, y finalmente sacó el habla.

-Muchachos, les presento al suboficial López. Él me descubrió cuando recién me ponía los guantes.

-Y eras un peso mosca -precisó el uniformado-. Eras un peso mosca, y desde que te vi en el *ring* por primera vez, me dije: "El cabrito tiene pasta de campeón". Ojo clínico que tengo. Tenías pegada, pero ésa no era tu categoría. ¿Recuerdas lo que te dije?

"Cabro, el box es como el matrimonio. Si uno no está en el peso no puede ofrecer un buen espectáculo." ¿Y saben qué hice? -Se dirigió a sus acompañantes-. Me lo llevé diariamente a comer a la comisaría. ¿Te

acuerdas, campeón? ¿Te acuerdas de esas criadillas asadas que te preparaba Moyita, el cocinero? ¿Te acuerdas de la sangre? Cada viernes, medio litro de sangre pura, caliente todavía. ¿Te acuerdas campeón? Yo le decía al matarife: "Ese corderito me lo trata, con cariño, para que marche al patíbulo bien confiado y muera tranquilo, sin pánico, sin soltar adrenalina, mire que su sangre es para endurecer el cuerpo de un cabrito que dará que hablar". Qué mariconada con los pobres bichos, pero valía la pena. Campeón, ¿dime si no fui un buen apoderado?

-El mejor del mundo -aseguró "Gonzalo".

-¿Tienes aquí los trofeos?

"Iván" le guiñó un ojo indicándole que fuera a buscarlos y lo acompañó hasta la vivienda.

-No es grave el asunto, pero puede ser conflictivo si empieza con preguntas incómodas. Está en tus manos, "Gonzalo".

-Tranquilo. Es un excelente tipo y yo manejo la situación.

Volvieron cargando los trofeos. El suboficial los contemplaba con una mirada soñadora en tanto los dos carabineros regresaban de la patrullera con una botella de pisco.

-Miren esto: "Campeón peso gallo. Campeonato de los barrios. Concepción". Y esta otra copa. Plata pura. "Campeón peso pluma", también en Concepción. Y de ahí te saltaste al norte, cabro, a mostrarle a los pampinos cómo pega un sureño. Aquí está la prueba. "Campeón peso ligero". En Iquique. -Al tomar el cinturón con la gran hebilla de bronce, el suboficial no pudo contener las lágrimas-. Y llegaste lejos, cabro. ¡Mierda! Escuchen esto y póngase de pie, huevones. "Octavos Juegos Olímpicos Panamericanos. Categoría welter. Campeón." Llegaste lejos, cabro. ¡Putas que llegaste lejos!

El uniformado lloraba a moco tendido abrazando a "Gonzalo" mientras los demás bebían pisco de la botella y se pasaban los trofeos de mano en mano. Hacía varios meses que funcionaban en el garaje y nunca

se habían interesado por aquellos símbolos de gloria, conseguidos en los tres minutos de un *round*, en la breve eternidad de la victoria o la derrota. En eso llegó la pregunta inesperada.

-¿Y estos cabros, campeón? ¿Son operarios?

"Gonzalo" disparó la respuesta precisa.

-No, mi suboficial. Los muchachos también se ponen los guantes y estamos formando un club de box en el barrio.

El uniformado se sintió en su elemento y, tratándolos de "peloduros", les ordenó ponerse en guardia.

-¿Peso?

-Sesenta y cuatro -dijo "Alonso".

-Superligero -hipó el uniformado.

-¿Peso?

-Ochenta. Pesado -respondió "Iván".

-Semipesado -corrigió el suboficial.

-¿Peso?

-Sesenta y tres -contestó "Pedro".

-Sube dos kilos, cabro. Tienes buena pinta de medio y me gustan tus manos chicas.

Todos pensaban con alivio en la ausencia de "Paty". La imaginaban declarando su peso y al suboficial definiéndola como mosquita u otro bicho leve.

Luego de la visita de los policías se acostumbraron a la transparencia de "Gonzalo". Todo marchaba bien. Por una parte, él y "Alonso" se encargaban de hacer funcionar el garaje y, por otra, los vecinos los consideraban como a un grupo de entusiastas del cuadrilátero que el campeón formaba. Así, cada tarde limpiaban el garaje y, con tres tambores de aceite más la desmontadora de ruedas, formaban un *ring* de proporciones casi reglamentarias, en el que proseguían con las prácticas militares. Para completar el camuflaje, adquirieron unos pares de guantes

usados, y "Alonso" colgó un enorme costal de arena para endurecer las manos. "Paty" se divertía viéndolos sudar y señalaba que parecían personajes sacados de un cuento de Rind Larner.

Pasaban los meses y de Bolivia llegaban noticias cada vez más alentadoras. El grito de "A las montañas volveremos", lanzando luego de la muerte del Che, encontraba más y más eco entre los campesinos, entre los mineros y los estudiantes. Así lo decían los comunicados. Ahora sí que Bolivia sería el corazón del continente. Lo aseguraban los comunicados de la organización, que también se referían a un contingente argentino, a otro uruguayo, peruano, colombiano, que se sumarían a la lucha en las montañas y selvas bolivianas. Hasta era posible contar con la participación de algunos cubanos, veteranos de la Sierra Maestra, decididos a continuar el camino iniciado por el Che. Ellos formaban el destacamento chileno y se preparaban en un garaje disfrazado de gimnasio de box al atardecer.

El tiempo avanzaba y la fecha de salida parecía cada vez más cercana. La radio entregaba informaciones sobre actividades guerrilleras en las proximidades de Santa Cruz, y el gobierno boliviano ponía precio a la cabeza de "Inti" Peredo. "La cosa arde arriba", se decía. "La cosa arde arriba", repetían los comunicados.

Así llegó el momento en que "Iván" anunció que por fin había contacto abierto con la guerrilla, y la organización ordenaba empezar con los preparativos del viaje. La primera meta era Oruro. Allí habrían de hacer enlace con gentes de las minas, quienes los transportarían a través de la madeja clandestina hasta los frentes guerrilleros. Disponían de una fecha tope para llegar a Oruro, puesto que el desarrollo de la lucha significaría la militarización de las fronteras.

La cosa ardía arriba, y ninguno de ellos consiguió dormir aquella noche.

Recordó, mirando las matas de lirios suavemente mecidas por el viento, que aquella noche se había detenido en ese mismo parqucito para fumar un cigarrillo y controlar la euforia que lo embargaba. Luego había caminado sin rumbo despidiéndose de Santiago, aquella ciudad que amaba en secreto, sin atreverse nunca a confesarlo. Era verano. La noche suave y tibia envolvía sus pasos en un silencio felino, y se preguntaba cuánto tiempo habría de durar la lucha en las montañas. Y después, ¿qué vendría? Todo sería diferente. La guerrilla triunfaría en Bolivia y con ello los habitantes del continente recuperarían una vocación de victoria. Qué honor era vivir en semejante época. "Porque ahora la historia tendrá que contar con los pobres de América."

Las calles parecían interminables. Cada detalle resultaba novedoso, desconocido y bello. Caminó proyectando imágenes que se sucedían como planos vertiginosos de un filme en rodaje. A esa hora sus compañeros de facultad dormían, soñaban, hacían planes para el fin de semana con sus chicas, para el baile, el paseo a la playa; él, en cambio, formaba parte de un grupo con planes diferentes. El Che, antes de caer en Ñancahuazú, había escrito que el guerrillero alcanza la dimensión superior del hombre. El Hombre Nuevo. ¿Lo conseguiría él también? De los demás estaba seguro. "Alonso", a esas horas, estaría con su madre, a la que comunicó su futura ausencia diciendo que se marchaba a estudiar a Costa Rica. "Paty" se encargaría de hacerle llegar todos los meses una modesta suma dispuesta por la organización para afrontar los gastos más inmediatos. "Paty", compañera de "Iván", aceptó a regañadientes su obligación de quedarse. En el último tiempo los había visto más juntos que nunca. Se amaban desde que se conocieron como militantes en las Juventudes Comunistas, durante la marcha "Paz para Vietnam", de Valparaíso a Santiago. Juntos fueron expulsados del Partido, acusados de ultra izquierdismo, y juntos ingresaron a la organización. "Iván" encabezaba el grupo. Era el único que tenía experiencia militar y, al mismo tiempo,

mayor capacidad política. Y "Gonzalo". Había sido minero, pescador, obrero de construcción, mecánico de autos y campeón de box en medio de todo eso. "Iván" repetía que "Gonzalo" poseía disciplina y carisma. Podía ser justo y riguroso al mismo tiempo. Todos sentían que "Gonzalo" era el mejor. Algún día le hablaría de todo cuanto iba pensando por las calles dormidas de Santiago.

Santiago. Los alemanes de la brigada Thelmann, ¿se despidieron también así de Hamburgo, Berlín o Leipzig antes de marchar a España?

Santiago. Los yanquis de la brigada Lincoln, ¿recorrieron Chicago, Nueva Cork o Cincinnati antes de partir al frente del Ebro?

Santiago. ¿Se despidió también el Che de Buenos Aires?

Unos días más tarde llegó el momento de reunirse, solucionados todos los problemas personales, para partir en cualquier momento, aunque todavía no sabían cómo.

El entrar en el garaje, "Iván" y "Alonso" lo miraron con el mismo gesto de estupor que él adoptó al ver al desconocido dando golpes al costal de arena. Era un hombre fornido. La nariz achatada resaltaba aún más su rostro alcohólico. Tiraba las manos con suavidad, pero se notaba la contundencia de sus puños. El saco no se balanceaba como cuando uno de ellos lo golpeaba, se estremecía como un cuerpo colgado, atento al golpe que seguiría, tensando los músculos de arena para soportar el castigo propinado por aquellas manos certeras. El hombre respiraba acompasadamente y parecía estar siempre parado sobre un solo pie.

-Vengan -llamó "Gonzalo".

Se encerraron en la vivienda sin dejar de observar al desconocido a través de los vidrios de la puerta.

-No me hagan preguntas hasta que lo haya explicado todo. Hasta ahora seguimos con el problema del viaje sin definir. Es cierto que

podemos hacerlo por separado y reunirnos en Oruro, pero también es cierto que todos somos lo bastante llamativos, de bolivianos no tenemos ni el olor, y seguro que ahora el ejército anda saltón con los bichos raros que cruzan la frontera. Pienso que hasta el momento mi transparencia nos ha sido muy útil, y creo que puede servirnos para llegar a Oruro sin dificultades. Además, pienso en un tremendo golpe de propaganda, pero de eso les hablaré más tarde. Por favor, no me interrumpen. En Oruro hay un campeón de los welter, y le he desafiado. El hombre aceptó el reto. Es un púgil militar. La pelea será en tres semanas y todos podemos viajar con esa cobertura.

Estaban tan sorprendidos que no atinaban ni a pensar. "Iván" le ordenó que terminara de exponer su plan.

-Lo he preparado todo y contamos con el apoyo de la Federación Chilena de Box. Conozco allí a varios tipos que quieren verme como profesional para ganar dinero a mis expensas, y los he ilusionado diciendo que esta pelea con el boliviano tirará de nuevo mi nombre a los comentaristas deportivos. Nos proporcionan los pasajes. En bus hasta Antofagasta y de ahí en ferrocarril hasta Oruro. Antes les mencioné el golpe de propaganda. Voy a ganar la pelea. ¿Se dan cuenta de lo que significa?

-Pero ¿y nosotros?

-Todo arreglado. "Iván" es mi *manager*. "Alonso", mi ayudante, y "Pedro", mi masajista. De más está decir que debemos viajar con nuestros nombres.

-¿Y qué monos pinta el amigo de fuera?

-Es parte del golpe de propaganda. Lo necesito. El hombre de afuera es un boxeador en desgracia. Lo conozco bien y no puedo encontrar mejor entrenador.

No precisaron de una larga discusión para aceptar el plan propuesto por "Gonzalo". Les permitía viajar limpios, legales, y, sobre todo,

consideraron los efectos del golpe de propaganda: un deportista que, luego de obtener un importante triunfo, se pasaba a la guerrilla con todo su séquito.

Las semanas siguientes fueron frenéticas. Los vecinos supieron que el campeón viajaba a Bolivia para defender su título y, aunque los entendidos alegaban que lo justo hubiera sido tener al boliviano disputándose en casa, porque así lo dictaban las reglas fijadas por el marqués de Queensberry, este viaje hablaba muy bien del coraje del campeón, que salía a exponer el título, y todos se mostraban satisfechos con el Lobo de San Pablo sirviéndoles en el *ring*.

Protegidos por la transparencia de "Gonzalo2, el grupo se encerraba en la vivienda para revisar una y otra vez los conocimientos adquiridos. Cartografía, meteorología, geografía, botánica medicinal, arme y desarme, el *abc* de la guerrilla, mientras afuera el suboficial López se presentaba día sí día no a medir los progresos del campeón portando siempre una canasta repleta de huevos de campo, indicándole que debía comerlos crudos, con cáscara y todo, porque precisaba de mucho calcio, ajo y cebollas crudas para resistir mejor la altura.

Desde el cuadrilátero llegaban las instrucciones del Lobo de San Pablo.

-A las cuerdas. A las cuerdas, campeón. Ahora. Impulso. Salga. Uno dos, uno dos, atento a las piernas, uno dos, uno dos, uno dos. Vuelva a las cuerdas. Bloquee la cara. Atento. ¡Ahora! Salga. Uno dos, uno dos, uno dos, ¡el gancho de izquierda! No, campeón, gancho dije, no gualetazo. De nuevo a las cuerdas. Salga. Uno dos, uno dos, uno dos. Atrás. Salga con un recto de derecha, cintura, cintura, ¡arriba! Y ahora, ¡a noquear! ¡salga a noquear, campeón!

Así llegó la última tarde en Santiago. A la mañana siguiente saldrían a noquear.

Deseaban estar con las familias, o con los amigos, o solos. Cada uno había imaginado de mil maneras ese atardecer. El secreto de sus vidas se rompería en poco tiempo y ya entonces estarían lejos. Pese a la necesidad de comunión, fue imposible evitar la fiesta que improvisaron los vecinos.

En pequeños grupos llegaron al garaje con pan amasado, un brasero, carne condimentada, botellas de vino, longanizas, empanadas, cajas de cerveza, ensaladas multicolores, y, antes de que pudieran reponerse de la sorpresa, dispusieron un mantel blanco sobre el banco de trabajo. El presidente de la Junta de Vecinos habló del cariño que todos sentían por el campeón, y por supuesto por sus colaboradores, del tremendo orgullo que significaba para el barrio el tenerlo como vecino y de lo felices que se sentirían con la victoria.

-Pero si la suerte le es adversa, campeón, si no gana, y el boliviano nos lo devuelve con un ojo en compota, bueno, usted comprende mejor que nosotros el profundo significado de la frase olímpica: "Lo importante no es ganar sino competir". Si no gana, campeón, sepa que nuestro cariño seguirá siendo el mismo, pero, como lo conocemos, tenemos confianza en sus puños. He dicho.

Era generoso el vino y las mejores partes del asado fueron para "Gonzalo". Se miraban entre ellos y, sin decirlo, sabían que aquélla era la mejor despedida posible. Y, en cuanto a la victoria, ¿quién podía abrigar dudas? Al final de la fiesta, el Lobo de San Pablo se acercó a "Gonzalo" para asegurarle que durante su ausencia tanto el garaje como los trofeos relucirían de limpios.

-Qué lástima que yo tenga problemas con la justicia y no pueda salir del país. Si no, con qué gusto lo acompañaría para aconsejarlo desde el *ring side*. Cuídese de los cabezazos, campeón. Los bolivianos son mañosos y tienen la testa dura. No sabe lo mal que me siento por dejarlo solo. No es que piense mal de los muchachos, son entusiastas, pero no

tienen futuro tirando las manos. Quiero decirle algo más, y usted sabe que soy hombre de pocas palabras. Gracias. Muchas gracias, campeón.

-Soy yo el que tiene que agradecer. Pero ¡qué diablos! Me cuida el garaje y estamos a mano.

-No es tan simple. Usted sabe que me sacó de la mierda. Y qué honor para mí el poder apoyarlo con lo poco que sé.

-Usted es muy bueno. Conoce técnicas y sabe aplicarlas en el momento oportuno. Lobo, hay algo más. Es posible que no regresemos muy pronto, es posible que enganchemos en una gira. Esto debe quedar entre nosotros.

-Soy una tumba, campeón.

-Lo sé. Tengo una pregunta que siempre he querido hacerle. ¿De dónde viene eso de Lobo de San Pablo?

-Tiempos pasados. Es de cuando todavía era chiporro y tiraba las manos en el México Boeing Club, de la calle San Pablo. Era joven entonces, y alguien advirtió que cuando mejor atacaba era cuando me tenían contra las cuerdas, acorralado, como los lobos. Pero eso pasó. Ahora estoy acabado. La piel de lobo le quedó grande a este perro viejo. Yo colgué los guantes, campeón.

Las palabras del púgil se apagaron junto con las últimas brasas y una humareda débil se confundió con las sombras.

Mirando las colillas que lo rodeaban supo que llevaba mucho tiempo sentado en el parquecito. El amargo sabor que le inundaba la boca no provenía del tabaco. Supo también que ya no quería a ese parquecito, ni a la ciudad. No se aman los lugares a los que se regresa derrotado.

Se incorporó y echó a andar hacia el garaje. Al cruzar la calle, le dolió la herida. Se la habían curado en un almacén de la guerrilla, con medios muy primitivos, y, al dejarlo en un paso fronterizo, le advirtieron que no caminara demasiado.

Encontró al Lobo de San Pablo tomando mate en la cocina. El hombre se sobresaltó al verlo, y no logró discernir si lo miraba con odio o simplemente sorprendido, hasta que dejó la calabaza y lo abrazó sollozando.

-¿Es cierto, entonces?

-Sí, Lobo. Los mataron.

-Mataron al campeón...

-Y a "Iván" ... a "Alonso" ...

-... al campeón. Esos conchas de su madre mataron al campeón...

-¿Cuándo lo supo, Lobo?

El hombre no respondió. Las lágrimas le empapaban la nariz achatada y respiraba con dificultad. Llorando fue hasta la cómoda sobre la que relucían los trofeos y de uno de ellos sacó un recorte de periódico:

"Una delegación de deportistas *amateur* chilenos resultó muerta en la estación de Oruro, Bolivia, durante un enfrentamiento entre guerrilleros del Ejército de la Liberación Nacional y efectivos de las fuerzas armadas bolivianas. Según fuentes militares del país vecino, los deportistas chilenos formaban parte de un comando extremista ingresado en territorio boliviano para unirse a los subversivos que operan en la región montañosa del Teoponte. El gobierno chileno ha solicitado a las autoridades del país hermano una investigación exhaustiva del hecho. La delegación deportiva, que viajó con el apoyo de la Federación Chilena de Box, estaba integrada por el campeón panamericano de los pesos welter...".

Le devolvió el recorte.

-¿Un mate?

-No, gracias, Lobo. Tengo que irme. Mire, aquí hay un poco de dinero. Encárguese de llevar los trofeos a la familia. Usted sabe dónde viven.

El hombre asintió sin palabras.

-Adiós, Lobo. Buena suerte.

Empezó a caminar hacia la salida. En el galpón estaba todavía el cuadrilátero formado por tres tambores de aceite y la desmontadora de ruedas. A un lado colgaba el costal de arena. La voz del púgil lo detuvo.

-Espero un poco. No entiendo. A veces no entiendo muchas cosas. Debe de ser por los golpes recibidos en la cabeza, pero yo lo quería al campeón, todavía lo quiero, y no puedo creer que sea cierto.

¿Subió al *ring*?

-No. Los mataron antes. Apenas bajábamos del tren. Nos vendieron. Yo me salvé por...

El hombre no lo escuchaba. Una expresión de dolor idiota surcaba su rostro de alcohólico.

-Entonces sigue siendo el campeón –dijo y se marchó a darle golpes furiosos al costal de arena.

(De Desencuentros. Tomado de la revista boliviana Correveydile)

Artículos y Ensayos

José María Arguedas

(Perú, 1911-1969)

Una isla de humana hermosura

La aparición de la ciudad de La Paz ante el viajero es quizás el más bello e impresionante espectáculo que el hombre americano moderno puede ofrecer en el Nuevo Mundo.

¿Cómo es posible que esta aparición sorprenda al viajero después de haber andado bajo los cielos de altiplano que no dejan descansar al corazón con su abrumadora y a veces tenebrosa hermosura? El viajero sensible pasa cerca de los nevados cuya faz cambia constantemente a causa de la luz de las nubes; cruza el lago verde oscuro que brilla con resplandor religioso; atraviesa el altiplano cuyo silencio bebe incansablemente; y llega al Alto de La Paz, conmovido hasta el mayor extremo, en ese estado de gozo y exaltación que sólo se alcanza cuando la naturaleza ha estrujado el corazón humano con su máximo poder. La imagen del paisaje se ha hundido en el ser; y el hombre llega al Alto de La Paz con un mundo de aguas y de cielos, de llameantes montañas y vibradora luz en lo interior.

Así, en tal extremo de enardecimiento, el viajero es sorprendido por la ciudad de La Paz. Desde el borde cortado del altiplano se contempla en una hoyada increíble la sonriente y épica ciudad. Ella, su luz inolvidable, sus dulces árboles, las torres y dentadas murallas de greda que la circundan, calman e iluminan el alma del viajero. El lenguaje profundo de la gran ciudad produce una especie de ordenamiento interior. Los hirvientes y desgarradores paisajes de los Andes agitados por las tormentas de verano que el viajero contempla, se aquietan, toman un lugar claro en la memoria, a la vista de la ciudad. Es el hombre americano, el hombre de Bolivia, quien ha convertido el caótico suelo, un campo

atormentado que se afirma fue el cráter de un volcán, en una bella residencia, en una ciudad cuya hermosura es el fruto del poder humano para aplacar a la naturaleza y convertir sus lados aún feraces en canto eglógico.

La Paz contiene, en ese sentido, un símbolo, una significación especial y entrañable para los hombres del Nuevo Mundo. Como el Cuzco, sigue en el lugar donde el hombre americano antigua la fundó, ¿Por qué no la cambiaron de sitio los conquistadores? Los españoles bajaron a sus valles, a las orillas de los ríos, las ciudades que ellos encontraron en las cumbres o en los muy escarpados lugares. Sin embargo, a la antigua e importante Chuquiago la dejaron entre varios torrentes, sobre el terreno más difícil; teniendo hacia el sur esas formaciones de greda tan extrañas, tan estériles, que en los tiempos de la conquista debieron ser contempladas con supersticioso terror.

El conquistador debió dejarse exaltar por el épico propósito de dominio de la naturaleza; tarea exigente como la que él prefería. Debió sufrir también las mismas transformaciones de espíritu que el viajero actual cuando descubre la ciudad, como una isla de humana hermosura, después de haber trotado por la excesiva meseta donde los ojos y el corazón soportan demasiada carga. ¿Cómo podría nutrirse esa frágil planta junto al gran lago, las altísimas montañas y el fulgurante o tormentoso cielo que exige del hombre el más bravío corazón?

El conquistador debió construir su morada en Chuquiago porque, a pesar de todo, era un lugar adecuado para su característico espíritu de luchador. Luego fue tarea común de indios, mestizos y españoles seguir domeñando el suelo difícil para abrir calles y plazas en las escarpadas y rotas laderas. Hoy, esa admirable tarea se ha acrecentado, y es la más semejante a la del hombre antiguo, de todas las obras que el americano actual ha emprendido. Me refiero naturalmente al hombre de cultura latinoamericana.

El antiguo hombre de los Andes sudamericanos, especialmente el de Tiahuanacu y el de Tahuantinsuyu, construyó sus ciudades con un sentido religioso en que la belleza excepcional del paisaje fue el motivo inspirador dominante, ¿En qué lugar se ve, se escucha y se bebe más intensamente la hermosura del cielo y de la tierra? Allí debe vivir el hombre, porque esa contemplación purifica y alienta.

El Illimani cambia de semblante desde la aurora hasta la noche y está siempre presente en el hombre de La Paz. Aún es de tipo sagrado esa presencia. El visitante sufre la misma conquista. Todos volvemos la cara hacia la gran montaña, que no es severa, como los nevados que se contemplan desde cerca, sino que brilla con blanda y acariciadora luz lejana, en la que, sin embargo, el misterio existe y se transmite. ¿Cuántas tiendas, establecimientos populares, fábricas, camiones e instituciones llevan su nombre? Es posible que algunos pazeños muy occidentalizados hayan roto, para su desventura, su maravilloso vínculo con el Illimani. Pero la multitud y el hombre sensible no perderán jamás la amorosa comunión con ese noble ser majestuoso. Él es, principalmente, quien convierte en pazeños a los forasteros, disolviendo los humanos artificios. Luego esas formaciones de greda, altísimas, que circundan la ciudad. La erosión ha gastado los montes, los contrafuertes que bajan desde el altiplano ha formado unos gigantes de arcilla, extrañamente enhiestos, a veces ensombreados con inmensas piedras. Esos tipos rodean la ciudad, torrente abajo, a la manera de un ejército desordenado e inexplicable. Una tropa de ellos se ha reunido, en la dirección del Illimani, a media distancia y forman el llamado "Alto de las Ánimas". En inolvidable contraste con los árboles y los sonrientes campos sembrados, otras raras formaciones dan a la ciudad un penetrante aire de encantamiento. El boliviano actual acrecienta y embellece su capital con un sentido y un esfuerzo que tiene que ser diferentes al de los hombres de otros países. No es igual construir en México y en Lima que en La Paz. La tarea de los

paceños nos recuerda entrañablemente, como ya dijimos, la religiosa dedicación al trabajo del hombre del Tahuantinsuyu. He ahí el ejemplo vivo de cómo deben crear y hacer los hombres que heredamos el quebrado suelo del Tahuantinsuyu. Es una leyenda engañosa y negativa la de la opulenta riqueza natural de nuestros países. Heredamos el suelo más difícil, el más rebelde y duro de las Américas.

Suelo que requiere la mayor dedicación al trabajo; suelo para héroes y no para holgazanes. Ni las montañas de faldas que son casi precipicios, ni los desiertos de la costa, ni la selva, ni las pampas inclementes y heladas de la puna producen si el hombre no las domina recurriendo a su máximo aliento. El hombre antiguo convirtió, por eso, el trabajo en sagrada obligación. La ociosidad era la imagen de la muerte.

El paceño que convierte en risueños barrios las oquedades y barrancos del suelo sobre el cual extiende cada vez más su morada; el ciudadano de La Paz que construye edificios y avenidas en ese campo que era inclemente y rebelde, casi inconcebible para la gran ciudad, ha heredado el coraje, la capacidad de convertir el abismo en jardín, la roca en luminosa muralla, del hombre antiguo de esta parte de América.

¿Es por éste significado tan hondo de la ciudad que quienes alguna vez vivieron en ella no la olvidan?

El "Korilazo" Gómez Negrón, un admirable charanguista de Chumbivilcas, que murió hace poco en el Cuzco, víctima de sus incansables y jamás concluidos peregrinajes artísticos, recordaba a La Paz con el mismo fervor que a su lar nativo; Alicia Bustamante, Carlos Sánchez Málaga y Roberto Carpio la añoran con exaltado sentimiento; Arturo Jiménez Borja habla de ella cálidamente; Federico Schwab, el bibliófilo y hombre cabal que cruzó varios océanos y continentes y vivió en el África y en el Chaco, considera su estancia en La Paz como el tiempo en que vivió más ilimitada y gozosamente. Tan solo una mitad de mi experiencia de La Paz he intentado expresar en este breve trabajo. Me falta hablar de La Paz como

incomparable crisol de fusión de las culturas occidental y americana. Con impaciente deseo trataré de hundirme en ese cautivante mundo humano. Muy pronto y con mayor dedicación, trataré de dar testimonio de ese otro aspecto, acaso más difícil de analizar.

(De Señores e Indios)

Antonio Cruz

La literatura boliviana también existe

Motivos y Causas

En este mundo virtual del tercer milenio, uno va conociendo personas —muchas de las cuales, probablemente, ni siquiera llegaremos a conocer personalmente, aunque nunca es posible predecir eso—. No obstante, ese “conocimiento virtual” que apenas nos permite conocer algunos aspectos de la vida de dichas personas, muchas, muchísimas veces, resulta de una gran valía pues nos permite crecer como investigadores, lectores y como escritores sin dejar de lado la tarea de difusión que a todas luces resulta inapreciable.

Hace ya más de dos años, “conocí” a través de una red social a Homero Carvalho Oliva, con quien hicimos “buenas migas” desde el primer minuto. Creo que el principal motivo de ello fue nuestra afición a dos géneros literarios: el microrrelato y la poesía, aunque también, supongo, debe haber influido el esfuerzo que realizamos ambos por difundir literatura. Como siempre ocurre en las redes sociales, establecer contacto con Homero, me sirvió también para tomar contacto con Sisina Anze —quien de manera generosa y sin esperar devoluciones me envió como obsequio dos libros de su autoría: las novelas Juana Azurduy, la furia de la Pachamama, (obra que leí con muchísimo agrado) y Las crónicas del Supay (que todavía está pendiente debido a los múltiples compromisos de lectura ya asumidos)—.

No fue lo único, En el mes de abril, mi esposa viajó, por cuestiones académicas, a la ciudad de Cochabamba para participar de una serie de

actividades programadas por la Universidad Mayor de San Simón. Además de cumplir de manera adecuada con los objetivos de su viaje, tuvo oportunidad de conocer personalmente al poeta René Rivera Miranda y a la mencionada Sisinia Anze Terán. La cosecha de libros fue mucho más allá de lo esperado.

Preocupado por mi escaso conocimiento del vecino país, hice una pequeña encuesta entre mis colegas escritores e investigadores y me di con la ingrata sorpresa de que si bien, muchos de nosotros conocemos la literatura de América latina (México, Chile, Perú, etc.), o bien, hemos leído de manera muy limitada o no hemos leído nada de la profusa y valiosa obra literaria de Bolivia.

Sorprendido por estos resultados, comencé a husmear en la red sobre el tema y descubrí que la literatura boliviana es muy rica y que no tiene nada que envidiarle a los otros estados americanos. No pude menos que comparar esta situación con lo que ocurre entre las dos grandes regiones del Norte Grande Argentino. Los estudiosos, investigadores y lectores del NOA (Noroeste argentino, compuesto por las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán Catamarca y Santiago del Estero), sabemos muy poco (y también hemos leído muy poco) de la valiosa producción literaria del NEA (Nordeste Argentino, compuesto por cuatro provincias: Misiones, Corrientes, Formosa y Chaco). En mi caso particular, salvo por lo que he leído de Mempo Giardinelli, Juan Bastera, Aledo Luis Meloni y Orlando Van Bredam, confieso que soy alguien que desconoce casi por completo el importante patrimonio literario del NEA.

Advertencia

Para ponernos en tema, quiero aclarar que no me propongo realizar en este artículo un estudio minucioso de lo que se escribió y escribe en

Bolivia, sino que necesito llamar la atención a todos aquellos que disfrutamos de la literatura pero que tenemos, por lo general, poco conocimiento de lo que se escribe y lo que se lee en el país hermano.

Creo oportuno destacar también algunas precisiones sobre lo que se viene en este artículo. La primera de ellas es dejar plenamente sentado que este texto jamás hubiese podido ser escrito sin la ayuda desinteresada y permanente de Homero Carvalho Oliva. Lo segundo es que, poco de mí hay en él. Si bien hay pocas citas textuales, casi todos los conceptos que se desarrollan en el texto —no todos, ya que algunas cosas las conocí gracias a mis largas conversaciones con Homero y Sisinia y de los libros que me enviaran gentilmente ambos y René Rivera—, fueron encontrados navegando en la red. Entre las páginas leídas, podemos mencionar las siguientes (cuyos enlaces hemos incluido al final en fuentes): Ecu Red (Revista virtual cubana), Perseé (Francia), Américas Quaterly, Librería Boliviana, Revista Aportes de la comunicación y la cultura y Cervantes virtual entre numerosas otras que se podrán encontrar en las referencias. También deseo que quienes lean este texto, comprendan que, este conjunto de apuntes que tiene muy poco mío y mucho de los conocimientos que se “adquieren” a través de Internet, es absolutamente parcial y acotado ya que la literatura contemporánea de Bolivia es abordada por Homero Carvalho en un artículo propio en este mismo número. O sea que de ninguna manera se trata de un estudio detallado ya que la literatura boliviana es tan amplia, tan llena de nombres paradigmáticos que resultaría imposible desarrollar un tema como este en un (no tan) breve artículo.

Tengo la convicción de que hay tantas cosas por descubrir que lo que he escrito, no es más que una primera aproximación al tema con la esperanza de que investigadores y librerías de mi región tomen la posta

y el tema se desarrolle de manera tal que nos permita conocer a fondo libros de autores bolivianos.

Introducción

En el año 1985, Luis Antezana sostenía que:

«La literatura boliviana actual (*) es un espacio relativamente cerrado, es decir, carece prácticamente de trascendencia en el ámbito latinoamericano y, ciertamente, más allá. Por lo menos, no hay «grandes nombres» de autores bolivianos directamente asociados con el actual movimiento y difusión de la literatura latinoamericana. Salvo contadas obras, ésta es una literatura que tiende a definirse dentro de marcos discursivos y referenciales locales. Sus límites y alcances pueden entenderse en tales condiciones».^[1]

No tengo la menor idea de cuánto tendrá de cierto este aserto. Entre 1985 y 2019 pasaron más de treinta años y, durante todos esos años, han ocurrido demasiadas cosas. Por ejemplo, la aparición de Internet —que más allá de todas sus falencias, representa una herramienta útil para quienes saben buscar y tienen capacidad para separar la paja del trigo— y la globalización que no es poca cosa. Por ejemplo, en esta pequeña investigación que he realizado a lo largo de tres meses, me doy con noticias más que halagüeñas respecto al conocimiento y difusión de la literatura de Bolivia.

Por ejemplo, abro una de mis fuentes y me encuentro con las noticias de que ya en 2009, un cuento del boliviano Rodrigo Hasbún fue incluido en la revista *Zoetrope*, de Francis Ford Coppola en el número que le dedicó

a los autores latinoamericanos con más futuro, o que por ese mismo año la editorial española Bartleby publicaría el libro de cuentos Niñas y detectives, de Giovanna Rivero, o que también por ese año Maximiliano Barrientos publicaría el libro de cuentos Primeras canciones en la editorial Periférica, también de España.^[2] Paso a otra de las fuentes consultadas, la página CultoLT, que aparentemente pertenece al diario La Tercera de Chile (digo esto porque no pude encontrar una descripción y localización más detallada pero tiene como contacto un teléfono den característica de Chile) y descubro en una entrada de marzo de 2018, que Edmundo Paz Soldán, Maximiliano Barrientos, Liliana Colanzi, Rodrigo Hasbún y Giovanna Rivero cuentan con un respetable prestigio internacional.^[3]

Pero cuando me digo que, en realidad, mi percepción es equivocada y que mi razonamiento sobre la difusión de la literatura boliviana no es otra cosa que puro prejuicio aparece alguien como Emilio Coco, poeta y antólogo italiano, que en el prólogo de su libro El país de los espejos. Antología de la poesía boliviana de hoy (que se publicó este mismo año en el mes de abril) se pregunta y se responde: «¿Cuánto sabemos de la literatura boliviana en Italia? Casi nada».^[4] Por su parte, Gabriel Chávez Casazola, en su artículo Estrella en el agua: Poesía boliviana de un siglo nuevo, que publica la Revista Aportes de la comunicación y la cultura en junio del 2014, afirma:

«Un signo de interrogación. Un signo que guarda un enigma a su vez escondido entre montañas. Así suele verse a la poesía boliviana desde fuera. Y aun esto es un decir, pues casi no se la ve. O no se la ve en absoluto, pese a que Bolivia tiene una rica, fecunda -y sobre todo vital-tradición poética» «Para que nuestra poesía se encuentre invisibilizada conspiran varios factores: un pequeño mercado editorial; ausencia de publicaciones (libros,

revistas, portales) con alcance internacional; escasos canales, flujos y contactos con autores, críticos, editores, traductores y divulgadores de otras naciones; falta de apoyo estatal. Pero, sobre todo, en el trasfondo, planea una suerte de enfermedad nacional que aqueja también a muchos poetas: la mediterraneidad espiritual».^[5]

Poniéndome nuevamente en situación. Me asalta la certeza de que muchos lectores argentinos –sin ninguna pretensión de despertar recelos y quejas entre mis colegas connacionales, que, al menos en los círculos en los que me muevo, hay mucho de esto—. Conocemos muy poco de Literatura boliviana y creo que para muchos de nosotros –por supuesto me incluyo–, lo que se escribe en Bolivia recién comienza a ser descubierto.

Breve Recorrido

Si bien, no encontré demasiada información sobre los años previos al siglo XIX, me llamó la atención que ya en los últimos años del siglo XIX (la época del romanticismo) había literatura de gran calidad en Bolivia. Nombres de la talla del poeta Ricardo José Bustamante (1821-1886), el ensayista, bibliógrafo e historiador Gabriel René Moreno (1836-1909), y el narrador Nataniel Aguirre dan lustre al período, pero no fueron los únicos. Por aquellos tiempos también se destacaron el poeta Ricardo Jaimes Freyre quien se nacionalizó argentino, además de algunos un poco posteriores como Franz Tamayo y Gregorio Reynolds (1882-1947), con obras de relevancia literaria poco conocidas por estas tierras argentinas.^[6]

Literatura precolombina

En este período, la literatura se manifiesta a través de la oralidad más que de la escritura. Los pueblos de Bolivia (es un país de numerosas etnias) son poseedores de una rica tradición oral que ha sobrevivido al paso del tiempo. La misma se conforma sobre todo con mitos, leyendas, cuentos, narraciones heroicas y, por supuesto de la poesía aymara y quechua que ha logrado llegar a nuestros días.

Se supone que el Tawantinsuyo (nombre con el que se conocía al imperio incaico —que fue el más grande imperio y la cultura más difundida—) no tenía lectoescritura sino solamente los quipus para comunicarse. Con respecto a ello, personalmente me resisto a creer que así fuera. Una cultura de tamaño magnitud, con amplios conocimientos de astronomía, de climatología y algunas otras disciplinas, debe haber tenido algún tipo de preservación escrita de su patrimonio y, a pesar de que nadie concuerda conmigo, presiento que puede haber sido “borrada” por los conquistadores como ocurrió con el kakán o “lengua de la tierra” de nuestra región.

De lo que se ha mantenido a través del tiempo, lo poco que se conoce son algunas canciones en lengua aymara y poemas en lengua quechua que han logrado superar la grieta del tiempo. De estos últimos, lo que se sabe es que había himnos, poesías y narraciones orales de tipo “heroico”. Los poemas conocidos que se conocen son de diferentes características; se destacan el arawi (que fue la forma poética más apreciada y difundida que era recitado por el propio poeta a quien se conocía como “arawi”; el wawaqui (poema que se cantaba en forma dialogada), El taki (que también es un verso cantado) y el wayñu (que se expresaba en las tres formas artísticas: Música, poesía y danza).^[7]

Entre las narraciones las más destacadas, brillan con luz propia el “Ollantay”, el relato sobre la muerte de Atahualpa y el Uscapauca.^[8]

Época Colonial

Según algunos investigadores, durante esta época, España, curiosamente, impulsó el cultivo de las lenguas nativas. De cualquier manera, este aserto es una verdad a medias. No olvidemos que en nuestra provincia Desapareció por completo la lengua Kakán (que ya mencioné algunas líneas más arriba) aunque bien podría haber ocurrido por falta de interés. En el altiplano boliviano, se destacan los estudios sobre la lengua aymara entre quienes podemos mencionar a Ludovico Bertonio, que escribió El arte gramatical y un vocabulario de la Lengua Aymara.^[9]

Otro de los que se preocupa por las lenguas nativas es el Inca Garcilaso – Inca Garcilaso de la Vega, que, entre otros libros escribió "La Florida del Inca" y "Los Comentarios reales". Su verdadero nombre fue Gómez Suárez de Figueroa y fue mestizo ya que sus padres fueron Sebastián Garcilaso de la Vega (español) e Isabel Chimpo Ocilo (princesa nativa). Sus libros estuvieron dedicados a elogiar la cultura del Tawantinsuyo.^[10]

También es necesario mencionar a Fray Domingo Santo Tomás autor del libro más antiguo que se conoce sobre el idioma quechua cuyo título es, "Gramática o Arte de la Lengua General de los Indios en los Reinos del Perú, y Lecciones y Vocabulario de la Lengua General del Perú, llamado Kechua".

En un breve repaso mencionamos a Fray Antonio de la Calancha, el Padre Barba, Vicente Pazos Kanki, Gaspar Escalona y Agüero, Juan Pasquier, Antonio de Acosta, Pedro Méndez, Bartolomé de Dueñas, Enrique Erico Martin, Diego Gallostegui y Juan Sobrino.

Fue publicada la obra "Los Anales de Potosí" y la "Historia de la Villa Imperial", se destacaron el Arzobispo Gaspar Villarroel quien escribió "Gobierno Eclesiástico y Pontificio" y "La unión de los cuchillos". Carlos Inca, quien nació en el Cuzco, y cuyo verdadero nombre era Calixto Carlos Bustamante, desarrollo el género humorístico y satírico, la obra más destacada de él es: "Lazarillo", que trata la historia de ciegos caminantes.

Independencia y Principios de la República 1810-1826

De este período, lo único que ha podido rescatarse son datos muy fraccionarios. Se sabe que la Universidad de San Francisco Javier fue el centro donde crecieron las ideas libertarias. Entre las muchas actividades a favor de la independencia, se sabe que, a pesar de las prohibiciones se formaron clubes literarios donde además de literatura, se discutían ideas políticas que tenían su fuente en los principios de la Revolución Francesa.

Entre los pocos poetas que han logrado superar el olvido, un nombre inexcusable es el de Juan Wallparrimachi: Guerrillero y poeta quechua, que nació en Potosí en 1793 y murió a la edad de 20 años en una de las batallas de la Independencia en 1814, a las órdenes de su protectora y jefa Doña Juana Azurduy de Padilla –personaje retratado de manera extraordinaria por Sisinia Anze en su novela "Juana Azurduy, la furia de la Pachamama" y cuyos poemas fueron rescatados por Jesús Lara en 1974 con su obra "Poesía Quechua" uno de cuyos capítulos se llama "12 Poemas de Wallparimachi".^[11]

Finales del siglo XIX y comienzos del XX

Con la aparición del romanticismo, las letras de Bolivia comienzan a tener más relevancia. Uno de los primeros que se destacan es el poeta Ricardo José Bustamante (1821-1886) con obras de exaltación patriótica, como

Hispanoamérica libertada (1883), o de teatro, como Más pudo el suelo que la sangre (1869). En las últimas décadas del siglo XIX aparecen el ensayista, bibliógrafo e historiador Gabriel René Moreno (1836-1909), y el narrador Nataniel Aguirre, que volvió sobre las gestas de la emancipación en su novela Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia (1885).

El modernismo contó con un poeta excelente, Ricardo Jaimes Freyre aunque de origen boliviano, se nacionalizó, años más tarde, argentino, al que se sumarían posteriormente Franz Tamayo y Gregorio Reynolds (1882-1947), con obras de extraordinaria belleza, como El cofre de Psiquis (1918), Horas turbias (1922) o Illimani (1945).^[12]

Siglo XX. Breves conceptos

En el siglo XX, la literatura boliviana da sus primeros pasos hacia 1919 cuando Alcides Arguedas, (que se destacó no solamente con literato sino también como político), publica su novela "Raza de bronce" que da origen a la Literatura indigenista. Desde ese momento la literatura boliviana se orientó más hacia una descripción de la realidad nacional y social del momento. Otros autores a destacar de esos primeros lustros del siglo pasado, son Armando Chirveches (1881-1926), Antonio Díaz Villamil (1897-1948), Tristán Marof (1896-1979) y Carlos Medinaceli (1899-1949) entre otros. Por estos años, también hace su aparición la crítica en las figuras de Gabriel René Moreno y el propio Medinaceli.^[13]

Llegados a este punto, no puedo seguir adelante sin referirme a algo llamativo. En una de nuestras conversaciones con el ya varias veces mencionado Homero Carvalho, él me refirió una anécdota sobre Ramiro Tamayo. Con ese dato me metí a navegar en la red y me di con la ingrata sorpresa de que prácticamente no hay demasiados datos sobre él. ¿Por

qué lo traigo a colación? Pues resulta ser que, según un artículo de 2016 que se puede leer en el sitio Web del diario Página siete de La Paz y que se titula Borges y Bolivia, un libro y un poeta perdido. En el mismo –firmado por Martín Zelaya Sánchez–, se dan datos concretos acerca del respeto que sentía Jorge Luis Borges por Tamayo. Según la nota, el poeta Marco Montellano, oriundo de Tarija, afirma en un reportaje que el poeta preferido del ilustre ciego era precisamente Tamayo y refiere una cita textual de Borges: «Quiero contarle que una vez en una librería encontré un libro sobre Borges. Lo había escrito Marcial Tamayo (boliviano), al que después conocí. Mi memoria asocia Bolivia con Ricardo Jaimes Freyre, el poeta más preciosista del modernismo; y luego tienen a Reynolds, y al mismo Tamayo»^[14]

Aparentemente, hay una no tan pequeña confusión ya que un poco más adelante, Zelaya Sánchez, escribe lo siguiente que es una cita textual de su artículo que recomiendo sea leído en su totalidad porque hay datos que nos sorprenderán a todos quienes veneramos a Borges y desconocemos muchos aspectos de su vida:

«En 2007 el poeta y crítico Juan Carlos Ramiro Quiroga posteo en su blog el artículo "Borges a calzón quitado", en el que Albino Gómez cuenta de la relación del mayor escritor argentino de la historia con los Tamayo. Nadie le dio entonces mucha bolilla a ese texto.

Cuenta Gómez: "Ramiro comenzó a destacarse por una tan excelente producción poética que motivó un breve prólogo de Borges a lo que constituyó su primer libro de poemas, donde el escritor se refería a sí mismo como un "poeta crepuscular" -a pesar de que todavía no tenía 50 años- llamando a Ramiro un "poeta del alba".

Más adelante, Gómez cuenta que Tamayo era tan perfeccionista que retiró y devolvió el libro varias veces de la imprenta y al final nunca salió a la venta. Y comenta: "con sus 18 años, Ramiro Tamayo era para su gusto (de Borges) el mejor poeta de nuestra lengua. Y con esa memoria prodigiosa que siempre lo caracterizó, a pesar de los más de 20 años transcurridos, recordó y recitó uno de los poemas de Ramiro que decía..."»^[15]

Según las afirmaciones de Abraham Huarina la segunda mitad del siglo XX es la etapa en que la narrativa boliviana alcanza su madurez.^[16] Quiero creer que lo mismo debe haber ocurrido con los demás géneros. Mientras tanto en Ecu-Red se sostiene que justamente, a partir de la década de 1950 la literatura boliviana se renueva merced a la obra de Marcelo Quiroga Santa Cruz (Los Deshabitados), ya que no solamente rompe con el modelo literario tradicional de Bolivia, sino que sirve de para abrir camino a escritores más jóvenes. Se mencionan a Adolfo Cáceres Romero, Renato Prada Oropeza, Raúl Teixidó y Óscar Uzín Fernández

Mientras tanto, en la poesía se destacan poetas como Primo Castrillo, Raúl Otero Reiche, Octavio Campero Echazú, Óscar Cerruto, Jaime Sáenz, Yolanda Bedregal, Alcira Cardona Torrico, Roberto Echazú, Pedro Shimose, Jesús Urzagasti y Eduardo Mitre que lograron elaborar obras de notable calidad literaria.^[17]

Bueno. Como primera aproximación a una vasta obra literaria, creo que ya es suficiente. Además, ya dije que, en este mismo número hay un artículo sobre literatura boliviana actual que también ayudará a un mejor conocimiento del tema.

FUENTES:

[_https://www.persee.fr](https://www.persee.fr)

[_https://www.libreriaboliviana.com/](https://www.libreriaboliviana.com/)

[_https://www.americasquarterly.org/literatura-boliviana](https://www.americasquarterly.org/literatura-boliviana)

[_https://prezi.com/bjrtx1hfd2a4/literatura-boliviana/](https://prezi.com/bjrtx1hfd2a4/literatura-boliviana/)

[_http://www.enciclonet.com/](http://www.enciclonet.com/)

[_http://linguisticaroquechua.blogspot.com/](http://linguisticaroquechua.blogspot.com/)

[_https://www.paginasiete.bo/](https://www.paginasiete.bo/)

NOTAS:

[1] Antezana Luis H. Literatura boliviana: límites y alcances. In: Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, n°44, 1985. Numéro consacré à la Bolivie. pp. 129-135;

[2] [_https://www.americasquarterly.org/literatura-boliviana](https://www.americasquarterly.org/literatura-boliviana)

[3] "Los autores que renuevan el panorama de Bolivia", Javier García, disponible en [_http://culto.latercera.com/2018/03/20/los-autores-renuevan-panorama-bolivia/](http://culto.latercera.com/2018/03/20/los-autores-renuevan-panorama-bolivia/)

[4] Emilio Coco "Il Paese Degli Specchi. Antologia della poesia boliviana d'oggi" Raffaelli Esditore, Roma 2019

[5] Chávez Casazola, Gabriel, Estrella en el agua: Poesía boliviana de un siglo nuevo en Revista Aportes de la comunicación y la cultura, Santa Cruz de la Sierra, junio de 2014 disponible en http://www.revistasbolivianas.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2306-86712014000100010&lng=es&nrm=iso

[6] https://www.ecured.cu/Literatura_boliviana

[7] <https://libreriaboliviana.com/bolivialibrosescritores1.html>

[8] <http://linguisticaroquechua.blogspot.com/>

[9] <https://libreriaboliviana.com/bolivialibrosescritores1.html>

[10] https://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/garcilaso_el_inca.htm

[11] Uscanga, Víctor Hugo, "Literatura Boliviana" disponible en

<https://prezi.com/bjrtx1hfd2a4/literatura-boliviana/>

[12] Literatura Boliviana, artículo sin firma en Ecured disponible en:

https://www.ecured.cu/Literatura_boliviana

[13] *ibíd.*

[14] El artículo se haya disponible en el siguiente link

<https://www.paginasiete.bo/letrasiete/2016/6/11/borges-bolivia-libro-poeta-perdido-99066.html>

[15] *Ibíd.*

[16] <https://prezi.com/b0ohhtkfgxeh/la-narrativa-boliviana-en-el-siglo-xx/>

[171] Literatura Boliviana, artículo sin firma en Ecured disponible en :

https://www.ecured.cu/Literatura_boliviana/

Pablo Cingolani

(Argentina, 1963)

Bolivia según los otros

De Herman Melville al Che Guevara

A vuelo de pájaro, la imagen de Bolivia en la literatura internacional es variada y muta de acuerdo a la personalidad de quien escribe.

Para la chilena light Marcela Serrano (en *Nosotras que nos queremos tanto*), Bolivia es un buen lugar para escaparse y tener un romance prohibido en las mullidas camas de un hotel cinco estrellas de la ciudad de La Paz, pero eso sí, rociado con vino Undurraga, contrabandeado desde el valle Central de su propio país.

Pero para la también trasandina y ecologista Malú Sierra (en *Donde todo es altar*), por el contrario, Bolivia es sinónimo de diversidad, resistencia y profundidad cultural y a pesar de haber sido tomada como rehén por los comunarios de Amarete, en la región Kallawaya, ella los ama, ama a Tiwanaku, ama a la isla del Sol, hasta tuvo valor para pedir mar para su vecino en medio de la dictadura de Pinochet. Luis Sepúlveda, que andaba fugándose de las mazmorras del tirano, cuenta en su *Patagonia Express* que sólo sintió peligro y lo vivió en carne propia en Villazón cuando fue detenido junto a un joven Hare Krishna en peregrinaje a la India: los dos fueron expulsados por la policía fronteriza y sus únicos recuerdos de Bolivia serán el duro piso de cemento de la estación ferroviaria y el sol a matar al cual lo expusieron los soldados: nunca más volverá.

La mirada de los norteamericanos es igualmente diversa: desde un Waldo Franck que se enamora del garbo de la chola paceña y de la caprichosa

geografía donde está asentada la urbe a un Paul Theroux –que cruza el altiplano en tren, en un periplo iniciado en Boston- y que no cesa de espantarse, a cada rato, salvo para alabar a la cerveza local. Saliendo de Viacha, escribió: Es igual vivir en una tierra trágica/ que vivir en una época trágica. / Contempla las rocosas laderas/ y el río que se abre camino entre piedras, / contempla las chozas de quienes viven en esta tierra maltrecha. Algo similar le sucedió al francés Henry Michaux, célebre por sus relatos sobre el Extremo Oriente, pero que ante la cordillera de los Andes se empequeñece y teme: "Fumamos aquí todo el opio de la gran altura, / voz baja, paso corto, aliento corto. / Poco pelean los perros, poco los niños, poco ríen". Su compatriota D´Orbigny, en uno de los clásicos de los clásicos sobre literatura de Bolivia escrita por extranjeros, experimentaba todo lo contrario: paisaje inconmensurable, energía vital, fortaleza de las gentes.

Pero la cita más extraña sobre Bolivia la escribió uno de los más famosos escritores de todos los tiempos, el norteamericano Herman Melville y en su libro-río: Moby Dick o La ballena blanca. Allí lanzó una hipótesis temeraria: la independencia de Bolivia fue producto de los efectos benéficos de la caza de ballenas en el Pacífico Sur. El mérito es que reconoce a Bolivia como un país marítimo. ⁽¹⁾ Otra defensa inesperada del derecho a costas boliviano lo hace otro francés: Jean Raspail. ⁽²⁾

Los argentinos también mantienen una relación polisémica. Soriano, el gran Soriano, construye en una de sus novelas (Una sombra ya pronto serás) una Bolivia mítica: un edén tropical (aunque inalcanzable) donde las mujeres son hermosas y ardientes y donde se gana dinero en carretilla, haciendo referencia a Santa Cruz de la Sierra. En la misma dirección, pero con pruebas y conocimiento de causa, hay una rareza bibliográfica signada por Ciro Torres, un excéntrico y culto vagabundo

argentino que terminó escribiendo –con el dinero de Nicolás Suárez, el barón del caucho- un libro inhallable e inclasificable que tituló Las maravillosas tierras del Acre y que es un, por momentos delirante, alegato (iy mamotreto de 747 páginas!) a favor de los caucheros masacradores de etnias, editado en La Paz en 1930.

Rodolfo Kusch también construye una Bolivia extraordinaria y bucea en los significados más humanos y más bellos de la cultura andina. De su experiencia boliviana, extrae el material para sus teorías con relación al pensamiento popular latinoamericano: aquí "descubre" que los indios (y en gran medida, los movimientos políticos nacionalistas y populares del continente) expresan algo más trascendente que el "ser" occidental y que es el "estar" nuestro. No fue el caso de otro gran referente de la literatura producida por argentinos en torno a Bolivia como es, sin dudas, Ernesto Guevara De la Serna, más conocido como el Che. Sobre El diario del Che en Bolivia, más allá de las inexistentes estadísticas que poco importan, habría que afirmar para situarlo que debe ser el libro sobre Bolivia más leído en el mundo entero; a su manera el testimonio de combate del guerrillero es el gran best seller con tema boliviano de la historia.

Señal de cuerpo

Lo del Che seguirá siendo un enigma, más allá de que los libros de historia ya creen certificar la traición del Partido Comunista Boliviano para explicar el fracaso local del guerrillero más famoso de todos los tiempos. La tesis de la traición siempre me olió a subestimación de Ernesto porque todo es más complejo: dos décadas después, Castro le habló en privado a Gianni Miná, el más prestigioso de los periodistas italianos de final de siglo, de la "pulsión de muerte" que también animaba a Guevara. Como sea, Castañeda dixit, dicen que Guevara sorprendió a Mario Monje, el entonces secretario general del PCB- con esta afirmación, dicha durante una plática

en La Habana en 1964: "Yo estuve en Bolivia, conozco Bolivia y es muy difícil hacer la lucha guerrillera en Bolivia. Ha habido reforma agraria y esos indios no creo que se sumen a la lucha guerrillera". Lo primero es cierto: Ernesto había llegado a La Paz cuando la pólvora de las Jornadas de abril de 1952 todavía estaba fresca: el mozo-ícono del Eli's, Don Max, te cuenta cómo le servía café. El resultado de su segundo viaje al país fue desastroso. Uno de sus captores en esos diálogos fragmentarios que todos aseguran haber tenido con el prisionero de La Higuera dice que le preguntó: "¿Por qué Bolivia? Tengo la impresión de que se equivocó desde el principio al elegir Bolivia para su aventura". El Che le respondió altivo: "La revolución no es una aventura. ¿Acaso no se inició en Bolivia la guerra para la independencia sudamericana? ¿Acaso no están orgullosos de haber sido los primeros? Después, lo asesinaron, pero quedó su Diario.

El libro más leído sobre Bolivia es un relato conmovedor de un viaje sin mapas y de la ascesis incluso corporal de un individuo excepcional. Esta cita lo dice todo: "Al comenzar esa caminata, se me inició un cólico fortísimo, con vómitos y diarrea. Me lo cortaron con demerol y perdí la noción de todo mientras me llevaban en hamaca; cuando desperté estaba muy aliviado pero cagado como un niño de pecho". El asma del Che era tan crítica, que incluso la guerrilla tomó Samaipata, un centro urbano importante, para procurarle medicamentos que, para colmo, no encuentra. Libro agónico y estremecedor, es el ideal y el cuerpo del Che el que traza un itinerario inverosímil en medio de una geografía durísima, extrema: allí quedaron inmortalizados lugares como Ñancahuazú, Lagunillas, Jagüel (donde muere Coco Peredo), Pucara, lugares que siguen allí, olvidados y desmintiendo la profecía del propio Che en Alto Seco cuando en su único mitin del trip hacia su muerte (y presintiendo la derrota) les confesó a un grupo de campesinos de los valles mesotérmicos de Santa Cruz que, por lo menos, el paso de la guerrilla les traería ciertos

progresos: agua, luz eléctrica, salud. Ni eso: lo único que dejó la guerrilla en el sudeste fue su leyenda y esas páginas irrepetibles que ya son parte del ajayu de uno de los territorios literarios por excelencia del siglo XX.

Señal de Cuerpo (2)

Hay otro libro que narra la ascesis de otro ser singular y que atraviesa Bolivia a pie. El que publicó el canario Román Morales, titulado Buscando el Sur. Pero su camino en búsqueda de la virtud, a diferencia de Guevara, refunda su vida, no su muerte.

El año 1990, Román se convierte en el primer hombre que encara el cruce caminando en solitario del Salar de Uyuni. Autoridades del Instituto Geográfico Militar de La Paz y los propios comunarios de Tahua, la aldea al borde del salar y del volcán Tunupa desde donde inició su marcha, tratan de disuadirlo. "Es una locura", "quédate con nosotros", le dicen unos y otros, pero el igual lo encara ("Decidí retirarme temprano a dormir: al alba empezaría a cruzar aquel océano de leche petrificada"). Ya muy cerca de llegar a Atulcha y coronar con éxito, sufre una descompensación física brutal y cae a la sal, fulminado. Siente, abandonado el calor del cuerpo, que la parca se lo quiere llevar y que no había ch'allado lo suficiente con sus amigos indios. Siente que es el fin hasta que recuerda que carga una chuspa con coca ("Si realmente sabéis dar la fuerza, dádmela ahora") y comienza a consumirlas con amor ("masco y masco lentamente"), convencido que la pequeña hoja le devolverá la potencia que precisa ("imagino que ese juguito que ya corre garganta abajo contiene átomos llenos de fuerza, vitaminas salvadoras, calorías, empujes mágicos"). Y el ritual funciona. Declara alborozado: "las hojas me han salvado de quedarme en ese salar para siempre... (...) Atulcha: cuatro chozas, dos familias". Se ha salvado. Volverá a La Paz para contarlo y

celebrar la vida, no la muerte: beberá cajones de Paceña con mi amigo Pedro Aramayo, el primero que me contó la historia intrépida de Román.

Su libro es un raro libro, un homenaje "a esos hombres que habitan lo imposible, que duermen entre las estrellas y el olvido (...) ¡Quechuas de la greda andina! ¡Pastores aymaras del altiplano!! Mofletones coqueros de la oscura minería del estaño! ¡Chipayas de la quinua auxiliadora! ¡Truequeros pobres del salar de Uyuni! ¡Danzarines potosinos del tinku! (...) hermanos tremendos...". Un homenaje a Bolivia.

Bolivia es aventura

Hasta hoy, Bolivia ha conservado grandes santuarios de naturaleza virgen, vastos territorios con escasa o nula población, paraísos en suma para aquellos que buscan vivir aventuras que, como anotó Piglia, somos todos.

No es raro encontrar testimonios sobre esa mirada, incluyendo, desde ya, a varios de los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII. De estos, me gustaría rescatar a dos, sólo porque sus crónicas hacen alusión a territorios marginales, a fronteras de guerra como se los llamaba en tiempos coloniales. Se trata del Factor Lozano y de Juan Recio de León.

Lozano, funcionario de la corona asentado en Potosí a finales del siglo XVI, escribió la primera crónica conocida sobre ese desierto misterioso que son Los Lípez, uno de los techos del planeta Tierra. Además de hacer una descripción exhaustiva de la demografía, la etnografía y los minerales de esa región singular (y como todo buen estratega, trazar un plan de conquista a partir de un conocimiento desusado de la geografía para esos tiempos, tomando en cuenta que el autor era un burócrata), narra una anécdota deliciosa: cómo los caciques lipes embaucaron al Virrey Toledo

en su famosa visita y se eximieron de ser reclutados para la mita de las minas.

Juan Recio de León era el lugarteniente de Pedro de Leguía Urquiza, el primer español que fundó pueblos en la tierra de los "chunchos", ese impreciso territorio que comenzaba al trasponerse los contrafuertes andinos y bajar hacia la Amazonia. A Leguía se debe el primer intento de poblar el valle de Apolobamba (Apolo), Santísima Trinidad de Yariapu (Hoy, Tumupasa) y San José de Uchupiamonas, la comunidad que en la actualidad es propietaria del archifamosa albergue ecoturístico de Chalachán, a orillas del río Tuichi. La única fundación que sobrevivió en el tiempo desde que dicho capitán bilbaíno la fundara en 1617 fue la mítica San Juan de Sahagún de Mojos que hasta hoy resiste a unos 100 kilómetros a pie desde Pelechuco. Juan Recio de León narra todos estos sucesos y mucho más, desde cómo llegar al reino áureo del Paitití o localizar a las temidas Amazonas, las mujeres guerreras de la gran selva sudamericana. Es interesante anotar que sus exhaustivas descripciones de la flora y la fauna locales fueron leídas en clave ecológica en el siglo XX y sirvieron para caracterizar ese mega parque nacional que es el Madidi.

El verdadero Indiana Jones

Quien anduvo por allí y por todos lados en plan demarcación de límites y aventura pura fue el célebre Teniente Coronel británico Percy Harrison Fawcett que recorrió Bolivia en viajes sucesivos entre 1906 y 1914.

Sobre Fawcett se ha dicho de todo, pero puntualicemos algunos datos. Es cierto que inspiró el personaje de Indiana Jones, interpretado por Harrison Ford y que volteó taquilla en los cines del mundo entero, pero no fue Spielberg el que leyó sus renombradas memorias sino el guionista del

film: Rob Mac Gregor. Es cierto que desapareció en Brasil en 1925 buscando una ciudad perdida que el asociaba con la Atlántida de Platón y con antiguas civilizaciones prediluvianas que habrían vivido en la actual América del Sur y que se organizaron numerosas expediciones en su búsqueda, algunas de ellas también desaparecidas. Es cierto, pero a esa historia -verdaderamente de culto universal- le falta el dato certero de que fue justamente en Bolivia donde Fawcett empezó a concebir sus hipótesis.

Dos temas lo impactaron de sobremanera: el silencio de Tiwanaku y la sabiduría de los Kallawayas. Del sitio arqueológico, siempre supuso que era el nexo entre las antiguas y las más pretéritas aún civilizaciones del continente y de los médicos naturistas itinerantes de los Andes creyó que guardaban claves de ese saber ancestral e histórico que había sobrevivido a los cataclismos naturales y al paso de los tiempos.

Como curiosidades bibliográficas o no tanto, habría que destacar en relación al tema, la tesis de un joven periodista inglés de la universidad de Essex llamado Rob Hawke quien, por primera vez, reivindica la matriz boliviana de las ideas y concepciones fawcianas y un trabajo cuya autoría corresponde al griego Emmanouel P. Laleos donde se afirma que cerca de Tiwanaku, en una piedra triangular, Fawcett habría escrito una cita donde anunciaba el cambio de era astral y que eso sucedería en los montes Roncador del Brasil, precisamente en el territorio donde luego desapareció sin dejar rastros.

De las memorias de Fawcett, recopiladas por su hijo Brian bajo el nombre de Expedición Fawcett, un clásico de la aventura, vale la pena transcribir una de sus impresiones sobre la ciudad de La Paz a principios del siglo XX: "La Paz, con sus tranvías, sus plazas, alamedas y cafés, es, en esencia, una ciudad moderna. Extranjeros de todas las naciones llenan

sus calles. Se puede sentir plenamente la proximidad de los lugares salvajes. En medio de las levitas y sombreros de copa de los hombres de la ciudad se ven los Stetsons raídos y las botas de los exploradores; pero por alguna razón las suelas alambradas de estos zapatos no se ven discordantes al lado de los escaarpines de altos tacones de las damas elegantes". Debo confesar que esa fue una de las imágenes que poblaban mi mente cuando arribé aquí en 1983 y que, como siempre, la realidad supera siempre con creces todo lo narrado. Debo confesar también que sigo sorprendido de cómo hasta ahora la figura de Fawcett sigue siendo aquí casi invisible y que los gobiernos de La Paz y de Londres no hayan rendido el homenaje que el explorador se merece. Alguna vez leí un artículo anti-Fawcett firmado por Pedro Shimose: es cierto que el inglés era un hombre de su tiempo, la era de hierro de la expansión imperial, pero algunas de sus ideas eran de avanzada, en especial cuando cuestiona amargamente las atrocidades cometidas por los barones del caucho en las selvas de la Amazonía. Por otro lado, que amo a Bolivia es indudable. El 2006 se cumplirán cien años de su llegada a Bolivia.

Primera ascensión al Illimani

En uno de los clásicos de la literatura de viajeros sobre Bolivia –el libro del francés Charles Wiener: Perú y Bolivia, cuya primera edición la hizo Hachette en París en 1880- es preciso rescatar la narración de la coronación de una de las cumbres del nevado más famoso del país: el cerro Illimani. Es preciso exhumarla ya que es un lugar común afirmar que fue el inglés William Conway el primero en subir con éxito la montaña y no es cierto.

Wiener se propuso medir la altura del Illimani y llegar a alguna de sus cimas; parte para ello de La Paz el 10 de mayo de 1877 en compañía de José María Ocampo, el ingeniero Krumkow, un barómetro y un

termómetro de ebullición. Luego de atravesar Obrajes, pernocta "en el miserable villorio de Mecapaca" pero, como D´Orbigny treinta años antes, se abruma y se sorprende con la orografía del valle del río Choqueyapu. Anotó en su libro: "No he encontrado nunca, en mi largo viaje, pendientes tan abruptas como al sureste de La Paz". Siguen aproximándose a la mole, caminando por el lecho del río. El segundo día arriban a la hacienda Cotaña, propiedad de Pedro Guerra: Wiener no deja de asombrarse al ver naranjos, limoneros y bosquecillos de bananos frente "a las nieves eternas y la espantable desnudez del Illimani". Guerra le advierte de los fracasos anteriores de los norteamericanos Pentland y Gibbon, pero como Wiener no cesa, puso a disposición del galo "siete vigorosos indios" para que lo acompañen en la ascensión.

El 19, a las 2 de la madrugada, ésta se inicia. Durante la misma, los participantes sufren todo tipo de contratiempos hasta que los indios se niegan a continuar ya que "era ir contra la voluntad del cielo atreverse a vencer el monte Illimani". Eran las 3 y 20 de la tarde y estaban a 19.512 pies de altura, quinientos pies más arriba del límite de la vegetación y el inicio de los glaciares, según las mediciones de Wiener, pero resuelven proseguir. Tres indios se mantienen fieles en el empeño y tras una hora y media más de marcha extenuante, coronan el hasta hoy bautizado como "Pico de París". Según Wiener, se hallaban a 6131 metros de altura sobre el nivel del mar; según Bernardo Guarachi el pico Norte o París del nevado se alza hasta los 6403 metros.

Como sea, se trató de una escalada exitosa. En el testimonio, Wiener, "el encargado por el gobierno de la República Francesa de una misión científica en América Meridional", anotó los nombres de los "tres guías indios, Jerónimo Quispe de La Paz, Simón López y Manuel Ttule de Cotaña". El libro incluye los retratos de los tres. El gesto noble del francés

es menester destacarlo: hasta el presente, decenas de expediciones “científicas” se valen de los conocimientos y destrezas de los indios para hacer sus “descubrimientos” y “proezas” pero casi ninguna hace constar el aporte decisivo de los originarios.

País sin neurosis

Para completar las miradas a esa diversidad y otredad bolivianas, habría que anotar al sueco Erland Nordenskiöld, cuyos libros de viajes etnoarqueológicos son a la vez un exquisito placer literario, así como las emotivas referencias al volcán Sajama de parte del geólogo y geógrafo Federico Alhfeld o esa primera descripción histórica del salar de Uyuni incluida en ese best seller (pirata) del siglo XVII: Arte de los metales del padre Álvaro Alonso Barba, en su época la máxima autoridad en metalurgia del mundo entero. Sus descripciones sobre las “tierras de colores” de Los Lípez- donde ejerció su sacerdocio y desarrollo sus estudios mineralógicos por siete años- son inolvidables. Insisto, esta lista es incompleta y por ello para terminar esa visión idílica, aventurera y romántica sobre Bolivia, baste agregar esta perla: la cita incluida en Drácula de Bram Stoker, una de las novelas más populares de todos los tiempos, aparecida en 1897. Allí, un camarada de aventuras le escribe a otro: “Nos hemos contado historias sentados junto al fuego de campamento, en las praderas; nos hemos vendado las heridas el uno al otro, tras desembarcar en las Marquesas, y hemos brindado por nuestra salud a orillas del Titicaca”. En esos años, recuerden a Stevenson y a Melville y sus peregrinajes por las islas, las Marquesas –como Bolivia- eran para alguna gente sensible un paradigma de un mundo utópico, ideal, lejano para esa mentalidad europea dominante que se embarcaría pronto en la I Guerra Mundial.

Los años pasaron, vinieron las grandes guerras y el hijo de uno de los grandes industriales que financió la victoria de la nueva gran potencia hegemónica, no sólo rompió con los cánones familiares, sino que se convirtió en uno de los grandes íconos rebeldes del siglo XX: me refiero a William Burroughs.

Gran escritor y adicto frenético a las drogas, o viceversa, Burroughs tuvo un mérito literario que pocos poseen: creo un mundo paralelo con o desde su escritura; el mundo narrado de los "yonquis", de los adictos a las "sustancias controladas". Su interés por Sudamérica nació de ello. Es natural: una de los estimulantes más potentes que se conozcan se extrae de las hojas de una planta usada de manera milenaria en todo el continente, me refiero -desde ya- a la cocaína. A la vez, su curiosidad con relación a los rituales de los grupos étnicos (desde los Hopis de Nuevo México a los practicados en el Viejo Mundo), lo llevó a devocionar el uso de ayahuasca entre los indios amazónicos. Su influencia en el tema abarcó a toda la llamada beat generation norteamericana.

Su libro-imán es El almuerzo desnudo, aparecido en 1959. Libro escalofriante, inaugura ese mundo reinventado que Burroughs llevaría al paroxismo a lo largo del resto de su obra, literatura en su máxima expresión, una joya. Allí, en ese cóctel alucinante, hay una referencia a Bolivia ineludible. Es cuando el "viejo Bill" se pone a explicar las relaciones entre esquizofrenia y adicción. Entonces, se despacha con toda una declaración de principios sobre la república y anota: "Oh, a propósito, hay una región de Bolivia en la que no se dan psicosis. Gente cuerda del todo en esos montes. Quisiera ir allí antes que se eche a perder con alfabetizaciones, publicidad, televisión y automóviles". Siempre pensé - es una hipótesis improbable- que hablaba de los Kallawayas y lástima

porque Burroughs nunca vino por Bolivia a verificar si todavía esos sitios donde no se dan psicosis no se habían echado a perder. Conozco varios.

Varia invención

Hay una "cruceña" enigmática, sensual y atávica, en las novelas del jujeño Héctor Tizón y hay unos poemas que destilan sangre, COB y alma proletaria que escribió el joven (y después malogrado) peruano Manuel Scorza dedicados a la revolución de 1952. Por analogía, hay un libro ultra famoso que habla de Bolivia (Torres) y de Perú (Velasco Alvarado) y que lo firma el ex prisionero de Camiri y ex asesor de Francois Mitterrand: Régis Debray. Su título (casi) lo dice todo: ¿Revolución en la revolución?

Borges, en su cuento El congreso incluido en El libro de arena (1975), en ese foro que se reunía en la Confitería del Gas con el propósito de representar a todos los hombres y a todas las naciones, cita a "un boliviano señaló que su patria carecía de todo acceso al mar y que esa lamentable carencia debería ser el tema de uno de los primeros debates".

Arlt en Los lanzallamas (1931) pone a Bolivia como ejemplo de "un Estado atado de pies y manos a los Estados Unidos".

Final: Melgarejo. Hay dos libros. Uno lo signa un francés (Melgarejo por Max Daireaux. No puedo dejar de apuntar una frase que le dedica a Alcides Arguedas que dice así: "este país que aún no es nación y que siempre se denomina Alto Perú, no puede vivir sin epopeya...") y otro, Juan Carlos Martelli, argentino, autor de un librazo llamado Los tigres de la memoria pero que, por encargo de una editorial argentina, en 1997, escribió un volumen también titulado con el apellido del gobernante boliviano y que se caracteriza por un erotismo subido de tono

(pornográfico, dirían otros) donde abundan los actos sexuales de todo tipo y las borracheras más indecorosas. Kaput.

Notas

(1) La cita es imperdible y la transcribo: "Fueron los balleneros los primeros en abrir una brecha en la celosa política que la corona española mantenía con esas colonias; y si el espacio lo permitiera, podría demostrarse claramente que gracias a los balleneros se logró al fin la liberación de Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España, y se estableció la eterna democracia en esos países". Herman Melville: Moby Dick o La ballena blanca. Traducción de Enrique Pezzoni. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1970, págs. 198-199.

(2) La historia merece ser contada: la nave de la Armada chilena que por décadas era la única que patrullaba los confines australes del país llevaba un nombre de bautizo: Micalvi. Era el apellido de un cabo muerto en la Guerra del Pacífico. A propósito, Raspail defiende los derechos bolivianos y se inventa esta historia a propósito del día del mar que, por entrañable, vale la pena que anote aquí: "Ese día, Chile abre magnánimamente su frontera y miles de bolivianos bajan en ómnibus hasta el Pacífico perdido, donde avanzan hasta el mar derramando lágrimas de emoción..." En: Adiós, Tierra del Fuego. El Ateneo, Buenos Aires, 2002, pág. 40.

Eduardo Galeano

(Uruguay, 1940)

El país que quiere existir

Una inmensa explosión de gas: eso fue el alzamiento popular que sacudió a toda Bolivia y culminó con la renuncia del presidente Sánchez de Lozada, que se fugó dejando tras sí un tendal de muertos.

El gas iba a ser enviado a California, a precio ruin y a cambio de mezquinas regalías, a través de tierras chilenas que en otros tiempos habían sido bolivianas. La salida del gas por un puerto de Chile echó sal a la herida, en un país que desde hace más de un siglo viene exigiendo, en vano, la recuperación del camino hacia el mar que perdió en 1883, en la guerra que Chile ganó.

Pero la ruta del gas no fue el motivo más importante de la furia que ardió por todas partes. Otra fuente esencial tuvo la indignación popular, que el gobierno respondió a balazos, como es costumbre, regando de muertos las calles y los caminos. La gente se ha alzado porque se niega a aceptar que ocurra con el gas lo que antes ocurrió con la plata, el salitre, el estaño y todo lo demás.

La memoria duele y enseña: los recursos naturales no renovables se van sin decir adiós, y jamás regresan.

Allá por 1870, un diplomático inglés sufrió en Bolivia un desagradable incidente. El dictador Mariano Melgarejo le ofreció un vaso de chicha, la bebida nacional hecha de maíz fermentado, y el diplomático agradeció, pero dijo que prefería chocolate. Melgarejo, con su habitual delicadeza, lo obligó a beber una enorme tinaja llena de chocolate y después lo paseó en un burro, montado al revés, por las calles de la ciudad de La Paz. Cuando la reina Victoria, en Londres, se enteró del asunto, mandó traer un mapa, tachó el país con una cruz de tiza y sentenció: "Bolivia no existe".

Varias veces escuché esta historia. ¿Habrá ocurrido así? Puede que sí, puede que no.

Pero la frase ésa, atribuida a la arrogancia imperial, se puede leer también como una involuntaria síntesis de la atormentada historia del pueblo boliviano. La tragedia se repite, girando como una calesita: desde hace cinco siglos, la fabulosa riqueza de Bolivia maldice a los bolivianos, que son los pobres más pobres de América del Sur. "Bolivia no existe": no existe para sus hijos.

Allá en la época colonial, la plata de Potosí fue, durante más de dos siglos, el principal alimento del desarrollo capitalista de Europa. "Vale un Potosí", se decía, para elogiar lo que no tenía precio.

A mediados del siglo dieciséis, la ciudad más poblada, más cara y más derrochona del mundo brotó y creció al pie de la montaña que manaba plata. Esa montaña, el llamado Cerro Rico, tragaba indios.

"Estaban los caminos cubiertos, que parecía que se mudaba el reino", escribió un rico minero de Potosí: las comunidades se vaciaban de hombres, que de todas partes marchaban, prisioneros, rumbo a la boca que conducía a los socavones. Afuera, temperaturas de hielo. Adentro, el infierno. De cada diez que entraban, sólo tres salían vivos. Pero los condenados a la mina, que poco duraban, generaban la fortuna de los banqueros flamencos, genoveses y alemanes, acreedores de la corona española, y eran esos indios quienes hacían posible la acumulación de capitales que convirtió a Europa en lo que Europa es.

¿Qué quedó en Bolivia, de todo eso? Una montaña hueca, una incontable cantidad de indios asesinados por extenuación y unos cuantos palacios

habitados

por

fantasmas.

En el siglo diecinueve, cuando Bolivia fue derrotada en la llamada Guerra del Pacífico, no sólo perdió su salida al mar y quedó acorralada en el corazón de América del Sur. También perdió su salitre.

La historia oficial, que es historia militar, cuenta que Chile ganó esa guerra; pero la historia real comprueba que el vencedor fue el empresario británico John Thomas North. Sin disparar un tiro ni gastar un penique, North conquistó territorios que habían sido de Bolivia y de Perú y se convirtió en el rey del salitre, que era por entonces el fertilizante imprescindible para alimentar las cansadas tierras de Europa.

En el siglo veinte, Bolivia fue el principal abastecedor de estaño en el mercado internacional.

Los envases de hojalata, que dieron fama a Andy Warlhol, provenían de las minas que producían estaño y viudas. En la profundidad de los socavones, el implacable polvo de sílice mataba por asfixia. Los obreros pudrían sus pulmones para que el mundo pudiera consumir estaño barato.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Bolivia contribuyó a la causa aliada vendiendo su mineral a un precio diez veces más bajo que el bajo precio de siempre. Los salarios obreros se redujeron a la nada, hubo huelga, las ametralladoras escupieron fuego. Simón Patiño, dueño del negocio y amo del país, no tuvo que pagar indemnizaciones, porque la matanza por metralla no es accidente de trabajo.

Por entonces, don Simón pagaba cincuenta dólares anuales de impuesto a la renta, pero pagaba mucho más al presidente de la nación y a todo su gabinete.

Él había sido un muerto de hambre tocado por la varita mágica de la diosa Fortuna. Sus nietas y nietos ingresaron a la nobleza europea. Se casaron con condes, marqueses y parientes de reyes.

Cuando la revolución de 1952 destronó a Patiño y nacionalizó el estaño, era poco el mineral que quedaba. No más que los restos de medio siglo de desafortunada explotación al servicio del mercado mundial.

Hace más de cien años, el historiador Gabriel René Moreno descubrió que el pueblo boliviano era "celularmente incapaz". Él había puesto en la balanza el cerebro indígena y el cerebro mestizo, y había comprobado que pesaban entre cinco, siete y diez onzas menos que el cerebro de raza blanca.

Ha pasado el tiempo, y el país que no existe sigue enfermo de racismo.

Pero el país que quiere existir, donde la mayoría indígena no tiene vergüenza de ser lo que es, no escupe al espejo.

Esa Bolivia, harta de vivir en función del progreso ajeno, es el país de verdad. Su historia, ignorada, abunda en derrotas y traiciones, pero también en milagros de esos que son capaces de hacer los despreciados cuando dejan de despreciarse a sí mismos y cuando dejan de pelearse entre ellos.

Hechos asombrosos, de mucho brío, están ocurriendo, sin ir más lejos, en estos tiempos que corren.

En el año 2000, un caso único en el mundo: una pueblada desprivatizó el agua. La llamada "guerra del agua" ocurrió en Cochabamba. Los campesinos marcharon desde los valles y bloquearon la ciudad, y también la ciudad se alzó. Les contestaron con balas y gases, el gobierno decretó el estado de sitio. Pero la rebelión colectiva continuó, imparable, hasta que en la embestida final el agua fue arrancada de manos de la empresa Bechtel y la gente recuperó el riego de sus cuerpos y de sus sembradíos. (La empresa Bechtel, con sede en California, recibe ahora el consuelo del presidente Bush, que le regala contratos millonarios en Irak.)

Hace unos meses, otra explosión popular, en toda Bolivia, venció nada menos que al Fondo Monetario Internacional. El Fondo vendió cara su derrota, cobró más de treinta vidas asesinadas por las llamadas fuerzas del orden, pero el pueblo cumplió su hazaña. El gobierno no tuvo más remedio que anular el impuesto a los salarios, que el Fondo había mandado aplicar.

Ahora, es la guerra del gas. Bolivia contiene enormes reservas de gas natural. Sánchez de Lozada había llamado capitalización a su privatización mal disimulada, pero el país que quiere existir acaba de demostrar que no tiene mala memoria. ¿Otra vez la vieja historia de la riqueza que se evapora en manos ajenas? "El gas es nuestro derecho", proclamaban las pancartas en las manifestaciones. La gente exigía y seguirá exigiendo que el gas se ponga al servicio de Bolivia, en lugar de que Bolivia se someta, una vez más, a la dictadura de su subsuelo. El derecho a la autodeterminación, que tanto se invoca y tan poco se respeta, empieza por ahí.

La desobediencia popular ha hecho perder un jugoso negocio a la corporación Pacific LNG, integrada por Repsol, British Gas y Panamerican

Gas, que supo ser socia de la empresa Enron, famosa por sus virtuosas costumbres. Todo indica que la corporación se quedará con las ganas de ganar, como esperaba, diez dólares por cada dólar de inversión.

Por su parte, el fugitivo Sánchez de Lozada ha perdido la presidencia. Seguramente no ha perdido el sueño. Sobre su conciencia pesa el crimen de más de ochenta manifestantes, pero ésta no ha sido su primera carnicería y este abanderado de la modernización no se atormenta por nada que no sea rentable. Al fin y al cabo, él piensa y habla en inglés, pero no es el inglés de Shakespeare: es el de Bush.

(Publicado en varios periódicos, 19, de octubre del 2003)

He aquí una pequeña muestra de fragmentos de otros artículos de Galeano:

Acerca de Potosí

“Aquella sociedad potosina, enferma de ostentación y despilfarro, sólo dejó a Bolivia la vaga memoria de sus esplendores, las ruinas de sus iglesias y palacios, y ocho millones de cadáveres de indios. Cualquiera de los diamantes incrustados en el escudo de un caballero rico valía más, al fin y al cabo, que lo que un indio podía ganar en toda su vida de mitayo, pero el caballero se fugó con los diamantes. Bolivia, hoy uno de los países más pobres del mundo, podría jactarse -si ello no resultara patéticamente inútil- de haber nutrido la riqueza de los países más ricos”. *Las Venas Abiertas de América Latina (1971)*.

La Guerra del Pacífico

“Mientras los chilenos, los peruanos y los bolivianos intercambiaban balas en el campo de batalla, los ingleses se dedicaban a quedarse con los

bonos, gracias a los créditos que el Banco de Valparaíso y otros bancos chilenos les proporcionaban sin dificultad alguna. **Los** soldados estaban peleando para ellos, aunque no lo sabían". *Las Venas Abiertas de América Latina (1971)*.

Los mineros

"Al fin y al cabo, el envase de hojalata identifica a los Estados Unidos tanto como el emblema del águila o el pastel de manzana. Pero el envase de hojalata no es solamente un símbolo pop de los Estados Unidos: es también un símbolo, aunque no se sepa, de la silicosis en las minas de Siglo XX o Huanuni: la hojalata contiene estaño, y los mineros bolivianos mueren con los pulmones podridos para que el mundo pueda consumir estaño barato. Media docena de hombres fija su precio mundial. ¿Qué significa, para los consumidores de conservas o los manipuladores de la bolsa, la dura vida del minero en Bolivia?". *Las Venas Abiertas de América Latina (1971)*.

Vicente Huidobro

(Chile, 1893-1948)

Un puerto para Bolivia

Creo y afirmo como chileno y como ser humano que debemos entrar cuanto antes en conversación con Bolivia y que ambos países deben y pueden resolver generosamente, fraternalmente este gran problema de la salida al mar de la nación boliviana. No es posible ahogar a una nación y sería inhumano hacerlo si fuera posible.

La generosidad debe ser igual por ambas partes para que así no existan sacrificios que puedan crear resquemores y el germen de futuros resentimientos. Interpretaría mal mis palabras quien creyera que yo pretendo que se debe entregar sin más ni más un pedazo de nuestro territorio nacional. Lo que yo quiero decir es que se debe abordar este problema cuanto antes y resolverlo de un modo que sea ventajoso para ambos países.

Una opinión corriente en Chile sostiene que, si entregásemos algo de nuestro territorio a Bolivia, ésta nos reclamará mañana otros territorios y sólo despertaremos su apetito. Esto es falso. No ha sido así con Perú y no hay razón para que suceda con Bolivia. Además, esto depende de la solución que se dé al problema y de la forma del acuerdo, que debe ser definitivo.

La salida al mar de Bolivia está en manos de Chile. Sería triste que Chile desoyera la voz de su vecino. Bolivia necesita un puerto, para ella es cuestión vital, lo pide sin amenazas, sin apelar a alianzas ocultas y maniobrar tenebrosas, lo pide en juego limpio, caballerosamente, por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores en el Congreso Panamericano de Lima, a la luz del día. Es necesario estudiar una fórmula

de compensaciones que nos permita dar satisfacción a ese país hermano. No deseamos que nuestros amigos bolivianos sean un día nuestros enemigos, deseamos que sean cada vez más nuestros amigos.

(Publicado en el diario La Nación de Santiago de Chile, 28 de diciembre de 1938)

Keith Richards

(Inglaterra, 1953)

El Gordo de La Paz: Ficción Contemporánea de Bolivia. (*)

Bolivia fue dejada atrás durante el Boom en la ficción latinoamericana que se produjo en los años 1960. En un momento en que otros países similarmente marginados estaban encontrando voces y embajadores culturales (Perú con Mario Vargas Llosa, Paraguay con Augusto Roa Bastos, por ejemplo), Bolivia permaneció como sinónimo de enclaustramiento. Este perfil literario de poco augurio tuvo tanto que ver con las condiciones sociales internas del país, como el analfabetismo y la falta de unidad regional y étnica, como con factores externos de aislamiento cultural.

La imagen es también resultado de cierta mentalidad pueblerina por parte de países latinoamericanos ansiosos por sentirse superiores a algún 'pariente pobre'. Como en los casos de Irlanda, Bélgica, y otras naciones pequeñas cuyos vecinos se otorgan a veces una importancia hinchada, la producción cultural de esta población de unos ocho millones es modesta en su volumen, pero siempre interesante por su idiosincrasia y, a menudo, sus perspectivas extrañamente privilegiadas.

Esta antología sugiere el tamaño de la exageración; Bolivia ha tenido, y sigue produciendo, buenos escritores que sufren de una debilitante falta de publicidad. En los países vecinos aludidos, además que, en casa, estos escritores encuentran escaso reconocimiento, poco estímulo en el sentido de atención crítica o hasta de debate. Escribir en Bolivia es entonces dedicarse a un oficio doblemente aislado. A esta colección de Rosario Santos se debe dar la bienvenida como escaparate que aparece en buena hora para dar una idea de lo que es el trabajo de una comunidad literaria muy poco valorada. La selección, que tiene la intención de dar una imagen

general de lo que produce el país, seguramente no carece de variedad – sea de tono, estilo literario, ambientación geográfica u origen regional. Hay un total de 26 cuentos, que reflejan las diferencias regionales del país sin caer en el mero formalismo. Recuerda al lector extranjero que más del sesenta por ciento de Bolivia consiste en selva tropical y llanura tropical. Es un hecho poco apreciado en el extranjero, pues el país casi siempre se retrata como exclusivamente andino. Hace mucho que la hegemonía de La Paz (sea real o percibida) sobre la ciudad de Santa Cruz (más pujante económicamente) ha inhibido el desarrollo de varios aspectos de la vida cultural y política del país. En este volumen el Oriente está muy bien representado por algunos de sus más prestigiosos escritores (Blanca Elena Paz, Homero Carvalho, Manuel Vargas), y al mismo tiempo se da espacio a otras figuras prometedoras más jóvenes como Giovanna Rivero Santa Cruz. Esta no es escritura caracterizada por ningún costumbrismo anecdótico; más bien, se enfrenta con las preocupaciones universales de escritores quienes, simplemente, no residen en la ciudad más de moda. Paz contribuye “Sacramento de las horas”, casi un soliloquio, cuya intimación de angustia y mezcla de lo político y lo personal es uno de sus fuertes. “La Creación” de Carvalho es un tema bíblico interesantemente aplicado a un contexto nacional. “El con caballo” de Vargas utiliza la fuente de la tradición oral de su región, pero sin sacrificar un fuerte dejo moderno.

(*) *The Fat Man from La Paz: Contemporary Fiction from Bolivia*, Edited by Rosario Santos. New York: (Seven Stories Press, 2000

(Publicado en *Review: Latin America Cinema and Arts*, # 63)

Miguel Sánchez-Ostiz

(España 1950)

Una atracción engañosa

Dicen que en Potosí el diablo se disfraza de viento, ese que corre helado por la calle de la Pulmonía y del que no puedes protegerte así te metas en la calle de la Puerta Falsa y busques refugio en alguno de los patios virreinales por los que pasó, entre timbas y cuchilladas, la Monja Alférez, al tiempo de la guerra entre vicuñas y vascongados, cuando más furiosa fue la explotación de aquel cerro del que salía plata como agua.

Viento, un sol abrasador y el Cerro Rico, rojo, blanco, pardo, violeta, siempre presente. En Potosí, la que fue una de las mayores ciudades del mundo, vayas por donde vayas acabas tropezando con esa silueta cónica, descarnada y herida, cubierta de las marcas de los socavones, los derrumbes y los caminos de extracción del mineral por donde ves, diminutas, las siluetas de las palliris, las mujeres que arañan la plata de los escombros. Más de cuatro siglos y medio de explotación feroz. Fue un símbolo mundial de riqueza y hoy es un escenario de historias y leyendas de horror. "Vale un Potosí", se sigue diciendo, pero detrás de esa frase están todas las codicias, los abusos, las tragedias, las supersticiones, los agravios imperdonables, las riquezas que chorrean sangre, que tienen a ese cerro por escenario, en tiempos de la colonia y ahora mismo, cuando bajar a las profundidades de los socavones donde el calor y la falta de oxígeno ahogan es una "atracción turística" o una hazaña deportiva, de la que se regresa cubierto de tierra y con el olor agrio de la dinamita y de la copajira en las narices.

Unos traguitos

El cerro está horadado a conciencia, como un termitero. Hubo explotación feroz de sus entrañas en el pasado y la sigue habiendo en el presente,

convertida en algunos socavones en atracción turística con disfraces de "minerito" en los comercios de la calle Hernández: hoja de coca (la de mejor calidad se vende en el Mercado Uyuni), dinamita, alcohol Guariba de 90 grados "apto para el consumo" y visita ritual al Tío, señor de las profundidades, pareja de la China Supay, al que los mineros ofrecen todos los días una challa pidiendo su protección y favor, antes de ponerse a trabajar, mientras se arman el primer bolo de hoja de coca (pijtu), echan unos traguitos y fuman un cigarrillo tumbaburros. Los sábados de mayo son los de lawilancha, el sacrificio ritual de llamas que esperan apelonadas y decoradas con cintas en el mercado callejero. Las degüellan a la entrada de los socavones, y el rociado de sangre por las bocaminas, previo a la asadura de las entrañas y a los dinamitazos, es una fiesta de carcajadas y música de acordeones y quenás, huaiños y yaravíes, buenos para tristear, que es lo propio de las desolaciones rojizas.

A la vista de sus iglesias, de las fachadas y portaladas de las casas palaciegas, viajeros entusiastas como Eugenio Noel o Ernesto Giménez Caballero dijeron que Potosí era la ciudad más española de la América hispánica. Se olvidaron de cómo fue explotado el cerro, de los mitayos indígenas y de su cuasi esclavitud. No hay cuidado, no hay quien no te lo recuerde.

En Potosí, de la mano de Manuel Mujica Láinez y sus diablos voladores, Belcebú, príncipe de la gula, baja a ponerse las botas en compañía del general Melgarejo, un fantasma hecho de pólvora y locura, asistiendo a un festín digno del recetario de doña Josepha de Escurrechea, condesa de Otavi, entre cuyas líneas quedan jirones de los lujos, fastos, salas de baile y de juego, frontones de pelota vasca (todavía hoy) y escuelas de esgrima, teatros, títeres, amotinados y amotinadorcillos, rescatadores y azogueros que no siempre escaparon de la ciudad imperial con su botín a lomo de llama.

Otros tiempos, mejor perderse en los bulliciosos mercados: el Antofagasta; el Vicuña, en cuya trasera atienden las k'awayos, las mujeres herboristas de saberes ancestrales; o el Uyuni, el indígena, donde las burras se ordeñan en plena calle y los cueros de los carneros dan prueba de lo fresca que es la carne que se vende. Mercados que no defraudan, olor de especias, olor de asaduras, anticuchos de corazón de res y menudencias, ajíes, salteñas, chambergos (rosquillas), kalapurka (sopa de carne a la piedra ruscante) y pucheros que a 4.000 metros pueden tumbarte.

En Potosí tal vez no encuentres a las k'awayos que pueden curarte hasta de los males que no tienes, pero como preguntes por un tapado te puede dar la del alba. Los tapados: los tesoros ocultos y sus guardianes, preladados en las profundidades de la tierra, como el que encontró la madre del pintor potosino Cecilio Guzmán de Rojas, casas encantadas, carruajes fantasmas, caballerías nocturnas que no hieren el adoquinado, como las que utilizaba Juan de Lizarazu para sacar de la ciudad su mineral de contrabando.

Adoración de los magos en la iglesia de San Lorenzo y máscara grotesca y festiva en la entrada de esa Casa de la Moneda donde se conserva la maquinaria de la acuñación de la moneda virreinal; riquezas y patios llenos de colorido del convento de Santa Teresa, restaurado por una monja arquitecta sevillana, y reziris ciegos (rezadores por encargo y eficaces intermediarios con el más allá) de los pasadizos del enrevesado mercado artesano donde los peces tropicales se venden a la puerta de la sauna junto a la vendedora de jugos y remedios "con sabor a selva"; charlatanes (pajpakos) del más allá y fabulosas pinturas coloniales de la iglesia de Jerusalén; fachadas republicanas de "maestros fachadistas" que esconden insondables patios donde el pasado virreinal duerme en galerías y columnatas, escudos nobiliarios y monstruos de piedra; perros bravos del Callejón de las Siete Vueltas, donde pasan hechos títeres de sombra

los cuchilleros y las mujeres de honor abollado, y golpes rituales de soroche que te hacen caminar como si no pisaras el suelo. Estás lejos y estás muy alto, y al fondo de la calle, sin escapatoria posible, el cerro, de día y de noche, a la luz de la luna o de las bombillas que lo convierten en una engañosa atracción de feria.

(Periódico El país de Madrid, 1 de marzo de 2013)

Mario Vargas Llosa

(Perú, 1936)

Italia no es Bolivia

El 3 de octubre pasado, el portavoz del Gobierno italiano, señor Giuliano Ferrara, para responder a las críticas de la oposición que acusaban al primer ministro Berlusconi de actuar fuera del marco constitucional, exclamó indignado, en una conferencia de prensa: "¿En qué país cree usted que vivimos? ¿En Bolivia?". Y, según leo en L'Espresso del 21 de octubre, unos días después de aquella exclamación, el señor Ferrara reincidió, pues, criticando al Concejo Superior de la Magistratura de Italia, lo definió como un organismo "digno de un país sudamericano: piú precisamente, di una Repubblica delle banane" (más precisamente, de una República bananera). El señor Giuliano Ferrara quería decir, simplemente, en ambas ocasiones: "Por favor, no olviden ustedes que Italia representa la civilización y que por lo tanto ni su Gobierno ni sus otras instituciones pueden o deberían actuar como los de aquellas republiquetas que personifican la barbarie". Reconociéndole todo el derecho del mundo a criticar las múltiples manifestaciones de barbarie que todavía aparecen por doquier en América Latina, afirmo que el portavoz del Gobierno italiano es un hombre desactualizado, que debería poner al día su información política, o una inteligencia asfixiada por estereotipos que la privan de lucidez.

Porque, aunque muchas cosas andan todavía muy mal en los países latinoamericanos, una de las que andan bien es que ya no hay entre ellos ninguno que pueda ser llamado "República bananera". El único que se acerca a la ignominiosa calificación es Cuba, desde luego, por la

naturaleza pterodáctila del régimen que desde hace treinta y cuatro años subyuga a la isla y porque Fidel Castro es el único superviviente de la dinastía de sátrapas omnipotentes que encarnaron un Somoza, un Trujillo, un Batista o un Stroessner, pero ni siquiera Cuba depende ahora de una potencia extranjera o de un conglomerado económico como ocurría hace medio siglo, cuando, por ejemplo, la United Fruit Company era el poder real en la mitad, por lo menos, de los países centroamericanos y decidía qué leyes se dictaban, qué ministros se nombraba y quién ganaría las elecciones. Esa dependencia respecto de una empresa extranjera brilla hoy día por su ausencia también en América Central, gracias a la progresiva apertura de las economías de aquellos países, a los que, abrirse al mundo de la competencia y de la diversidad, les ha devuelto un margen de independencia que era inconcebible cuando sus principales recursos eran explotados de manera monopolística por una sola empresa. Un margen pequeño, desde luego, porque se trata de países todavía pobres y la verdadera independencia sólo la garantiza la prosperidad. (Aunque se podría alegar que, en el mundo interdependiente de nuestros días, ni siquiera los países más ricos gozan de soberanía total).

Da la impresión de que el señor Giuliano Ferrara no se hubiera percatado de que, luego de un puñado de países asiáticos, América Latina es hoy la región económica más dinámica del mundo, por los altos índices de su producción de riqueza y por el volumen de inversiones extranjeras que atrae -entre ellas, de un número creciente de inversores italianos-, a tal extremo de que algunos países, como Chile y Argentina, comienzan a tomar ciertas medidas para atenuar el ritmo, temerosos de que esa hemorragia de divisas dispare una inflación que tanto sacrificio les costó sofocar. Naturalmente que esta promisorio realidad -confirmada una vez más, hace pocas semanas, por los informes del Fondo Monetario y del

Banco Mundial y por el último balance de la economía mundial preparado por la revista The Economist- no significa que la pobreza haya desaparecido ya en América Latina, que es la acusación idiota con la que suelen responder ciertos rezagados progresistas cuando oyen decir, por ejemplo, que el desarrollo económico chileno es tan efectivo que ha creado un millón de empleos en menos de cinco años. Que, en ese país, pese a su formidable avance, queden todavía intolerables bolsones de pobreza es, evidente. Pero también lo es, y eso es lo que importa, que gracias a las reformas y al modelo económico sobre el que el pueblo chileno se ha pronunciado ya en dos procesos electorales, Chile ha dejado de producir pobreza y empieza a producir riqueza a un ritmo acelerado, cuyos beneficios alcanzan ya -aunque no en la misma proporción- incluso a los sectores más deprimidos de la sociedad.

Lo que ocurre en Chile está también empezando a ocurrir en una docena de países latinoamericanos, y en los otros la tendencia general es la de optar por el modelo de privatización de la economía, inserción en los mercados mundiales, presupuestos balanceados y, en una palabra, el establecimiento de economías de mercado, que es lo que permitió el despegue de aquella sociedad chilena a la que el resto del mundo observa hoy con el respeto que merece un país que de mendigar hace cuatro lustros la ayuda de los organismos internacionales para no desintegrarse, tiene hoy empresas que están financiando el desarrollo de Perú, Bolivia y Argentina. Desde luego que hay excepciones, manchas negras en lo que parece el renacimiento de un continente que buena parte de su historia se empeñó en hacer todo lo necesario para estancarse o retroceder. Y una de ellas es Venezuela, país privilegiado si los hay que se empobrece hoy a pasos acelerados con el tipo de políticas populistas nacionalizaciones, injerencia creciente del Gobierno en la vida económica, controles,

subsidios- que en las décadas del sesenta y el setenta potenciaron la pobreza latinoamericana a extremos casi apocalípticos.

Lo que más me ha sorprendido en la desinformación del señor Giuliano Ferrara sobre lo que pasa en aquellos países es que buen número de ellos ha hecho ya, y sin demasiados traumas, lo que su propio Gobierno quiero decir, el que preside el señor Berlusconi- está tratando de hacer en Italia, sin conseguirlo. Porque ¿acaso no asegura en cada exposición el primer ministro italiano que si no se reduce drásticamente el sector público jamás se reducirá el déficit fiscal en su país y que si no se abren a la competencia jamás podrán las empresas italianas resistir airoso el desafío de una economía mundial globalizada? Pues bien, muchas de las que el señor Ferrara llama "Repubblica delle banane" lo han entendido así, han procedido en consecuencia y comienzan en estos momentos a recibir los primeros frutos de la reforma.

Una de ellas es Bolivia. Estoy absolutamente seguro de que si el señor Giuliano Ferrara supiera lo que allí ha ocurrido tendría por ese país el mismo respeto y la misma admiración que yo le profeso. Hasta hace tres lustros, Bolivia era, en efecto, hablando en términos políticos, la pura barbarie: desde 1835 el promedio de duración de sus presidentes era de un año y su historia republicana, además de más de un centenar de golpes de Estado, tenía el triste galardón de un puñado de dictaduras que batieron todos los récords de salvajismo y de pintoresquismo en un continente en el que, como es sabido, ellas abundaban. En 1982, el presidente civil Siles Suazo inauguró, en política económica, unos excesos de incivilidad y estupidez comparables a las fechorías políticas de un Melgarejo (el célebre tiranuelo que como es sabido, con gran despiste, geográfico declaró la guerra a Inglaterra, lo que llevó a la reina Victoria a ordenar que se borrara, a Bolivia de los mapamundis británicos). Es decir,

empezó a imprimir moneda frenéticamente para costear las no menos frenéticas medidas populistas que adoptaba para satisfacer a todo el mundo. El resultado fue que Bolivia alcanzó una hiperinflación de cincuenta mil por ciento y que todo su aparato productivo se desintegró, a la vez que sus pobres, que eran la inmensa mayoría de esa nación del Altiplano, se volvieron miserables y empezaron a morir literalmente de hambre. Sin entender lo que ocurría, y aun vociferando que la culpa de la tragedia la tenía el tenebroso imperialismo, el patético demagogo se vio obligado a adelantar las elecciones. Así subió al poder -por segunda vez en su vida- Paz Estenssoro. Tenía credenciales peligrosísimas, pues, en la Revolución de 1952 que llevó al poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) había expropiado las minas de estaño, que eran la principal riqueza del país, y nacionalizado las tierras, además de practicar la política populista más ortodoxa en el ámbito social.

Pero, con los años, el viejo zorro se había vuelto lúcido y pragmático. En la primera semana de su segundo Gobierno adoptó un paquete de medidas de una audacia y trascendencia extraordinarias, que, además de yugular la inflación, liquidaron las empresas públicas, es decir, las minas de estaño, fuente primera del inconmensurable déficit fiscal que arrastraba desde hacía cuatro décadas el Estado boliviano. Al mismo tiempo que ponía orden en las finanzas públicas, saneaba la moneda, clausuraba el sector público deficitario, abría las fronteras de su país al comercio internacional y llegaba a un acuerdo con los organismos internacionales de crédito para que Bolivia abandonara la condición de país apestado -"no elegible", según la jerga del Fondo Monetario- a que lo habían reducido los anteriores gobernantes.

Lo notable, más todavía que el radicalismo de estas reformas, es que ellas se hicieran en democracia, respetando la libertad de prensa y los derechos

de una oposición política y sindical, y que, en gran parte, gracias al prestigio y al poder de persuasión de Paz Estenssoro, el pueblo boliviano las respaldara y que surgiera en torno de este modelo un consenso que le ha dado una estabilidad que dura ya casi diez años. El Gobierno de Paz Zamora, que sucedió al de Paz Estenssoro, y que contó con el apoyo del ex dictador Banzer, lo respetó y ahora lo perfecciona el Gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada (que fue el ministro de Economía de Paz Estenssoro en 1985), quien ha dado un nuevo impulso a la modernización de la economía boliviana, integrándola a los mercados mundiales. El gigantesco sacrificio que todo ello significó para el país comienza a dar resultados, pues, luego del difícilísimo trance de la estabilización, ahora Bolivia crece a un buen ritmo y es uno de los países latino americanos que, proporcionalmente, atrae más inversiones. Luego de siglos de: inmovilismo en la esfera política y de sistemático empobrecimiento, Bolivia es en nuestros días un país sin inflación, de presupuesto equilibrado, una democracia genuina, de instituciones más o menos sólidas, que parece bien encaminado para dar la batalla contra el subdesarrollo.

Si uno examina su clase política, es verdad que encuentra a algunos bribones conspicuos, como el ex dictadorzuelo García Meza -el primer mandatario narcotraficante del hemisferio-, pero está preso en Brasil y los Jueces de este país han acordado extraditarlo a Bolivia, donde, sin duda, pasará largos años a la sombra. Pero, en general, parece una clase política bastante más respetable que la italiana, digamos, donde uno buscaría en vano, aunque lo hiciera con poderosas linternas, alguien a quien respetar tanto como al octogenario Paz Estenssoro, quien, pobre de solemnidad y alabado por todos sus compatriotas, pasa sus últimos años en su modesta casita de Tarija, regando su jardín. No hay nadie, entre los políticos y ex políticos bolivianos, por ejemplo, capaz de emular a un

Bettino Craxi, acarreador desaforado de dineros negros y de barras de oro a cuentas secretas de Suiza, o a tanto ministro y ex ministro italiano investigado hoy por la justicia por sus malas juntas con la Mafia y otras picardías. O sea que, en cierto sentido, el distraído dottore Giuliano Ferrara tenía toda la razón: Italia, no es Bolivia, por fortuna para los bolivianos.

(Publicado en El País, Madrid, 6 de noviembre de 1994)

Bolivia

Estudié los cuatro primeros años de colegio en Cochabamba, Bolivia, y recuerdo que varias veces al mes, acaso todas las semanas, los alumnos de La Salle cantábamos formados en el patio un himno reclamando el mar boliviano del que Chile se apoderó a raíz de la guerra del Pacífico (1879). En ese conflicto Perú y Bolivia perdieron importantes territorios, pero para esta última perder los 480 kilómetros de litoral significó quedar convertida en un país mediterráneo, enclaustrado entre las cumbres de los Andes, cortado del Pacífico, una mutilación a la que Bolivia nunca se conformó y que ha seguido gravitando sobre la sociedad boliviana como un trauma psíquico.

El mar perdido ha sido una perenne nostalgia que impregna su literatura y su vida política, al extremo de que hasta hace poco Bolivia tenía una simbólica Marina de Guerra (acaso la tenga todavía), en espera de que, el añorado día en que accediera de nuevo al mar, dispondría ya de un cuerpo de oficiales y marineros preparados para tomar posesión inmediata de las aguas recobradas. Ha sido, también, el argumento histórico esgrimido para explicar el atraso económico y la pobreza de Bolivia y el tema al que recurrían los presidentes y dictadores cada vez que necesitaban conjurar las divisiones internas o disimular su impopularidad. Porque, en efecto, el reclamo del mar es en la historia de Bolivia uno de los pocos asuntos que consolida la unidad nacional, una aspiración que prevalece siempre sobre todas las divisiones étnicas, regionales e ideológicas entre los bolivianos.

La aspiración boliviana a tener un puerto marítimo merece la simpatía y la solidaridad de todo el mundo, de hecho, la tiene y, desde luego, la de

este escriba que recuerda los diez años de su infancia boliviana como una Edad de Oro. Pero, a condición de no plantear este asunto como un derecho imprescriptible que Chile deba reconocer, admitiendo el despojo que cometió y devolviendo a Bolivia el territorio del que se adueñó por un acto de fuerza. Porque si se plantea de este modo, Bolivia no tiene la menor posibilidad de materializar su sueño marítimo y el resultado sería más bien encender hogueras reivindicatorias de territorios perdidos por todo América Latina, desde México, que podría reclamar a Estados Unidos la devolución de California y Texas, hasta Paraguay, a quien la Triple Alianza -Brasil, Uruguay y Argentina- encogieron como una piel de zapa. Sin ir más lejos, el Perú podría reclamar no sólo Arica, sino todo Bolivia y todo Ecuador que en el siglo XVIII eran parte tan constitutiva del Perú como el Cusco y Arequipa.

Cambian las geografías

Todas las guerras son injustas, ellas siempre dan la razón a la fuerza bruta y desde luego que eso ocurrió en la guerra del Pacífico y en todos los conflictos armados que ensangrientan la historia de América Latina. A consecuencia de ello la geografía política del continente se ha deshecho y rehecho de mil maneras. Tratar de corregir a estas alturas los entuertos, brutalidades, abusos e indebidas apropiaciones territoriales del pasado no sólo es una quimera; es, también, la mejor manera de atizar los nacionalismos, forma extrema de la irracionalidad política que ha sido, ése sí, uno de los factores centrales del subdesarrollo latinoamericano, pues ha impedido que los organismos de integración regional funcionaran, desencadenado las reyertas y tensiones entre países que sirvieron para que se derrocharan inmensas cantidades de recursos en la compra de armas y para convertir a los ejércitos en árbitros de la vida pública y a todos los generales en potenciales dictadores. Ese es un pasado siniestro al que América Latina no debe regresar, desoyendo la demagogia

nacionalista que en estos días, con motivo de la reivindicación marítima boliviana actualizada por el gobierno de Carlos Mesa, comienza a hacerse oír aquí y allá, acompañada de un anti-chilenismo interesado (encabezado por Fidel Castro y el comandante Chávez) que más que solidaridad con Bolivia, expresa una condena del modelo económico liberal que ha hecho de Chile la economía más dinámica del Continente y de la izquierda chilena representada por Ricardo Lagos, la única que parece haber dado entre nosotros un paso definitivo hacia la modernización, a la manera de los socialistas españoles y británicos.

Durante el siglo XX el anhelo boliviano de una salida al mar no tuvo casi ocasión de concretarse. Bolivia vivía en una crónica inestabilidad, donde los gobiernos y las revoluciones se sucedían a un ritmo de vértigo, lo que contribuyó a empobrecer al país hasta reducir a su mínima expresión su capacidad de hacerse escuchar por la opinión pública internacional. En 1975, hubo un asomo de diálogo sobre este asunto, cuando los dictadores de ambos países, Hugo Banzer y Augusto Pinochet, se dieron el llamado "abrazo de Charaña". El dictador chileno propuso entonces ceder a Bolivia un corredor de cinco Km de ancho y un puerto marítimo, contiguo a la frontera chileno-peruana, a cambio de compensaciones territoriales equivalentes. Como según el Tratado entre Chile y Perú de 1929 cualquier cesión chilena de territorios que pertenecieron antes al Perú debe ser aprobada por éste, el Gobierno chileno hizo al peruano la consulta pertinente. La dictadura militar de Morales Bermúdez respondió con una contrapropuesta en la que el territorio cedido por Chile a Bolivia hubiera tenido una soberanía compartida entre los tres países, lo que implicaba una revisión del Tratado de 1929 que fijó los límites entre Chile y Perú. Santiago no aceptó la propuesta y el proyecto quedó en nada. Poco después, Bolivia rompería relaciones diplomáticas con Chile.

¿Tiene más posibilidades Bolivia en la actualidad que en el pasado de materializar su sueño marítimo? Sí, las tiene, gracias a esa globalización tan denostada por los oscurantistas y obtusos demagogos, una realidad que, a pesar de los gobiernos y de los ejércitos y de la visión microscópica de los intereses nacionales, ha ido debilitando las fronteras y tendiendo puentes, denominadores comunes y lazos económicos entre los países, una de las mejores cosas que le han ocurrido a América Latina en los últimos veinte años y gracias a lo cual, entre otros progresos, hay hoy en el Continente menos dictadores que en el pasado y mejores costumbres democráticas. Sólo los antediluvianos políticos son incapaces de comprender que, en nuestros días, un país que no abre sus fronteras y trata de insertarse en los mercados mundiales está condenado al empobrecimiento y la barbarización. Abrir fronteras quiere decir muchas cosas y la primera de ellas es concertar las políticas económicas propias con las de sus vecinos, la única manera de estar mejor equipado para conquistar mercados mundiales para los productos nacionales y acelerar la modernización de la infraestructura interna. A diferencia de lo que ocurría en el pasado, hoy Chile necesita a Bolivia tanto como Bolivia necesita a Chile. Y el Perú, por su parte, necesita también de sus dos vecinos.

Acuerdo necesario

Un acuerdo es posible a condición de que se negocie en la discreción diplomática y en la exclusiva perspectiva del futuro, sin volver la vista atrás. Esta debe ser, ni qué decir tiene, una negociación bilateral entre los dos países, en la que el Perú sólo debe intervenir una vez que haya acuerdo y éste afecte territorios que fueron peruanos en el pasado. Es inevitable que así ocurra porque Chile jamás aceptaría escindir su territorio -ningún país lo haría- como fórmula de solución. Bolivia es un

país muy pobre, pero con un subsuelo con cuantiosas reservas de gas y con unos recursos hídricos que a ella le sobran y a Chile le hacen falta para desarrollar la región desértica de su frontera norte. El Perú, en vez de obstruir debe facilitar este acuerdo amistoso chileno-boliviano, que sólo puede traerle beneficios, ya que toda la región peruana de esa frontera sur requiere urgentes inversiones para desarrollar una infraestructura industrial, comercial y portuaria que la saque del abandono en que se encuentra.

Los tres países cuentan en la actualidad con gobiernos democráticos (aunque la democracia boliviana haya quedado algo maltrecha por la manera como fue reemplazado Sánchez de Lozada por el actual presidente Mesa), lo que debería ser un acicate para el acercamiento y la apertura de negociaciones. Pero para ello es indispensable que el clima de crispación sobre este tema que se ha creado se vaya apaciguando, lo que sin duda no será tan rápido. Porque en Chile hay ya un ambiente pre-electoral, en el que el nacionalismo y el chovinismo siempre se ponen de moda, y el candidato o partido que se atreviera a mencionar siquiera la posibilidad de dar una salida al mar a Bolivia sería acusado de traidor y vendepatria por sus adversarios, y porque al presidente Mesa le ha venido de perillas el escándalo internacional que provocó: era, hace apenas un mes, un mandatario precario, sin fuerza propia, jaqueado por Evo Morales y Felipe Quispe, que dominan las calles y podrían defenestrarlo con la facilidad con que defenestraron a Sánchez de Lozada, y es ahora el estadista consolidado que encabeza una gran movilización nacional en pos del más caro anhelo del pueblo boliviano. Que se eclipsen los estribillos patrioterros y el asunto de la mediterraneidad de Bolivia salga de la calle y las primeras planas periodísticas para trasladarse al más sosegado ambiente de las cancillerías, donde se grita menos y se razona más (a veces), se sopesan los intereses en juego y se entablan esos toma y daca

de los que resultan los acuerdos. Por primera vez desde la infausta guerra del Pacífico hay unas circunstancias que podrían darle a Bolivia el puerto marítimo con el que sueña. Que la visión del corto plazo, la mezquindad y la estupidez no las desaprovechen. No sólo el comandante Chávez, yo también iré a darme un remojón en esas aguas heladas del mar boliviano por el que canté tantos himnos en mi infancia cochabambina.

(Publicado en El País, 25/01/2004, con el título de Nostalgias del mar y luego en Diccionario del amante de América latina con el título de Bolivia).

Los autores

Poemas:

Miguel Ángel Asturias, Guatemala 1899-1974. Uno de los grandes escritores del mundo. Su primera obra importante es *Leyendas de Guatemala* (1930), conjunto de relatos que apareció en París con un prólogo de P. Valéry, y que pertenece a su primer ciclo junto con *El Señor Presidente* (1946) y *Hombres de maíz* (1949). En el género del cuento escribió además *Week-end en Guatemala*, (1955), *El espejo de Lida Sal* (1967), *Tres de cuatro soles* (1971). Además de las novelas mencionadas, publicó *Viento fuerte* (1950), *El Papa verde* (1954), *Los ojos de los enterrados* (1960), *El alhajadito* (1961), *Mulata de tal* (1963), *Maladrón* (1969) y *Viernes de dolores* (1972). Premio Nobel de literatura en 1967.

Gamaliel Churata. Perú 1897-1960. Su nombre verdadero Arturo Pablo Peralta. Fundador del grupo culturalista Bohemia Andina en 1915, de la revista literaria La Tea en 1917, del Centro Cultural Orkopata en 1919 y del Boletín Titikaka en 1931, siendo así uno de los cuatro grandes del movimiento indigenista peruano, junto a Manuel González Prada, su mentor espiritual, José Carlos Mariátegui y Raúl Haya de la Torre. Su obra *El pez de oro* (publicado en La Paz en 1957), *Anales de Puno* (1922), *Resurrección de los muertos* (2010, edición póstuma)

Rubén Darío, Nicaragua, 1867-1916. El poeta creador del modernismo nació con el nombre de Félix Rubén García Sarmiento. En 1892, el poeta viajó por primera vez a Madrid, dando comienzo a una vida de trotamundos, alternando entre París, Madrid y países latinoamericanos. Colaboró con periódicos importantes y desempeñó varios cargos diplomáticos, entre ellos: cónsul honorífico de Colombia en Buenos Aires, ciudad en la que publicó *Prosas profanas y otros poemas*; y embajador de Nicaragua en Madrid, donde publicó *Cantos de vida y esperanza* (1905), entre sus libros más destacados se encuentra *Azul*.

Allen Ginsberg, Estados Unidos, 1926-1997. Ícono de la generación Beat junto a Jack Kerouac y William Burroughs. Publicó *Aullido* (1956), su gran obra; *Sándwiches de realidad* (1963); *Planet news* (1968) y *La caída de América* (1972).

Nicolás Guillén, Cuba, 1902-1989. Se le considera un genuino representante de la poesía negra de su país. *Motivos de son* (1930), *Sóngoro cosongo*. *Poemas mulatos* (1931), *West Indies Ltd.* (1934), *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937), *El son entero* (1947) y *La paloma de vuelo popular* (1958), mostró su compromiso con la patria cubana y americana, con sus hermanos de raza y con todos los desheredados del mundo. *Poema en cuatro angustias y una esperanza* (1937) acusó el impacto de la Guerra Civil española y el asesinato de Federico García Lorca.

Pablo Neruda, Chile, 1904-1973. Su nombre real fue Neftalí Reyes Basoalto, desde 1917 adoptó el seudónimo de Pablo Neruda como su verdadero nombre. Escritor, diplomático, político, Premio Nobel de Literatura, Premio Lenin de la Paz y Doctor Honoris Causa de la Universidad de Oxford, es considerado como uno de los grandes poetas del siglo XX. Militó en el partido comunista chileno apoyando en forma muy decidida a Salvador Allende. De su obra poética, se destacan títulos como *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Residencia en la tierra*, *Tercera residencia*, *Canto general*, *Los versos del capitán*, *Odas elementales*, *Extravagario*, *Memorial de Isla Negra* y *Confieso que he vivido*. Premio Nobel de literatura en 1971

William Ospina, Colombia, 1954. Está considerado como uno de los poetas y ensayistas más destacados de las últimas generaciones de Colombia. En Novela ha publicado *Ursúa* (2005), *El País de la Canela* (2008) Premio Rómulo Gallegos 2009, *La serpiente sin ojos* (2012). En Poesía *Hilo de arena* (1986), *La luna del dragón* (1992), *El país del viento* (1992) y en Ensayo ha publicado entre libros *Aurelio Arturo* (1991), *Es tarde para el hombre* (1994), *Esos extraños prófugos de Occidente* (1994) y *Los dones y los méritos* (1995).

Manuel Scorza, Perú, 1928-1983. En 1956 recibió el premio nacional de poesía de Perú. Fue un gran editor de libros populares. Dirigió la “Colección de Autores Peruanos”. Novelas: *redoble por Rancas*, *Historia de garabombo*, *el invisible*; *El jinete insomne*; *El cantar de Agapito Robles*; *La tumba del relámpago*. En poesía: *Las imprecaciones*, *Los adioses*, *Desengaños del mago* y *Réquiem para un gentilhomme*.

Gigia Talarico, nació en Santiago, aunque ha vivido muchos años en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Es licenciada en Arte (Paris- Francia) estudió Literatura (Frescati, Suecia) y tiene Maestría en Educación Universitaria. Ha trabajado como docente durante muchos años (S.C.C.S.), Universidad NUR) colaboró de forma permanente con la revista de cultura PROSA En las letras y en las Artes, Buenos Aires, Argentina durante ocho años. Desde el año 2006 hasta el 2009, fue corresponsable de Arte Poética e Integración. Tiene varios libros de cuentos infantiles publicados, entre ellos, *Comiendo estrellas*, *El Caracol Gigante*, *Los tres*, *Un puñado de Sueños*, *La maleta de Esperanza*. En categoría Literatura infantil ganó el 1er. Premio de la Reforma Educativa 1997. En el año 2008 publicó la novela *La Sonrisa Cortada* y en 2010, *Cuentos de niños y Gatos*. Todos sus libros han sido reeditados varias veces. Es responsable de la antología *Dicen que en mi país* (2012) y *Dicen que en mi país II*, (2014) que incluye a los más importantes cuentistas del país. En mayo 2016 presentó su libro *El secreto país de las aguas*. Está incluida en varios libros de referencia como narradora y como poeta. Ha publicado los poemarios, *Ángeles de Fuego*, 2001, *Púrpura*, 2006 (por los cuales ha recibido menciones en Italia y Argentina), *La manzana dorada*, 2013, Premio Nacional Municipal Santa Cruz de la Sierra mención poesía 2013, y el Premio Dante Alighieri al mejor libro publicado en 2014. Las Editoriales PROSA y Andesgraund, de Chile y Argentina respectivamente, acaban de coeditar *Grietas del tiempo* (octubre 2019) Su obra poética ha recibido varias menciones y está presente en varias antologías nacionales e internacionales. En el año 2012, la Editorial PROA de Argentina publicó la obra *El espíritu de la palabra*, dentro de la categoría Ensayo.

Cuentos:

Márcia Batista Ramos, nació en Brasil, en el Estado de Rio Grande do Sul en mayo de 1964. Es licenciada en Filosofía por la Universidade Federal de Santa María (UFSM)- RS, Brasil. Radica a más de cuarto siglo en Bolivia, en la ciudad de Oruro. Es gestora cultural, escritora y crítica literaria. Publicó *Mi Ángel y Yo* (Cuento, 2009); *La Muñeca Dolly* (Novela, 2010); *Consideraciones sobre la vida y los cuernos* (Ensayo, 2010); Patty Barrón De Flores: La Mujer Chuquisaqueña Progresista Del Siglo XX (Esbozo Biográfico) –Latinas Editores (2011); *Tengo Prisa Por Vivir* (Novela Juvenil, 2011); *Escala de Grises – Primer Movimiento* (Crónicas, 2015); Márcia Batista Ramos: El alma adolorida de Cesar Verduguez Gómez, pg.233 en *Lo escrito Está* (50 años de Trayectoria Literaria de César Verduguez Gómez); Coequiper (compiladora) de *Escritoras Cruceñas* (poesía, narrativa y drama) – Grupo Editorial KIPUS (2019); Coequiper (compiladora) de *Escritoras Contemporáneas Bolivianas* (poesía, narrativa y drama, 2019); Anexo en *Diablo- Diablada De Oruro Al Mundo – Antonio Revollo Fernández* (2019); Marcia Batista Ramos: Homero Carvalho Oliva: Poeta de las aguas, Iluminado por el fuego de Las Palabras pg.47 en *Homero Carvalho La odisea de las palabras*, de Iván Jesús Aruzamen, (2019). Tiene cuentos y ensayos publicados en la Revista Regatul Cuvantului, Rumania (Revista de cultura universal editata sub egida Ligii Scriitorilor Romani), (2017).

Mario Benedetti, Uruguay, 1920-2009. En el año 2001 recibió el Premio Iberoamericano José Martí en reconocimiento a toda su obra. Entre su obra se destaca: *La casa y el ladrillo*, 1977; *Vientos del exilio*, 1982; *Geografías*, 1984; *Las soledades de Babel*, 1991. En teatro denunció la institución de la tortura con *Pedro y el capitán* (1979), y en el ensayo ha hecho comentarios de literatura contemporánea en libros como *Crítica cómplice* (1988). Reflexionó sobre problemas culturales y políticos en *El desexilio y otras conjeturas* (1984), libro que recoge su labor periodística desplegada en Madrid. Su obra poética está reunida en los tomos denominados *Inventario*.

Jorge Guzmán, Chile en 1930. Escritor y filósofo. Colabora con frecuencia como narrador y ensayista en revistas y publicaciones latinoamericanas. Ha publicado libros de ensayo entre los que destacan *Una constante didáctico moral del Libro del Buen Amor* (1963) y *Contra el secreto profesional; lectura mestiza de César Vallejo* (1991). Entre sus novelas sobresalen

Job-Boj (1968) y *Ay Mama Inés* (1993). El Capanga ganó el concurso nacional de cuentos de El Mercurio

Juan Bosch, República Dominicana, 1909-2001. Extraordinario cuentista, escribió un manual. Entre sus obras se destacan *Camino real* (1933), *Indios* (1935), *Dos pesos de agua* (1941), *Ocho cuentos* (1947), *La muchacha de la Guaira* (1955), *Cuentos escritos en el exilio* y *apuntes sobre el arte de escribir cuentos* (1962) y *Más cuentos escritos en exilio* (1966). Entre sus obras históricas y políticas destacan títulos como *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo* (1961), *Composición social dominicana* (1978) y *La guerra de la Restauración* (1982),

Augusto Monterroso, Guatemala, 1921-2003. Uno de los escritores latinoamericanos más reconocidos. Vivió en México y entre sus libros se destacan: *El concierto y el eclipse* (1947), *Uno de cada tres* y *El centenario* (1952), *Obras completas y otros cuentos* (1959), *La oveja negra y demás fábulas* (1969), *Movimiento perpetuo* (1969), *Animales y hombres* (1971), *Antología personal* (1975), *Lo demás es silencio* (1978), *Las ilusiones perdidas* (1985), *Esa fauna* (1992) o *La vaca* (1998).

Luis Sepúlveda, Chile, 1949. Escritor. Premio Casas de Las Américas (1969), Premio Gabriela Mistral de poesía 1976, Premio Rómulo Gallegos (1978), Premio Tigre Juan (1988). Ha publicado entre otros libros *La frontera extraviada* (1994), *Nombre de torero* (1994), *Patagonia Express / Al andar se hace el camino se hace el camino al andar* (1995), *Komplot: Primera parte de una antología irresponsable* (1995), *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar* (1996).

Ensayo:

José María Arguedas, Perú, 1911-1969. Otro de los grandes escritores latinoamericanos. Fue un gran escritor indigenista. Entre sus obras destacan: *Los ríos profundos* (1956), *Todas*

las sangres (1964) y *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971). *El sexto* (1961), *La agonía de Rasu Ñiti* (1962) y *Amor mundo* (1967). *El Zorro de arriba y el zorro de abajo*, que se publicó póstuma quedó inacabada por el suicidio del escritor.

Pablo Cingolani, Argentina, 1963. Vive en Bolivia desde 1987. Poeta, periodista y explorador. Publicó: *Todo por los Tapires, Toromonas. La lucha por la defensa de los indígenas aislados en Bolivia, Amazonía Blues*. Denuncia y poética para salvar a la selva y Aislados.

Antonio Cruz. Médico, escritor y periodista argentino. Frías, Santiago del Estero (1951). Escribe desde 1996 y ha publicado hasta ahora veintitrés libros de poesía, cuento y microrrelato. Desde el año 2000 escribe e investiga sobre microrrelato, género en el que incursiona. Ha sido exponente en las Primeras Jornadas Universitarias Internacionales de Minificción (Tucumán Argentina, 2007), V Congreso Internacional de Minificción (Neuquén, Argentina, 2008), VI Congreso Internacional de Minificción (Bogotá, Colombia, 2010) Lanzamiento de la Revista Plesiosaurio (Lima, Perú 2010), Primer Encuentro Internacional de Microrrelato (Santiago del Estero, Argentina, 2011), Trinacional Microcuentista (Santiago de Chile, 2013), Casa de la Literatura Peruana (Lima, Perú, 2013) y IX Congreso Internacional de Minificción (Neuquén, Argentina, 2016). Actualmente investiga sobre los entrecruzamientos entre Sociología y Microrrelato. Dirige la Revista Virtual de Cultura “Tardes Amarillas”.

Eduardo Galeano, (Montevideo, 1940-2015), periodista y escritor uruguayo, una de las personalidades más destacadas de la literatura iberoamericana. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas. Sus trabajos trascienden géneros ortodoxos, combinando documental, ficción, periodismo, análisis político e historia. Puede clasificarse como un periodista que estudia la globalización y sus efectos negativos. Nació en el seno de una familia católica de clase media con ancestros galeses, alemanes, españoles e italianos. Durante su adolescencia desempeñó diversos trabajos: fue mecánico de coches, recaudador, pintor de carteles, mensajero, mecanógrafo y cajero. Comenzó su carrera como periodista a principios de los años 1960 como editor de *Marcha* (1960-64), un semanario que, bajo la dirección de Carlos

Quijano, ejerció fuerte influencia en el pensamiento uruguayo de la época. Durante dos años editó el diario *Época* y trabajó como editor en jefe en la prensa universitaria. Obras: *Las venas abiertas de América Latina* (1971) es su obra más conocida, un acta de acusación de la explotación de Latinoamérica por poderes extranjeros a partir del siglo XV. *Memoria del fuego*, obra ampliamente aclamada por los críticos, es un relato de la historia de América dividido en tres tomos. Sus personajes son figuras históricas, generales, artistas, revolucionarios, obreros, conquistadores y conquistados, quienes son presentados en episodios breves que reflejan a su vez la historia colonial del continente. Ha sido galardonado con el Premio *Casa de las Américas* en dos ocasiones: en 1975 con la novela *La canción de nosotros*, y en 1978 con *Días y noches de amor y de guerra*, de género testimonial.

Vicente Huidobro, Chile 1893-1948. De los grandes poetas, inventor del creacionismo. En 1911 publicó su primer poemario, *Ecos del alma*, con fuertes influencias modernistas. Ha publicado *Las Pagodas Ocultas* (1914), *Adán* (1916), *Horizonte Cuadrado* (1917), *Poemas Árticos* (1918), o *Mío Cid Campeador* (1929) y *Altazor o El Viaje En Paracaídas* (1931)

Keith Richards, Inglaterra, 1953. Obtuvo su doctorado en literatura con un estudio sobre la obra del novelista boliviano Néstor Taboada Terán, publicada con el título de *Lo Imaginario mestizo* (1989). Es uno de los principales contribuyentes a la Enciclopedia de cultura popular Latin America: Media Arts and Literature y es autor de la *Antología Narrativa del trópico boliviano* (2004)

Miguel Sánchez-Ostiz, España 1950. Escritor, poeta y periodista, ha recibido numerosos premios como el de la Crítica de Novela en 1987, el Heralde en 1989 y el Príncipe de Viana de Cultura en 2001, Premio Eskaudi, 1990; Premio Navarra, 1981. Es autor, entre otras, de las novelas *Zarabanda, 2011*; *La calavera de Robinson, 2007*; *El escarmiento, 2013*. En poesía tiene publicados entre otros *Invención de la ciudad, 1993*, *Carta de vagamundos, 1994*.

Mario Vargas Llosa, Perú, 1936. Sin duda alguna uno de los grandes escritores del mundo. Entre otras obras suyas se destacan *Pantaleón y las visitadoras* (1973), *La tía Julia y el*

escribidor (1977), *La guerra del fin del mundo* (1981), en la que aborda la problemática social y religiosa de Iberoamérica, y *¿Quién mató a Palomino Moreno?* (1986), basada en una investigación policial. *La señorita de Tacna* (1981), *Contra viento y marea* (1983), *Historia de Mayta* (1984) y *El hablador* (1988). En 1994 recopiló sus colaboraciones periodísticas en *Desafío a la libertad* y en 1997 apareció su novela erótica *Los cuadernos de don Rigoberto*, en la misma línea de su anterior *Elogio de la madrastra* (1988). Obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1986, el Premio Planeta de 1993 por *Lituma en los Andes* y el Premio Cervantes en 1995. Desde 1984 es miembro de la Real Academia Española. Premio Nobel de literatura 2010.

